

San José.

753.33
D 48
1900

DEVOCIONARIO

EN HONOR DEL

PATRIARCA, SEÑOR SAN JOSÉ.

CON APROBACIÓN DE LOS EXMOS. É ILMOS. SRES.
ARZOBISPO DE QUITO Y OBISPO DE MÁLAGA.

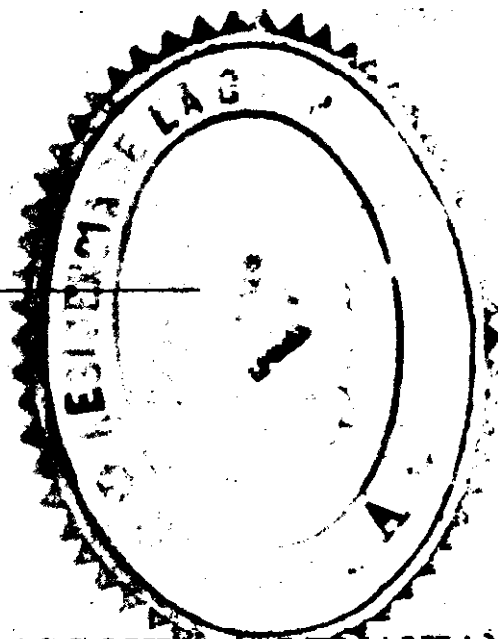
SEXTA EDICIÓN.

BIBLIOTECA

Facultad de Teología

Nº 168181

**Compañía de Jesús
GRANADA**



FRIBURGO DE BRISGOVIA (ALEMANIA).

1900.

B. HERDER, LIBRERO-EDITOR PONTIFICIO.

VIENA, ESTRASBURGO, MUNICH Y SAN LUIS (AMÉRICA SEPT.).

Aprobamos el presente "Devocionario de San José" y concedemos ochenta días de indulgencia por cada una de las prácticas piadosas contenidas en él.

Gobierno Eclesiástico de la Archidiócesis.—Pelileo, á 15 de octubre de 1894.

† PEDRO RAFAEL,
Arzobispo de Quito.

Examinado que ha sido de nuestra orden el presente "Devocionario en honor del Patriarca, Señor San José" y no habiendo en él nada que se oponga al dogma y sana moral, antes por el contrario, creyéndose muy conforme con el espíritu de nuestra santa Madre la Iglesia y utilísimo para propagar entre los fieles la devoción del esclarecido Patriarca, lo aprobamos y concedemos cuarenta días de indulgencias por cada una de las prácticas y piadosos ejercicios en él contenidos.

Málaga, 2 de diciembre de 1899.

† JUAN,
Obispo de Málaga.

Es propiedad.

Á LOS DEVOTOS DE SAN JOSÉ.

Es innegable que «el infierno hace cada día nuevas conquistas: las almas se pierden y caen en el abismo, como los copos de nieve caen en invierno, y las hojas de los árboles en el otoño. El mundo arrastra á la muchedumbre con seductores halagos; cunden como contagio las máximas perversas; el interés es casi el único resorte de las acciones humanas; todo lo inundan el fraude y el engaño; una sed frenética de placeres impuros consume á todos los estados y edades, y, por colmo de desdichas, el respeto humano domina y tiraniza á los mismos buenos. ¡Ay! ¡á qué abismo de males nos precipitan la irreligión y el libertinaje de nuestros días!»

Hé aquí la pintura ligera, pero fiel del siglo en que vivimos. Tentaciones, lazos y peligros nos rodean incesantemente; las tinieblas del error y del pecado se condensan más de día en día; la religión y la piedad se debilitan, y la sociedad, rechazando á Dios que es su espíritu de vida y fortaleza, se precipita en el más espantoso abismo. Para preservaros, pues, de tanto mal, á vosotras, almas predilectas del Patriarca Señor San José, se os presenta este

devocionario, como tabla de salvación, puerto de seguridad, preservativo eficaz contra tanta peste del infierno, que tales estragos causan en el mundo. Haced con fidelidad, recogimiento y fervor las meditaciones, prácticas y ejercicios de este librito, y os haréis merecedoras del poderoso y eficaz patrocinio del santo Patriarca. Esforzaos, cuanto lo permita la debilidad de nuestra naturaleza, á copiar en vuestros corazonas las sublimes virtudes de San José; y, entre éstas, dad una especial preferencia á las de la castidad, humildad, resignación y paciencia. Amad sinceramente á San José, y él será vuestro amparo en toda necesidad y peligro. En los trabajos y miserias inevitables, en este nuestro destierro, San José os alcanzará la resignación y paciencia, que hagan fructuosos y meritorios vuestros padecimientos. Y, en fin, San José, en pago de vuestra fiel y tierna devoción, os alcanzará la gracia especial de un verdadero y ardiente amor á Jesús y á María, por el cual os haréis dignos de una dichosa muerte y de la recompensa eterna, que el Señor os tiene prometida.



BREVE RESUMEN DE LA VIDA DEL SANTÍSIMO PATRIARCA SEÑOR SAN JOSÉ.

San José, esposo de la Santísima Virgen, y en cierto sentido padre del Salvador del mundo, nació en la Judea hacia los cuarenta

ó cincuenta años antes del nacimiento de Cristo. No se sabe con certeza el lugar de su nacimiento; pero es probable que fué Nazaret, población corta de la Galilea inferior, donde tenía el santo su habitación. Era de la tribu de Judá, y de la familia real que había reinado desde David hasta la cautividad de Babilonia. Fué su padre, según la naturaleza, Jacob, como escribe San Matéo cap. 1; y según la ley Helí, como parece decir San Lucas cap. 3. Fué su madre la muy noble é ilustre matrona Abigail; de modo que Jacob y Helí fueron hermanos, y habiendo muerto Helí sin hijos, tomó Jacob por esposa á Abigail, y de ella hubo al Señor San José, quien por disposición de la ley, era contado por hijo de Helí; así sienten San Agustín y el angélico doctor Santo Tomás.

Autores hay que opinan que nació San José el mismo año del advenimiento al trono de César Augusto, año que, según refieren Plinio y Séneca, fué notable por un maravilloso fenómeno. Una mañana salió el sol coronado de estrellas dispuestas en forma de espigas de trigo, ceñidas de un arco-iris. Ciertamente que este prodigio no era puramente natural; y al disponerlo así la divina Providencia parece que quería manifestar los designios de su amor y misericordia para con los hombres. Los romanos auguraron de él la grandeza del reinado de Augusto; pero nosotros, si tal historia es verdadera, podemos creer que presagiaba el nacimiento de nuestro santo Patriarca, arco-iris que anunciaba al mundo

moral la reconciliación del cielo con la tierra, de Dios con los hombres.

Fué su abuelo Nathan, hermano de Barpanter, abuelo que fué de la santísima Virgen María. De aquí se infiere que el Señor San José y la Virgen nuestra Señora fueron primos segundos, ambos descendientes por línea recta de la real casa de David.

Preguntan los sagrados intérpretes sobre estas palabras de San Mateo: *Jacob engendró á José esposo de María*: ¿por qué se colige la genealogía de Cristo Señor nuestro de la del Señor San José, siendo nuestro Señor hijo de María santísima y no del santo Patriarca? La razón que dan, es que las mujeres hebreas, cuando heredaban á sus padres, para que los bienes no salieran de la tribu, debían, según la ley de los Números, elegir esposo en su misma tribu y linaje; y como San Joaquín, padre de María santísima, no tuvo hijos, debió casarla con varón de su propia familia, y éste fué el Señor San José; y así la genealogía del santo Patriarca es la de la Virgen, y consiguientemente la de Cristo nuestro Señor. Además según algunos era el Señor San José heredero del cetro de Judá, el cual, no sólo por promesa y donación de Dios, sino por derecho hereditario de sucesión vino á Cristo por José: porque así como el santo Patriarca tenía en Cristo, según la ley, y aun prácticamente ejercitaba todos los derechos que tienen los padres en los hijos, del mismo modo Cristo nuestro Señor tenía en el Señor San José todos

los derechos legales que tienen los hijos en sus padres, y así lo tenía al reino judaico después de su muerte. Los que sostienen para San José y para Cristo este derecho al reino temporal, ven una prueba de ello en las palabras de los Magos, que solicitando, adorar y rendir vasallaje al recién nacido Rey de los judíos decían: *¿Dónde está el que ha nacido Rey de los judíos?* Y aun parece que quiso el Señor para mayor honra de su padre putativo el Señor San José, blasonar el título de Rey de los judíos, haciéndolo poner en la cruz sobre su cabeza: *Jesús Nazareno Rey de los judíos.*

Teólogos de autoridad, entre ellos Gersón y el Beato Canisio, afirman que puede piadosamente creerse haber sido San José santificado en el vientre de su madre. El gran Gersón expuso este incomparable privilegio de nuestro santo protector en un sermón que tuvo en Constanza al tiempo del concilio, y no consta que los Padres reclamasen contra esta sentencia. — ¿Qué? ¿acaso no parece conforme á la grandeza del misterio de la Encarnación el que San José tuviese el privilegio que tuvo el Bautista? ¿y que quisiera Dios glorificar en estos dos varones escogidos la sublime misión que encomendaba al uno como precursor y al otro como padre putativo de su santísimo Hijo?

Según la ley fué circuncidado el día octavo de su nacimiento, y sus padres, es de creer que por inspiración del cielo, le pusieron el admirable y alto nombre de José, que significa *aumento.*

Sienten algunos, con más ó menos fundamento, que á los tres años de su edad fué ilustrado con ciencia infusa; otros se atreven á decir que á los siete años fué adornado y enriquecido con todas las ciencias divinas y humanas; según San Agustín, fué eminente teólogo; San Crisóstomo dice que penetró los misterios de la Biblia; Santo Tomás opina que supo perfectamente las ciencias; San Dionisio que especuló todas las facultades que disputan las escuelas; y San Ambrosio, que alcanzó todas las artes liberales y la historia oriental, que emprendió todas las mecánicas, aunque la que más ejercitó para sustentar á su divino Hijo y castísima esposa, fué la carpintería, por alta disposición del Altísimo.

Y ¿qué diremos de las virtudes de aquel que, habiendo merecido ser llamado en el Evangelio *varón justo*, fué destinado para esposo de la más santa entre las puras criaturas, y para ser el padre putativo, guía y guardián del Redentor del mundo? Desde sus más tiernos años resplandecieron en él todas las virtudes, como convenía al que el mismo Dios había escogido entre todos los hombres, para que desempeñase los cargos más sublimes y grandiosos, que el cielo puede encomendar á un mortal. Vivía elevado en altísimas contemplaciones, mostrando en todo un espíritu angelical y una santidad peregrina; pues la exterior modestia y compostura, indicaba el colmo de gracias que redundaba en su alma, siendo muy reposado, su rostro sereno y modesto sin afectación; el ánimo

humilde; las palabras graves y agradables; su conversación modesta, sin risas, sin perturbación y sin ira; cortés, afable, cariñoso, y en todo y por todo un dechado de las mayores perfecciones. Gran fe, grande esperanza y grandísima caridad, virginal y celestial pureza, perfectísima obediencia, rara simplicidad, singular prudencia, maravillosa fortaleza y constancia, increíble paciencia y mansedumbre, vigilancia cuidadosa, y solícita providencia.

Además de la hermosura del alma, quiso dotarlo el Señor de las mayores perfecciones y hermosura exterior; porque su imagen y perfecciones habían de ser como un bosquejo según el cual había de formar el Espíritu Santo en el seno de la santísima Virgen, como dice Isolano, la hermosísima humanidad de Cristo?

¿Qué fundamento tenían, pregunta el doctísimo Salmerón, cuantos llegaban á conocer y tratar á Cristo, para conocerle y tratarle, sin controversia alguna, como á hijo de San José? Y responde, que no pequeño fundamento era la semejanza en facciones, en genio y costumbres tan grande, que Jesús, como si San José le hubiese realmente engendrado, era en rostro, genio y costumbres un retrato perfeccionado de éste. Luego si Cristo Señor nuestro fué el más hermoso de los hombres, y todas sus perfecciones eran las mismas de San José, porque en todo fué parecido á su padre putativo, se infiere que el Santo Patriarca era en su cuerpo hermoso y perfecto como el que más entre los hijos de los hombres.

Los años que vivió San José, no los dice el Evangelio ni otra escritura auténtica, ni el tiempo en que murió; lo que se tiene por más cierto es, que era muerto al tiempo de la pasión del Señor; porque si viviera aquél, á ninguna otra persona encomendara Cristo desde la cruz á su santísima Madre.

El cuerpo del Señor San José fué sepultado, como dice Beda, en el valle de Josafat, y cerca del sepulcro donde después fué también depositado el cuerpo de la santísima Virgen.

CULTO PERPETUO

DEL PATRIARCA SEÑOR SAN JOSÉ.

DOCUMENTOS ECLESIAÍSTICOS RELATIVOS AL ESTABLECIMIENTO DEL CULTO PERPETUO DE SAN JOSÉ.

Breve de S. S. Pío IX.

Para perpetua memoria.

Esta Sede Apostólica, según se Nos ha expuesto poco ha, había ya concedido indulgencias plenarias y parciales á los fieles de ambos sexos, que practicasen en honor de San José, esposo de la inmaculada Madre de Dios, un piadoso ejercicio, cuya explicación se conserva en los archivos de nuestra Secretaría de Breves. Consiste principalmente en que los fieles escojan un día del año, para consagrarlo á honrar á San José con sus oraciones y sus obsequios, proponiéndose con estos actos de piedad, continuados cada día por turno, rendir al esposo de la bienaventurada Virgen María un culto en cierta manera perpetuo, lo que ha hecho que

á ese ejercicio se le dé el nombre de *Culto perpetuo* en honor de San José, esposo de la bienaventurada Virgen María. Habiéndose extendido este piadoso ejercicio, ó *Culto perpetuo*, de un modo admirable por todas partes, según Nos consta, se Nos ha suplicado humilde y encarecidamente que tuviésemos á bien, como una prueba de nuestra benevolencia apostólica, abrir de nuevo en favor de los fieles, el tesoro celestial de las indulgencias. Nos, pues, deseando cordialmente ver á todos los fieles honrar con un culto perpetuo á aquel que ha sido guardián de Jesús y esposo de la inmaculada Madre de Dios, á fin de que por este medio lleguen á ser verdaderos imitadores de sus admirables virtudes, hemos creído ser de nuestro deber acoger con agrado las súplicas, que Nos han sido dirigidas.

Por lo mismo, Nos, apoyados en la misericordia de Dios todopoderoso, y en la autoridad de los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo, concedemos misericordiosamente en el Señor, indulgencia plenaria y remisión de todos sus pecados á todo fiel de uno y otro sexo que esté ó sea en adelante agregado al piadoso ejercicio ó *Culto perpetuo* en honor de San José, esposo de la bienaventurada Virgen María, en el día de cada mes que él mismo escogiere, con tal que verdaderamente arrepentido, y habiendo confesado y comulgado, practique exactamente las oraciones, y demás obras de piedad prescritas en honor de San José, esposo de la bienaventurada Virgen María, y visite además devota-

mente una iglesia, rogando allí por la concordia entre los Príncipes cristianos, extirpación de las herejías, y exaltación de nuestra Madre la santa Iglesia. Esta indulgencia es aplicable por vía de sufragio á las almas del purgatorio. Nos declaramos nulo y sin efecto todo cuanto á esto se oponga, queriendo que las presentes letras sean siempre valederas.

Dado en Roma, en San Pedro, bajo el anillo del Pescador, el 5 de julio del año 1861 y décimo sexto de nuestro Pontificado.

Por Su Eminencia el Cardenal PIANETTI
J. B. BRANCALEONI CASTELLANI,
sustituto.



Cartas del Ex^{mo}. é Il^{mo}. Sr. Arzobispo de Quito.

NOS, JOSÉ IGNACIO ORDÓÑEZ,
por la gracia de Dios y de la Santa Sede
Arzobispo de Quito.

Entre las muchas devociones, con que los fieles de la Iglesia Católica honran al glorioso Patriarca Señor San José, una es la que se conoce con el nombre de *Culto perpetuo* de San José. Consiste esta devoción en que todos los días del año se rinda culto especial al castísimo esposo de la Virgen inmaculada; para cuyo fin se congregan y asocian trescientas sesenta y cinco personas, entre las cuales se distribuyen los días del año, tocando un día respectivamente á cada persona. Como esta de-

voción es tan agradable á Dios nuestro Señor, y tan provechosa á las almas, Nos deseamos verla cuanto antes establecida en nuestra ciudad metropolitana, y de hecho la establecemos, por medio de este Auto, confiando al señor presbítero doctor don José María Terrazas, dignidad de Maestrescuela de nuestra Iglesia metropolitana, el encargo de elegir y escoger el número necesario de las personas que deben componer la asociación del *Culto perpetuo* de San José en la ciudad de Quito.

Como, además, la práctica del *Culto perpetuo* ha sido, no solamente aprobada por la Santa Sede, sino también enriquecida con muchas indulgencias, según consta del Rescripto expedido por Pío IX el 20 de junio de 1856, y de las Letras Apostólicas publicadas en forma de Breve por el mismo Papa, el 5 de julio de 1861; declaramos que la asociación del *Culto perpetuo* de San José establecida en Quito, recibe nuestra aprobación solemne; y, mediante ella, las personas que la compongan podrán ganar las gracias é indulgencias concedidas por la Santa Sede, con tal que cumplan las condiciones siguientes:

1.ª Confesar y comulgar sacramentalmente el día, que á cada una tocara celebrar la práctica del *Culto perpetuo*.

2.ª Oír ese día la santa Misa.

3.ª Hacer un rato de meditación, conforme lo permitan las ocupaciones, sobre los dolores y gozos del santo Patriarca.

4.^a Pasar el día en retiro interior todo lo posible, abstenerse de toda diversión y pasar tiempo donde haya concurrencia, y dirigir á menudo alguna jaculatoria á San José.

5.^a Hacer alguna mortificación interior ó exterior y dar alguna limosna, si puede ser á una familia pobre, en memoria de la Santa Familia de Nazaret.

6.^a Visitar una imagen de San José, y rezar siete veces el Padrenuestro, Ave María y Gloria en memoria de sus dolores y gozos.

7.^a Hacer la visita al Santísimo Sacramento y á una imagen de la Virgen María.

Cuando sobrevenga algún inconveniente, las visitas pueden practicarse desde casa.

Dado en Quito, á 11 de febrero de 1888.
Firmado de nuestra mano y refrendado por nuestro Secretario.

† JOSÉ IGNACIO,
Arzobispo de Quito.

FEDERICO GONZÁLEZ SUÁREZ,
Secretario.

NOS, JOSÉ IGNACIO ORDÓÑEZ,
por la gracia de Dios y de la Santa Sede
Arzobispo de Quito.

Á fin de que se propague más y más en nuestra Archidiócesis la devoción del glorioso Patriarca *San José*, castísimo esposo de la inmaculada Virgen María, hemos tenido á bien dar al Sr. Dr. José María Terrazas, dignidad Maestrescuela de nuestra santa Iglesia metro-

politana, la facultad de establecer, por sí mismo, ó por medio de los venerables señores Párrocos en todos los pueblos de la Archidiócesis, las prácticas piadosas que se conocen con el nombre de "*Culto perpetuo de San José*"; y exhortamos y mandamos á todos nuestros venerables señores Curas que la establezcan en sus respectivas parroquias y que cuiden de encender á los fieles en el amor á Dios nuestro Señor, valiéndose del auxilio eficaz de la devoción á San José, cuyo poderoso patrocinio, entre otros efectos saludables, tiene el de alcanzar á las almas gracias abundantes para perseverar en el divino servicio.

Con esta ocasión volvemos á recomendar á nuestros venerables Párrocos que hagan comprender á los fieles cuál es el espíritu de la verdadera devoción á San José, exhortándolos á proponerse como perfecto modelo y dechado de todas las virtudes al glorioso Patriarca. Hemos de procurar aprender del castísimo esposo de la Virgen María la humildad profunda, la oración continua, el amor y la consagración al trabajo, huyendo de las diversiones pecaminosas y buscando en el ejercicio de las sólidas virtudes cristianas la santificación de nuestras almas.

Dado en Quito, á 15 de abril de 1888.

† JOSÉ IGNACIO,
Arzobispo de Quito.

FEDERICO GONZÁLEZ SUÁREZ,
Secretario.



CULTO PERPETUO DE SAN JOSÉ.

Con el fin de tributar á San José un culto especial,

yo

Soci ... del Culto perpetuo le consagro el día
del mes de.....y el día
de cada mes.

Haré con diligencia las prácticas arriba expresadas.



SUMARIO DE INDULGENCIAS

PARA EL CULTO PERPETUO.

Por un rescripto de 20 de enero de 1856 se dignó S. S. aprobar las prácticas de dicho ejercicio, y conceder las siguientes indulgencias á los asociados al *Culto perpetuo*.

Indulgencia plenaria en el día en que se inscriban, otra en el día que hayan escogido para este ejercicio, y otra para el artículo de la muerte.

Indulgencia plenaria en el día 19 de marzo, en la fiesta del Patrocinio de San José, en la de los Desposorios de la Virgen y en las de la Purificación, Anunciación, Asunción, Natividad é Inmaculada Concepción de María Santísima.

Indulgencia de siete años y siete cuarentenas cada día que practicaren alguna de las obras prescritas en la página 4 y 5.

Todas estas indulgencias son perpetuas, y aplicables á los difuntos.

Por el breve de 5 de julio de 1861 que antecede, Su Santidad ha nuevamente aprobado para todos los fieles del mundo católico la piadosa práctica del *Culto perpetuo* en honor de San José, confirmando las indulgencias precedentes y concediendo otra plenaria que puedan ganar los asociados cada mes en el día que elijan.

Por decreto de 18 de setiembre de 1861, ha acordado el beneficio de altar privilegiado para todas las misas que se celebren en sufragio de los asociados al *Culto perpetuo* de San José, muertos en la paz de Dios, sea cual fuere el altar en que sean celebradas.

EJERCICIOS PARA EL DÍA DEL CULTO PERPETUO.

Por la mañana, después de levantado y de las devociones de costumbre dirá:

Jesús, José y María, amparadme en este día.

ORACIÓN.

Gloriosísimo Patriarca San José, hoy tengo la dicha de dedicaros este día, que es el que me corresponde en el *Culto perpetuo*, por medio del cual mis hermanos y yo os obsequiamos todo el año. Por mi parte desco que

el presente día sea de santificación para mi alma, y como el principio de una vida nueva consagrada enteramente á Jesús vuestro hijo adoptivo, á María vuestra inmaculada esposa. y á Vos, santo mío. Á este fin os ofrezco todos mis pensamientos, afectos, palabras y acciones, suplicándoos fervorosamente que lo bendigáis todo, para que todo sea santo y digno de los ojos de Dios, que penetra los más ocultos secretos de mi corazón. Alcanzadme una continua presencia de Dios, para que no sean cosas profanas, y sí sólo pensamientos y deseos celestiales los que me ocupen. Estad siempre á mi lado, haced que no me olvide de Vos, y aceptad cuanto haga y desee hacer en bien de mi alma y en obsequio vuestro, y presentadlo á María y á Jesús para mayor gloria suya y en satisfacción de mis culpas y de las de mis hermanos.

ORACIÓN ANTES DE LA COMUNIÓN.

Mi especial protector San José, tembloroso el corazón y humillado el espíritu, voy á acercarme á la sacrosanta mesa eucarística. ¡Oh! me confundo al pensar que he de recibir á mi Dios; á Dios, que se digna venir á mi alma para unirse con ella de una manera tan íntima y tan afectuosa, á Dios, que junto con la participación de su santísima Humanidad me comunica su propia divinidad, haciendo á mi alma un espíritu con el suyo. Soy indigno, más que indignísimo de tanta fineza y de honor tanto. ¿Qué he de hacer? ¡Santo mío!

Deseo estrecharme con mi dulce Jesús; pero veo al mismo tiempo mi indignidad, mi poco amor y mis ingratitudes, y esto me espanta y desazona . . . Venid, venid, pues, Vos que fuisteis y sois todo paternal cariño para vuestro hijo adoptivo, y que por vuestra eminente santidad merecisteis ser llamado padre del mismo hijo de Dios: venid á encender en amor mi frío corazón: prestadme vuestros grandes méritos y vuestras privilegiadas virtudes. Vos preparasteis con tierno afán en el portal de Belén la pobre cuna, en que había de reposar el Dios nacido de vuestra virginal esposa; Vos la convertisteis, cuanto os lo permitió la penuria en que os hallabais, en un lecho blando y abrigado. Preparad á su vez mi alma; convertidla en decorosa y apacible morada de mi Dios; ablandadla de su dureza; abrigadla con vuestra protección, para que el amantísimo Jesús pueda reposar en ella con amorosa complacencia.

Y Vos, Virgen santísima, venid con vuestro amadísimo y angelical esposo á disponer mi corazón, que tan vacío se halla de virtudes, y tan ocupado de amor propio y vanos deseos. Purificadle con la pureza de un ángel, Vos que sois la Virgen inmaculada y la Reina de los de los ángeles.

Y purificado mi corazón y preparada mi alma, oh dulcísimo Jesús, por María y José, bien puedo deciros que vengáis. Venid, sí, venid, querido de mi amor. No miréis mi miseria y mi vileza; atended sólo que son vuestra madre y vuestro padre adoptivo, tan purísimos y tan

queridos vuestros, los que os recibirán al entrar á mi alma. Venid, pues, venid, dulce bien mío, que lo deseo con ardor.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN.

¿Es posible, mi amadísimo Patriarca San José, que todo un Dios se haya dignado darse en alimento á mi alma? ¿Es posible que el dulcísimo Jesús se haya unido á mí, haciéndome participante de su santísimo cuerpo? Así es: y yo, miserable y pecadora criatura, por medio de la sagrada comunión, acabo de recibir en mi interior á aquel mismo Hijo del Altísimo que Vos tuvisteis en vuestros brazos y estrechasteis sobre vuestro ardoroso corazón. ¡Infeliz de mí, que no sé yo acariciarle con aquella ternura con que lo hicisteis Vos! ¡que no sé yo adorarle con aquella humildad y fervor con que vos le adorasteis al compás de los angélicos acentos, que cantaban al recién nacido Niño divino: *Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!* Suplid, bondadoso protector mío, mi insuficiencia. Dad por mí millones y millones de gracias al dulcísimo Jesús, que tan incomparable fineza me ha dispensado. Pedidle que haga de mi corazón una inmensa hoguera de amor suyo, cuyo fuego consuma en mí todos mis malos hábitos y todas mis aficiones terrenas. Pedidle por todas mis necesidades y por todas las de la Iglesia, del Sumo Pontífice y demás prelados, así como por las de mis parientes, amigos y conocidos y de todos los hombres, tanto justos como pecadores,

así fieles como infieles. Interceded con vuestra amorosísima esposa, para que, ya que tengo á Jesús en mi alma, venga también ella á morar en mi corazón, y le haga suyo, enteramente suyo.

Y Vos, divino Jesús mío, recibid por conducto de vuestra madre y de vuestro padre adoptivo, con mi sincero reconocimiento, el ofrecimiento que os hago de no pretender desde hoy más que vuestro amor, y de esforzarme cada día con nuevo ahinco en que mi alma os sea siempre una morada de amor y de delicias.

MEDITACIONES SOBRE LOS SIETE DOLORES Y GOZOS DE SAN JOSÉ¹.

PRIMER DOLOR Y PRIMER GOZO:

Los que tuvo San José al ver en cinta á su esposa, y al revelarle el ángel el misterio de la Encarnación.

1º Efectivamente intenso debió de ser el dolor de San José, al reparar que su esposa se hallaba en cinta, hallándose entrambos ligados con el voto de virginidad, que voluntaria y mutuamente se habían prometido. Y la angustia del santo Patriarca había necesariamente de ser tanto más cruel, cuanto que, persuadido de la inocencia y santidad extraordinaria de María, no podía darse razón de lo que se le hacía incomprensible bajo todos conceptos. De aquí que su gozo hubo de ser extremado, cuando el ángel del Señor apareciéndosele en sueños,

¹ Ponemos no más que una especie de apuntes que cada uno podrá fácilmente explicar.

le sacó de dudas é incertidumbres, dándole á entender que María había concebido en su virginal seno por obra del Espíritu Santo al Hijo del Altísimo. Es decir, San José viendo á su inmaculada esposa contemplaba á la Madre de Dios.

2º Aprendamos de este suceso de la vida de nuestro Santo el no pensar nunca mal de nuestros prójimos, atribuyendo á designios de la divina Providencia, que sería temeridad querer descubrir, lo que tal vez nos parezca reprehensible en alguno de nuestros hermanos. Aprendamos también el regocijarnos en las cualidades ó virtudes que en ellos se hallen, reconociéndolas siempre superiores á las nuestras.

3º Propongámonos hacer todos los esfuerzos para no dejarnos llevar de los juicios temerarios y de la envidia, y estar muy alerta para oponernos hasta á las primeras impresiones ó movimientos, para que el maligno espíritu no nos coja desprevenidos, y no nos arrastre á pecados contra la caridad.

SEGUNDO DOLOR Y SEGUNDO GOZO:

Los que tuvo San José cuando vió al divino Hijo de su esposa reclinado en un pesebre, y cómo luego le alababan y adoraban los ángeles y los pastores.

1º Era natural que San José sintiese una inexplicable aflicción al ver nacido tan pobremente y expuesto á la inclemencia á aquel Niño, de quien sabía con tanta certeza que era el mismo Hijo de Dios. Y lo que más debía atormentar el corazón tierno del santo Patriarca,

era no hallar medio de poder suavizar los rigores del penoso estado en que se encontraban María y su Hijo. Pero también se inundaría de consuelo su alma, al oír á los ángeles que entonaban himnos de gloria á Dios, y anunciaban paz á los hombres por aquel nacimiento; y al ver á los pastores, que, avisados por los espíritus celestiales, venían á postrarse ante la cuna del recién nacido, confesándole y adorándole por verdadero Dios.

2º La enseñanza que debemos sacar de este suceso, es aficionarnos á la pobreza voluntaria, ya que nuestro divino Salvador quiere ser pobre desde que nace, y se expone á privaciones y penalidades, que no podían dejar de ser muy sensibles para un tierno niño y una delicada madre. Al mismo tiempo imitemos á los ángeles y á los pastores, y como si nos hallásemos en la cueva de Belén y ante la cuna de nuestro dulcísimo Redentor, alabémosle desde el fondo de nuestros corazones, y adorémosle en espíritu de compunción y humildad.

3º Sea nuestro propósito firme y eficaz, de no quejarnos nunca cuando nos falte algo, aun de lo que creamos necesario, y buscar cómo privarnos de lo que nos guste y lisonjee. Resolvamos también ser muy compasivos y generosos para con los pobres.

TERCER DOLOR Y TERCER GOZO.

Los que tuvo San José en la circuncisión del divino Hijo de su esposa, y cuando él mismo le dió el nombre de Jesús.

1º Instante terrible hubo de ser para San José el en que vió cómo el cuchillo penetraba en las tiernísimas carnes del recién nacido, hasta hacer brotar sangre, pues que así lo exigía la ceremonia de la circuncisión. Los lloros del divino Niño no podían menos que desgarrar su corazón tierno. Pero al pronunciar sus labios el dulcísimo nombre de Jesús, que, según la orden que había recibido del ángel, puso al Dios niño, se llenó de un placer tanto más grande, y que nosotros no podemos ponderarlo bastante, cuanto más él conocía toda la extensión del significado de aquel nombre, á cuyo eco ya desde entonces se conmovían los cielos, la tierra y el infierno.

2º La sangre que Jesús derrama apenas nacido, y que derrama por nuestro amor, ha de animarnos á sufrir todas las adversidades que nos vengan, cualesquiera que sean la situación de nuestra vida, nuestra salud y nuestra delicadeza, ya que Jesús se hallaba en lo más tierno y delicado de la infancia, cuando fué circuncidado. Tengamos, pues, siempre en el entendimiento, en el corazón y en los labios el dulce nombre de Jesús; que recordándolo y pronunciándolo con amor se nos harán llevaderas las penas.

3º Hagamos la resolución de sufrir sin murmurar, cuando nos encontremos en algún padecimiento; y de no ser tan delicados y amantes de nosotros mismos, que no queramos tolerar ninguna incomodidad. No descuidemos de pronunciar en nuestras tribulaciones los nombres

de Jesús, María y José, pues que ellos nos servirán de consuelo.

CUARTO DOLOR Y CUARTO GOZO.

Los que tuvo San José cuando oyó la profecía de Simeón, y entendió á la vez que los sufrimientos de Jesús habían de salvar al mundo.

1º Con el horror de un espantoso trueno resonaría en los oídos de San José el anuncio de Simeón, que profetizaba á María amarguísimos dolores, y á su divino Hijo tan desastroso porvenir, que llegaría á ser el blanco de crueles persecuciones y la víctima de inauditos tormentos. El santo Patriarca, que amaba á María como á su verdadera esposa, con un amor tan ardiente como virginal, y que á Jesús le quería con un cariño todo paternal, pues le miraba como á su hijo adoptivo, hubo de experimentar, al oír lo que de ellos vaticinaba aquel santo varón inspirado por Dios, una angustia mucho más terrible, que si se hubiesen dicho de él aquellas temibles palabras. Sin embargo, al entender que así María como Jesús habían de sufrir para redimir á los hombres, su corazón, henchido de gozo, se unió desde entonces á aquellos dos generosos corazones, que se inmolaban por la salvación del mundo.

2º ¡Qué sublime caridad para con los prójimos nos enseñan Jesús, María y José! Ellos se ofrecen gustosos á todos los rigores de la divina justicia, á trueque de que se salve el hombre, y prefieren sujetarse á una vida de quebranto y de tormento, para que los hombres

después de sufrir miserias sobre la tierra, no sean infelices por una eternidad.

3º Determinémonos á hacer también nosotros algo en favor de nuestros hermanos, especialmente en lo que se refiere á su eterna salvación. Á este fin propongamos violentarnos y abstenernos de todo aquello que, por más que nos sea agradable ó cómodo, les pueda dar mal ejemplo; y hacer algún sacrificio en nuestros gustos y conveniencias, cuando de él pueda reportar el prójimo algún aprovechamiento espiritual.

QUINTO DOLOR Y QUINTO GOZO.

Los que tuvo San José en la huida á Egipto, y en ver cómo á la presencia de Jesús en este pueblo se derrumbaban los ídolos del paganismo.

1º Basta un poco de reflexión para comprender el dolor que había de martirizar el corazón de San José, al tener que huir á Egipto para salvar á Jesús de la persecución de Herodes. La travesía era larga, los caminos escabrosos, desconocidos y expuestos, y la sagrada familia se hallaba sin recursos y casi hasta sin la ropa necesaria para su abrigo en lo riguroso del invierno. ¡Qué cruel amargura para el santo Patriarca ver en tan penosa situación á María, tiernísima y delicada doncella, y á Jesús, niño recién nacido! Pero grande sería á la vez su gozo, cuando al entrar en Egipto, caían los simulacros del demonio, que aquellas idólatras gentes adoraban como á divinidades. José vió en aquel suceso otra prueba de que su

hijo adoptivo era el mismo Hijo de Dios, y se complació ya en el triunfo, que Jesús debía reportar de la culpa y del infierno.

2º Huyamos también nosotros, como José, de allí donde se encuentra Herodes, esto es, de los lugares donde reinan los vicios, y donde la virtud es escarnecida, ó á lo menos ridiculizada y despreciada. Huyamos, aunque sea por escabrosos caminos, es decir, por medio de la mortificación y de la penitencia, al destierro: esto es, busquemos el recogimiento en el fondo de nuestros corazones; pero antes procuremos que caigan de ellos los ídolos del orgullo, de la codicia, de la concupiscencia, de la vanidad y demás pasiones á que rendimos culto.

3º Sea la resolución huir, venciendo todos los respetos humanos, y contrariando, si es preciso, las propias inclinaciones y afectos, de todas aquellas ocasiones en que haya peligro de pecar, así como de todas aquellas compañías entre las cuales no se fomente la virtud.

SEXTO DOLOR Y SEXTO GOZO.

Los que tuvo San José cuando, al regresar del destierro, supo que reinaba el hijo de Herodes, y cuando el ángel le anunció que podía dirigirse á Nazaret.

1º Después de siete años de haber comido el pan de la emigración, pan que le había costado mil sudores y fatigas, y que había sido regado con copiosas lágrimas, pudo la sagrada familia dejar el Egipto; mas enterado José que

en el reino de Judea al cual pertenecía Belén había sucedido al cruel Herodes su hijo Arquelao, no pudo menos de sentirse agobiado de zozobra. Con razón podía temer el santo Patriarca que el hijo de aquel tirano, el cual no había podido dar muerte á Jesús, satisfaría los sanguinarios deseos de su padre, si llegaba á descubrirle. De aquí la duda, la perplejidad, la incertidumbre de San José, no sabiendo á dónde dirigirse ni en qué población refugiarse. Mas el ángel del Señor le consoló y calmó todos sus temores, cuando apareciéndosele le dijo que se fuese á habitar en Nazaret de Galilea. El corazón del santo Patriarca respiró y gozó con este tranquilizador consejo.

2º También sucede á veces al alma justa que, después de haber salido del Egipto de una vida mundanal y peligrosa, se encuentra en la incertidumbre, sin saber qué camino tomar para hacerse más agradable al Señor: ó bien que hallándose en la ocasión, en que ha de tomar uno ú otro estado de vida, no acierta á resolverse, temerosa de no acertar con la voluntad de Dios. En tales conflictos no hay más que acudir á la oración, y no dejarse llevar nunca por la pasión ni por miras terrenales. Obrando así, se puede confiar que, como al santo Patriarca, Dios manifestará por un medio ú otro cuál sea su voluntad.

3º Proponer no emprender nunca asunto ó trabajo de importancia sin haberlo antes consultado con Dios en la oración, y haber tomado consejo de personas virtuosas y sensatas.

SÉPTIMO DOLOR Y SÉPTIMO GOZO.

Los que tuvo San José en la pérdida y en el hallazgo de Jesús.

1º Tres eran los motivos que debían hacer acerbísimo el dolor de San José cuando se perdió Jesús. El primero era el cariño de padre que le profesaba, y verle perdido en la tierna edad de doce años, sin poder encontrarle en ninguna parte, después de cerca de tres días de buscarle. El segundo motivo, el temor, que su humildad le abultaba, de que quizá por culpa suya se había separado de su compañía y de la de su madre, siendo por consiguiente él causa de la suma aflicción de su inocente esposa. Y tercera, la zozobra cruel de que se hubiesen apoderado del Niño los que desde su nacimiento le habían perseguido para darle la muerte. Tres fueron á su vez los motivos de su gozo al encontrarle. Primero, la alegría natural á un padre y á un esposo tan amante como lo era San José de Jesús y de su madre. Segundo, encontrarle en el templo en medio de los doctores, dándoles pruebas de una prudencia sobrehumana y de una sabiduría divina. Y tercero, el que Jesús se fuese con sus padres, según dice el evangelista, para estarles sujeto.

2º ¡Cuántas veces perdemos nosotros á Jesús, y sabiendo ciertamente que es por nuestra culpa, no obstante ni le buscamos, ni gemimos, ni el dolor parte nuestro corazón! ¡Cuántas veces nos ponemos en ocasión de perderle, sin hacernos de ello escrúpulo! Pues si queremos poseerle con María y José, no es en los divertimientos

del mundo, en las relaciones de vanidad y torcidos afectos con los hombres, en la ociosidad y en las tareas que halagan nuestros apetitos, donde le encontraremos; sino en el templo, esto es, en el recogimiento interior, en el retiro dentro de nuestras casas, en la oración.

3º Formemos una resolución inquebrantable de arrostrar todas las desgracias, hasta la muerte misma, antes que ofender á Dios con un solo pecado mortal, y de procurar estar siempre con Jesús, renovando su memoria en todas las horas del día y de la noche.

SÚPLICA Á SAN JOSÉ.

¡Oh santo Patriarca José! cuya bondad y poder exceden á cuanto podemos nosotros comprender y necesitar! ya que me he consagrado á vuestro culto de un modo particular, no puedo menos de dirigiros, con todo el fervor de que soy capaz, los más humildes é interesantes ruegos. Os pido, en primer lugar, por la Iglesia y el Sumo Pontífice, para que les protejáis siempre de una manera visible, y hagáis que confundidos sus enemigos vengan á conocimiento y detestación de sus errores. Os pido también por cuantos se hallan unidos conmigo por relaciones de parentesco y amistad, para que sean lazos santos los que nos unan, y una correspondencia exenta de toda culpa, la que estreche estos lazos. Á mis hermanos los asociados á esta devoción bendecidlos, dulce protector nuestro, con aquellas bendiciones que cada uno haya

menester en la situación ó peligro en que pueda encontrarse. Y á mí, que tan pobrecito soy, alcanzadme de Jesús y de María lo que sabéis que más necesito, para cumplir religiosamente con mis deberes de familia y del cargo ó destino en que Dios me ha colocado, y sobre todo para ser un perfecto cristiano, exacto cumplidor de la ley de Jesucristo y de los preceptos de la Iglesia, ardiente devoto vuestro y propagador de vuestro culto. Amén.

MEDITACIONES SOBRE LAS EXCELENCIAS Y PODEROSOS VALIMIENTOS DE SAN JOSÉ.

Para excitar un cordial amor á San José, se añaden las siguientes consideraciones, que pueden servir también á los que componen la asociación del *Culto perpetuo*, tomando de aquí cualquier punto para la meditación de aquel día.

Querría yo persuadir á todos á ser devotos de este glorioso Santo, por la experiencia que tengo de los grandes bienes que alcanza de Dios.

Santa Teresa.

SOBRE EL CULTO DE SAN JOSÉ.

1.º Preludio. — Imagínate ver el cielo abierto, y allí á Jesús y á María sentados en sus tronos, que invitan á los ángeles y santos á honrar á San José.

2º Preludio. — Pide gracia para conocer los méritos y la gloria de San José, venerarlo debidamente y poner en él toda tu confianza.

Conveniencia del Culto. Punto 1º Considera cuán conveniente es que todo cristiano rinda

un culto especial al Patriarca San José, tan esclarecido por su *dignidad*. Es cierto que se suele honrar á cada uno á proporción de su grado ó excelencia, bien sea por su linaje ó por los honrosos títulos que ha adquirido, ó por el puesto en que está colocado. Lo mismo sucede en el cielo, donde el Señor, justo remunerador, distribuye la gloria á sus siervos á medida de sus méritos. Y ¿quién puede entender el alto puesto de gloria á que en el cielo ha sido levantado San José, y el profundo homenaje que le tributa todo el celestial paraíso? Él, sin decir nada de su linaje, que para con Dios no tiene valor alguno, sino en cuanto es ilustrado con la virtud, él es el esposo de la Madre de Dios, que es la señora de los ángeles, la reina de los santos, la emperatriz del cielo; y tan alta dignidad se refleja en el esposo, el cual está muy cercano á ella en el empíreo y en trono de especial gloria. José es el padre putativo de Jesucristo que es el Rey de reyes y el Señor de todos los señores; y si Jesús, morando en la tierra, honró y obedeció como hijo sumiso á San José, sin duda que le honra y reverencia también ahora en el cielo; y por esto lo ha colocado junto á su trono y al de su augustísima Madre, para que reciba los homenajes de todos los ángeles y santos. Y ¿quién jamás, de entre los santos más insignes ó entre los serafines más excelsos, pudo decir al Rey de la gloria, Jesucristo: «Tú eres mi hijo», como mil veces pudo decirlo San José? ¡Oh dignidad sublimísima! ¡Oh santo, sobre todos los santos dignísimo de toda honra!

Si yo no supiese que Vos sois tan bueno cuanto sois grande, no tendría ánimo ni aún para nombraros de otro modo que con temor y con la cara por el suelo. Mas, me animo conociendo íntimamente, que la alteza de vuestra dignidad no hace sino volveros más benévolo á mis súplicas, y más poderoso para el remedio de mi necesidad. Me alegro con Vos, y doy gracias con todo afecto á vuestro Jesús y mío que tanto os ha sublimado, para que yo pueda con más seguridad apoyarme en vuestra protección.

Punto 2º Se debe también á San José un culto especial por su *santidad*. ¡Cuán venerable es la virtud, y digna de toda honra la santidad! Mas ¿quién puede comprender la santidad perfectísima de San José? Él debió ser y fué muy semejante en costumbres y virtud á la Santísima Virgen, de quien, por voluntad de Dios, fué dignísimo esposo. Él debió ser y fué adornado de gracias y dones singularísimos, como convenía al oficio que ejercitó de padre legal de Jesucristo; por lo mismo tuvo él en sí reunido cuanto de más santo resplandeció en todos los Patriarcas del Antiguo Testamento, de quienes fué digna corona: más piadoso que Noé, más fiel que Abrahán, más paciente que Isaac, más constante que Jacob, más casto que José, más manso que David, más justo que todos los justos, esto es, más perfecto en todas las virtudes. Las obras, las plegarias y los trabajos de San José en la tierra, dice el doctísimo Suárez, fueron en mérito y valor de santidad más eminentes que los de los demás santos,

atendida la más especial unión que tenía con Jesucristo, y el más perfecto conocimiento y amor de su divina persona. Por esto, nuevamente, ¡oh San José mío! me alegro con Vos y con todo el corazón bendigo al Señor, que es fuente y principio de toda santidad, de haber tan liberalmente derramado sus tesoros sobre vuestra alma. Á Vos me encomiendo en la extrema privación, en que me hallo, de toda virtud. Por el afecto que siento hacia Vos en mí, y por el culto que os presto, y más por vuestra bondad, alcanzadme que, removida de mí toda tibieza de espíritu y relajación de corazón, me aplique de veras á conseguir las virtudes, la santidad y perfección que mi estado exige.

Punto 3º. Se debe á San José un culto especial por su *poder*. ¿Quién no busca aquí en la tierra un poderoso protector, para acudir á él en sus necesidades? Pues gracias sean dadas á Dios, yo lo he hallado y lo he hallado poderosísimo, no aquí en la tierra, sino allá en el cielo: he hallado á San José. ¡Oh qué protector! ¡tan grande! ¡tan bueno! ¡tan poderoso! ¿Qué no puede alcanzar San José para sus devotos? Pedirá gracias por ellos á María su esposa: ¿y las negará esta á su amado esposo? Las pedirá á Jesús su hijo, y se las pedirá en cierto modo con autoridad de padre: le alegará los títulos que tiene para obligarle: le hará presente que lo educó, lo alimentó, lo vistió, lo sirvió, lo libró de las asechanzas y peligros de la muerte; ¿y Jesús negará nada á su dulcísimo padre? San José puede todo en el cielo, y sus peticiones

jamás son rechazadas. El poder amplísimo que confirió Faraón á José en Egipto, no fué sino una sombra del poder dado á San José, ante quien parece que se complace el Señor en enviar á los que le piden gracias: *Ite ad Joseph*; y á quien, como lo dice la Iglesia, ha constituido señor de su casa, príncipe de todas sus posesiones y árbitro dispensador de todos sus tesoros. ¡Afortunados devotos de San José, vosotros no quedaréis jamás privados de ayuda, acudiendo á su gran patrocinio! «Ruego, por amor de Dios — dice Santa Teresa — que haga la prueba quien no me cree y verá por experiencia el gran bien que es encomendarse á este glorioso Patriarca y serle devoto.»

¡Oh amado santo mío! Por tercera vez me alegro con Vos del altísimo poder que tenéis para socorrerme; doy gracias, bendigo y ensalzo al piadosísimo Dios que me ha dado á Vos por protector, y ha puesto en vuestras manos sus tesoros, para que á vuestro agrado los dispenséis. ¡Ea! recibidme bajo vuestro poderoso y amorosísimo patrocinio en vida y en muerte, para que siga una vida digna del nombre y profesión de cristiano, y tenga una muerte que sea para mí el principio de eterna vida. Amén.

SOBRE LA MANERA DE HONRAR Á SAN JOSÉ.

Punto 1.º Considera que se debe honrar á San José con el *afecto del corazón*. ¡Cuán digno de ser honrado es San José! Si la virtud y santidad, si la bondad y la liberalidad roban el corazón, tanto, que se siente uno como

necesitado al amor de quien está adornado de ellas, ¿quién, después de Jesús y María, puede merecer mejor nuestro amor que San José? ¿Quién más santo que él? ¿Quién más perfecto en todas las virtudes? ¿Quién más afable y compasivo? ¿Quién más liberal y generoso en distribuir gracias y favores? ¿Quién más dulce y amoroso? Nada hay de austero en el santo Patriarca, nada que infunda temor: al contrario, todo respira en él benevolencia, amabilidad, benignidad y dulzura. ¡Oh santo mío: al contemplaros al lado de vuestra purísima esposa María, ya cuando la conducís á Belén y allí os afanáis á prepararle un albergue, y no hallándolo, os alojáis en un establo; ya cuando con ella vais al templo, ó peregrindis á Egipto; ó cuando en su compañía trabajáis en el taller de Nazaret: al contemplaros con el amado Niño en los brazos, y que lo estrecháis amorosamente contra vuestro corazón, y él se os abraza al cuello, y os hace caricias, y os da tiernos besos; ¡oh cuán amable me parecéis, dulcísimo Patriarca! ¡Oh, mi corazón queda aprisionado de vuestra bondad! Vos siempre dulce, manso, sereno y afable, ¿cómo no os debo amar? Sí, amado santo mío, os amo con todo mi afecto: y, después de Jesús y María, á vos ofrezco y consagro todo mi corazón.

Creo que con amaros doy grandísimo gusto á vuestra dulcísima esposa, y causo gran placer á vuestro amado hijo, los cuales, como aman á Vos más que á toda otra criatura, no

pueden menos que agradarse de que yo mucho os ame. ¡Ojalá os amase yo con el mismo amor de Jesús y María, y pudiese atraer á todos los hombres á vuestro amor, oh santo amabilísimo!

Punto 2º Se debe dar culto especial á San José *con las obras*. La prueba sincera del amor son las obras. Por lo cual, considera que la devoción de San José debe ser en ti conservada, alimentada y manifestada con los obsequios, que le pueden ser gratos y aceptos. Venerar sus imágenes, visitar sus altares, invocar su nombre, hacer memoria de sus dolores y alegrías, hacer triduos y novenas en preparación de sus fiestas; santificar en su honor el mes de marzo y los siete domingos siguientes; consagrarle tu persona y cuanto te pertenece; promover su culto con exhortaciones, con libros é imágenes; dar limosna en su obsequio; oír la santa Misa, uniendo tu intención á la que tuvo el santo Patriarca cuando ofreció al eterno Padre la sangre preciosísima que Jesús derramó en la circuncisión, y cuando hizo en el templo el ofrecimiento del Divino Niño el día que fué la Virgen á cumplir la ley de la purificación; he aquí los obsequios, con que puedes manifestar al santo el afecto que le tienes y la reverencia que le profesas. Sírrete ya de uno, ya de otro, para acrecentar como con alimento oportuno, y guardar en tu corazón siempre viva la llama de su amor. ¡Cuánto lo estimará el santo y cuán largamente te remunerará! No pase día, como lo ordenó Jesucristo á Santa

Margarita de Cortóna, que no te postres á sus pies para honrarlo y venerarlo. ¡Oh dichoso Vos, santo Patriarca mío! confieso aquí á vuestros pies mi pasada negligencia en honraros, y mi tibieza en amaros á pesar de haber recibido de Vos tantas gracias. ¡Perdonadme! No será así en adelante. Yo os prometo que no pasará día, sin que yo os manifieste con algún obsequio devoto mi reconocimiento, mi amor, y la confianza que en Vos he puesto.

Punto 3º Se ha de rendir un culto especial á San José *con la imitación de sus virtudes*. La sustancia y como la flor de la devoción está puesta en la imitación de las virtudes del santo, á quien se quiere venerar. La conformidad de genio y de costumbres ata los corazones y los une con recíproco afecto. Por lo cual, si deseas ser sincero devoto de San José, toma por regla y medida de tu devoción el cuidado y deseo que tienes de copiar en ti sus virtudes sublimes. ¿Está en ti fervoroso el amor de Dios, de modo que observes fielmente, á imitación de San José, sus santos mandamientos y cumplas su divina voluntad? ¿Te aplicas á copiar en ti su paciencia en los trabajos, su tolerancia en las injurias y su resignación en las adversidades? Procuras ser, á imitación del santo Patriarca, manso, benigno, puro y limpio de toda mancha y suciedad de pecado? ¡Oh! si esto haces, consuélate porque tu culto es, sin duda, grato al santo Patriarca, y él te tendrá siempre bajo su especial protección. Mas, si por el contrario, te contentases con rezarle, con

sólo los labios, cualquiera oración, ó con practicar exteriormente algún ejercicio de poco momento; y después no tienes cuidado de huir la ofensa de Dios, de guardar la pureza del corazón, de ser caritativo con el prójimo; y te entregas en brazos del vicio, te das al contentamiento de los sentidos, á la satisfacción de perversas inclinaciones: si eres altanero, soberbio, indevoto, impaciente, inmortificado y lascivo; ¡oh! en vano te lisonjeas entonces de ser devoto de San José, pues no gozarás de su favor y protección. Resuélvete, pues, resuélvete de veras á rendirle un culto tal, que te estimule á la consecución de las virtudes que más resplandecieron en el santo; y así tu culto será de todo su agrado y de grande provecho tuyo.

¡Oh santo mío amabilísimo! me avergüenzo de haber estado hasta aquí cargado, como estoy, de pecados y defectos, privado de toda virtud. ¡Cuán engañado he estado hasta ahora! Me persuadía ser vuestro siervo y devoto, y no cuidaba de conseguir las virtudes, con que, imitándoos, os agradase. Ahora salgo, gracias á Vos, de tan funesto engaño. De aquí en adelante, ¡oh amado santo mío! me aplicaré á reformar mi vida, á enmendar mis costumbres, á huir el pecado y ejercitar las virtudes; especialmente propongo sufrir á mis prójimos, conformarme con mi estado, y resignarme en los trabajos que Dios me mande, y que merezco por mis pecados; esta es la resolución que tomo en vuestra presencia, para ser digno de vuestro afecto y merecedor de vuestra pro-

tección. ¡Ea! alcanzadme valor con vuestra intercesión, para que sea fiel y constante en mantener este propósito.

SOBRE LA UTILIDAD DEL CULTO DE SAN JOSÉ.

Punto 1º Considera que el culto especial de San José es utilísimo á todo cristiano, primero para *su bien espiritual*. La bondad de San José es igual á su poder; por lo mismo, es propensísimo á distribuir á sus devotos las gracias de que es dispensador. Se puede afirmar que la devoción al santo Patriarca es una fuente inagotable de todas las gracias, un manantial perenne de todos los bienes que necesitamos en este nuestro destierro; y por lo mismo, es fácil conocer, que Dios hace un señalado favor á quienes inspira é infunde tan santa y provechosa devoción. Considera, para incitamento de tu confianza en San José, lo que dejó escrito Santa Teresa, á saber, que á los demás santos parece que Dios haya hecho gracia de poder socorrer á sus devotos en una especial necesidad, mientras á San José la ha hecho amplísima de poder socorrerles en todas. Esto mismo han enseñado, después de Santa Teresa, otros muchos insignes doctores de la Iglesia. Si quieres, pues, don de oración y de espíritu interior, San José es el gran maestro; si deseas luz en las dudas, San José es el gran consejero; si deseas fortaleza en las tribulaciones, San José es el gran confortador. Acude á San José para vencer los asaltos del sentido rebelde, que es singular privilegio suyo alcanzar una muy

limpia castidad. Invoca á San José en todas las tentaciones, pues los demonios temen su nombre. Son dones suyos la paz y concordia entre las familias y el buen comportamiento de los hijos. Acudiendo á San José, se facilita el salir del pecado y la sincera conversión á Dios; rogando á San José se alcanzan todas las virtudes, como escribe San Francisco de Sales, y especialmente «una santísima pureza de cuerpo y alma, la amabilísima humildad, la constancia, la fortaleza y la perseverancia, virtudes que nos harán victoriosos de nuestros enemigos en esta vida, y nos merecerán la gracia de ir á gozar las recompensas eternas, preparadas á los imitadores de San José.» ¿Quién, pues, no querrá dar un culto especial al santo Patriarca, viéndolo tan ventajoso para la salvación de la propia alma?

¡Oh amado santo mío! si hasta ahora, viéndome oprimido de tantas necesidades y tribulaciones, he acudido rara vez á Vos y con tan poca confianza, no será así en adelante. En todos mis peligros, en mis dudas y angustias, haré á Vos pronto recurso con sincera confianza de ser consolado y protegido; á Vos suplico y suplicaré me alcancéis las virtudes con que santificar mi alma y hacerla amable á Dios; Vos seréis el universal refugio mío, mi benéfico protector en la vida y en la muerte. Amén.

Punto 2º. El culto especial á San José es útil aún para *el bien temporal*. Considera que San José extiende su poder y su bondad sobre sus devotos que en cualquier modo son opri-

midos de calamidades y se hallan en necesidad. Santa Teresa refiere de sí misma, que en su juventud fué acometida de una mortal enfermedad, que resistía á todo remedio; y que recurriendo entonces á los médicos del cielo, tomó por abogado y protector al glorioso San José, se le encomendó de corazón, y «vió—son palabras suyas—vió con evidencia que de esta necesidad, y de otras mayores, este padre y señor la sacó libre, mejor que ella supiese pedirselo»; y añade «no acordarse de haberle pedido cosa alguna que haya dejado de concedérsela, y que le causaban maravilla las grandes gracias que Dios le había hecho por medio de este bendito santo, y los peligros de que la había librado». Y alega la razón de esto, diciendo, que «el Señor quiere darnos á conocer, que así como él le estuvo sujeto en el mundo, así en el cielo hace cuanto le pide». Y asegura que esto lo experimentaron otras varias personas á quienes persuadió á que se le encomendasen. Ten, pues, por cierto que, á semejanza de Santa Teresa, innumerables enfermos recobraron estable salud por la intercesión del santo Patriarca; muchos fueron librados por él de peligros de naufragios, de incendios, de salteadores de caminos; muchos fueron curados ó preservados de la peste y de infecciones maléficas; innumerables fueron socorridos en la pobreza y angustias; tantos consolados con prole deseada: tantos defendidos en la honra y fama, y fortalecidos en gravísimas tribulaciones; en suma, tantos y tantos fueron en toda clase de

calamidades socorridos y alentados por el amabilísimo y poderosísimo santo. Á vista de esto, ¿quién no confiará en su patrocinio? ¿quién en sus tribulaciones no acudirá á San José?

¡Oh amado santo! yo iré siempre á vuestros pies en todas mis necesidades y angustias, en Vos pondré toda mi esperanza; Vos sois y seréis siempre mi especialísimo protector y ayudador en las tribulaciones. ¡Ea! dignaos ponerme bajo vuestra tutela, pues que le place al Señor glorificaros y exaltaros, haciendo pasar por vuestras manos las gracias y auxilios que necesitamos para el remedio de nuestras necesidades.

Punto 3º El culto especial de San José es útil á todo cristiano para *alcanzar una buena muerte*. Considera que es privilegio propio del santo Patriarca el asistir á sus devotos en el terribilísimo trance de la muerte. ¡Oh, cuánto importa asegurarse para aquel punto de tan grande protector! Porque ¡oh cuán terribles y terribles suelen ser las angustias que aun los buenos cristianos experimentan entonces! La memoria de las culpas pasadas, el temor de una penitencia imperfecta, los asaltos horribles del demonio que hace los últimos esfuerzos para vencer, el horror natural de la muerte, el temor del cercano juicio de Dios, la incertidumbre de la próxima eternidad, ¡oh, cuánto oprimen de ordinario el corazón de los moribundos! San José, que nada experimentó de todo esto por su incomparable santidad; San José, que tuvo una muerte la más dichosa, asistido y con-

solado por Jesús y María, quienes con rostro sereno, como canta la Iglesia, estaban á su lado y hacían fiesta, por decirlo así, de la partida de aquel espíritu escogido al seno de Dios; San José hace, pues, gustar á sus devotos una parte de aquella calma, de aquella serenidad y de aquel santo amor con que él espiró. No es posible que el santo Patriarca, que es tan benigno y tan agradecido, niegue su ayuda en el momento de la mayor necesidad á los que en vida le rindieron un culto especial, y entretegieron sus obsequios con la continua súplica de que les fuese ayudador benévolo en el trance amargo de la muerte.

¡Oh dulce santo mío! desde ahora para entonces os invoco y os llamo en mi ayuda. ¡Ea! cuando hallándome cercano al extremo de la vida, la memoria de mis pecados me apretare el corazón, y mi alma se turbare con el temor de los divinos juicios, y el demonio procure arrojarme á la desconfianza de la misericordia divina; entonces, sí, entonces, ¡oh amado santo! socorredme, ahuyentad de mí al enemigo infernal: confortad el espíritu abatido y alentadme con las dulzuras de las misericordias de Dios, con la esperanza de los méritos infinitos de la sangre, pasión y muerte del divino Salvador: encended en mi corazón el amor más ardiente á Jesús y el deseo más intenso de poseerlo, para que por vuestra protección, santo mío, y por la intercesión de María santísima, encuentre propicio al Corazón dulcísimo de Jesús, que benigno reciba mi alma y la salve eternamente. Amén.

PRECES EN FORMA DE LETANÍAS Á SAN JOSÉ.

José, hijo de David, Rogad por nosotros.
José, heredero de la fe de los Patriarcas ¹,
José, esperanza de los Profetas,
José, casto esposo de María,
José, jefe de la sagrada familia,
José, imagen y lugar-teniente del Padre celestial,
José, custodio y padre nutricio de Jesús,
José, cooperador en la gran obra de la Redención,
José, confidente de los arcanos de la divinidad,
José, tesorero de las gracias del Altísimo,
José, patrón de la santa Iglesia universal ²,
José, patrón y modelo de los sacerdotes,
José, siervo fiel y prudente constituido sobre la
 familia del Señor,
José, que os embriagais de la abundancia de
 la casa de Dios y bebéis del torrente de
 sus delicias,
José, que florecéis como palma, y como cedro del
 Líbano extendéis vuestra sombra bienhechora
 en la casa del Señor,
José, prodigio de fortaleza,
José, espejo de mansedumbre,
José, ejemplar de toda virtud,
José, modelo de los casados,
José, dechado perfecto de los artesanos,
José, consuelo de los afligidos,
José, padre de los pobres,
José, refugio de los pecadores,
José, protector de los cristianos,

¹ Rogad por nosotros.

² Rogad por la santa Iglesia.

José, que muerto al siglo llevasteis una vida escondida con Cristo en Dios¹,

José, que glorificasteis á Dios en vuestro cuerpo, y le llevasteis en él como en un trono,

José, que sustentasteis á Jesús y á María con vuestro trabajo y sudor,

José mío dulcísimo²,

José mío amabilísimo,

José mío pacientísimo,

José mío humildísimo,

José varón justísimo,

José mío benignísimo,

José mío fidelísimo,

José mío obedientísimo,

José mío prudentísimo,

José mío santísimo,

José mío gloriosísimo,

José, aumento de nuestra alegría³,

José, esperanza nuestra,

José, tesoro nuestro,

José, abogado nuestro,

José, amparo nuestro,

José, guía nuestra,

José, refugio nuestro,

José, defensa nuestra,

José, medianero nuestro,

José, prez y gloria nuestra,

San José, dulce amor mío,

José, salud de los enfermos⁴,

¹ Rogad por la santa Iglesia.

² Rogad por nuestra patria.

⁴ Rogad por los agonizantes.

³ Rogad por esta ciudad.

José, amparo de los moribundos ¹,
José, que moristeis en brazos de Jesús y María,
José, protector y consuelo en la hora de la
muerte,
José, cuya muerte fué preciosa en la presencia
del Señor,
José, por quien derramaron tiernas lágrimas
Jesús y María,
José, que exalasteis el último aliento en un acto
fervorosísimo de amor de Dios,

Por haberos Dios colmado de gracias ²,
Por haberos formado á medida de su corazón,
Por haberos hecho padre nutricio de Jesús,
Por haberos adornado de tantas virtudes,
Porque todo lo podéis en Aquel que os conforta,
Porque os hizo esposo de María santísima,
Porque os hizo refugio de los pecadores,
Porque os hizo mi consuelo,
Porque os hizo mi abogado,
Porque os hizo Patrón de la Iglesia,

V. Rogad por nosotros, gloriosísimo José,
R. Para que seamos dignos de las promesas
de Cristo.

ORACIÓN.

Gloriosísimo Patriarca Señor San José, padre
putativo de nuestro Señor Jesucristo, esposo
castísimo de María Madre de Dios, santo Pa-
trón de la Iglesia, por vuestra vida santa y oculta

¹ Rogad por los agonizantes.

² Bendita sea la santísima Trinidad.

con Jesús y María os suplicamos que nos alcancéis la gracia de vivir santamente, iluminados de fe viva, confortados con esperanza firme, y abrasados con ardorosa caridad, en perfecta humildad de corazón, pureza de alma y cuerpo, y pobreza de espíritu. Y por vuestra preciosísima muerte, en brazos de Jesús y María, obtenednos de ellos el don de una muerte santa, unida con la que padeció en la cruz, Jesucristo, Señor nuestro, en expiación de nuestros pecados. Amén.

Glorioso Señor San José, rogad por la santa Iglesia.

Glorioso Señor San José, rogad por los agonizantes.

Glorioso Señor San José, rogad por los pecadores.

Su Santidad León XIII ha concedido 300 días de indulgencia á los ecuatorianos que recen esta oración.

ORACIÓN.

O beatísimo José, á quien confirió Dios el nombre y cargo de padre de Jesús, de esposo purísimo de María siempre Virgen y de cabeza en la tierra de la sagrada familia, y á quien, últimamente, el Vicario de Cristo ha designado por patrón y protector de la Iglesia fundada por el mismo Cristo Señor nuestro; con la más grande confianza de que soy capaz, imploro vuestro poderoso auxilio en favor de esta misma santa Iglesia, que todavía lucha en este mundo con formidables enemigos.

Os ruego que, con aquel especial amor de padre en que se abrasa vuestro corazón, guardéis al Romano Pontífice y á todos los Obispos y sacerdotes que están unidos á la santa Cátedra de Pedro. Sed el defensor de los que, entre las angustias é incomodidades de esta vida, trabajan por la salvación de las almas; y alcanzad de Dios que todos, individuos y pueblos, que se hallan fuera de la Iglesia católica, se reduzcan á su fe y obediencia, y logren así su salvación.

Aceptad piadoso y con agrado, oh santísimo José, la absoluta y total entrega que de mí os hago. Todo me doy á Vos, y os ruego humildemente seáis mi padre, mi protector y mi guía en el difícil camino que conduce á la eterna bienaventuranza. Impetrad para mí una grande limpieza de corazón y ardiente amor á la vida interior. Haced que siguiendo vuestras huellas, dirija todas mis acciones, vivificadas por el amor, únicamente á la mayor gloria de Dios, del divino Corazón de Jesús y de la inmaculada Virgen María. Finalmente, rogad por mí á fin de que en mi última hora participe de aquella paz y de aquel gozo, con que Vos fuisteis regalado en vuestra santísima muerte. Amén.

300 días de indulgencias una vez al día.—León XIII en 18 de junio de 1885.

ORACIÓN.

Dulcísimo padre y abogado mío Señor San José, bien conozco que no soy digno de que mis ruegos y peticiones sean oídas y despa-

chadas favorablemente por vuestra purísima esposa y por su preciosísimo hijo; por eso confiado en vuestros poderosísimos merecimientos, y en la grande privanza y valimiento que gozáis por vuestra altísima dignidad, desde este instante, para hoy, para toda mi vida y para la hora de mi muerte os escojo por mi especialísimo abogado. Recibidme bajo vuestro poderosísimo patrocinio. En vuestras manos pongo, y por ellas ofrezco á Jesús y María, mi vida y mi muerte, mi cuerpo y mi alma, mis pensamientos, palabras, obras y todas mis necesidades espirituales y temporales; y os pido, que ofreciendo á Jesús el purísimo corazón y los méritos de vuestra santísima esposa, y también vuestro dulcísimo corazón y el trabajo de vuestras manos con que le sustentasteis, me alcancéis en todo y por todo lo que más me conviene para el bien de mi alma; y que en la hora de mi muerte me asistáis con vuestro poderosísimo auxilio, á fin de que merezca gozar para siempre de vuestra dulcísima compañía, de la de mi amantísimo redentor Jesús y de su purísima madre María santísima, vuestra castísima esposa y piadosísima madre mía. Amén.

Jesús, José y María, os doy el corazón y el alma mía.

Jesús, José y María, asistidme en la última agonía.

Jesús, José y María, descansen en paz con vos el alma mía.

Indulgencia de 300 días *toties quoties* concedida por Pío VII en 28 de abril 1807, y de 100 días por cada una separada.

VISITAS Á JESÚS SACRAMENTADO.

ACTO DE CONTRICIÓN.

(Para todos los días.)

Jesús, Padre amorosísimo, perdonadme mis muchos pecados, pues me duelo y me arrepiento de haberlos cometido. Detesto mis infinitas maldades que, privándome del cielo, me han hecho merecedor del infierno. Pero mucho más me arrepiento, porque pecando he despreciado á un Dios tan bueno, tan santo, tan amable y misericordioso como sois Vos. Tened piedad de mí, que resuelto estoy á morir antes que pecar. Amén.

Enamorado Jesús mío, y único amigo de mi alma, os visito con todo mi afecto en vuestro sacramento de amor; os adoro con todo mi corazón, os amo y os deseo con toda mi alma. Haced que yo os posea, y seré feliz, pues fuera de os nada quiero. Os adoro, oh sagrada Hostia, que sois pan vivo y alimento de los ángeles. Os adoro, Salvador mío, en quien creo, en quien espero, á quien amo, y me pesa de haberos ofendido.

Domingo.

Yo os adoro, divina Hostia, y reconozco en Vos al Verbo Eterno que se encarnó en el seno virginal de María.

¡Oh! ¡quién me diera Jesús mío la viva fe, el profundo respeto y humildad con que os adoraba San José en aquella Arca Inmaculada de la nueva alianza, para rendiros así mis homenajes en este tabernáculo, donde os

encontráis olvidado de los hombres! Uno mis pobres adoraciones á las de los ángeles y en especial á aquellas que os rendían María y José. Dignaos, buen Jesús, recibir este tributo de gratitud y bendecid á vuestro humilde siervo. Amén.

CONSAGRACIÓN Á MARÍA SANTÍSIMA.

¡ Oh purísima Virgen María, madre de Dios y madre mía amantísima, centro de las delicias y complacencias del Altísimo, como la más perfecta de todas sus obras, y el más fiel espejo de sus perfecciones divinas después de tu divino Hijo! ¿Qué gracias te daré, Señora, por los inmensos favores y beneficios que por tu intercesión he recibido del cielo? ¡Cuántos años ha que ardería yo quizá en el infierno, si no hubieses aplacado al supremo Juez irritado contra mí! Á ti vengo, pues, Reina de cielos y tierra, después de Dios única esperanza y refugio del pecador en este valle de lágrimas. Á ti acudo, Madre piadosísima, para que me libres de los peligros que me rodean, y me protejas contra los encarnizados enemigos que me persiguen. No permitas que el infierno prevalezca contra un hijo tuyo, que aunque indigno de este nombre, te invoca, y se acoge á la sombra de tu protección. Óyeme, acógeme, clementísima Señora; pues llorando mi ingratitud pasada y queriendo de hoy en adelante amarte con todo el afecto de mi corazón, te elijo por abogada, Reina y Madre mía, consagrándome perpetuamente á tu santo servicio. Pongo bajo tu amable imperio mis

bienes, mi salud, mi corazón, mi alma, mis potencias, mis sentidos, mi vida, todo cuanto tengo y soy. Sé siempre mi amparo y mi defensa, oh Virgen poderosa, y en el terrible trance de la muerte, cuando el dragón infernal haga los mayores esfuerzos para tragarme, vuela á mi socorro, oh Madre amantísima, y alcánzame la perseverancia final. No me dejes un solo instante, hasta que feliz contigo cante tus glorias y las misericordias de tu Hijo en el cielo por toda la eternidad. Amén.

VISITA Á SAN JOSÉ.

Glorioso Patriarca, á Vos que sois el esposo castísimo de María, el padre virginal de Jesús, el siervo bueno y fiel á quien el Omnipotente confió el cuidado de su familia, á Vos ruego me acogáis bajo vuestra protección y amparo. No desechéis mis súplicas. Sed Vos mi guía, mi espejo y dechado en la escuela de la santidad; haced que ejecute todas mis acciones en unión de los corazones de Jesús y de María á mayor gloria de Dios: obtenedme un corazón puro y amor práctico de la vida interior: en fin todas las gracias de que sabéis más necesito. Después de Jesús y de María Vos sois mi más seguro refugio y firme esperanza. No me abandonéis jamás, poderoso abogado mío; antes, como prenda de este constante patrocinio, dadme vuestra amorosa bendición. Amén.

Lunes.

¡Oh Dios escondido! yo os contemplo en ese humilde tabernáculo, pobre y abandonado

de los hombres como en el pesebre. Postrado á vuestros pies, con vuestra divina Madre y su santo esposo, os adoro y repito agradecido el cántico de los ángeles: ¡Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!

Sí, ¡gloria á aquel Dios que se dignó quedarse con nosotros, y paz á los hombres que encuentran en Jesús sacramentado todas sus delicias! Recibid, Señor, el sincero deseo que tengo de reparar con mi amor la fría indiferencia de los mortales, que os olvidan en nuestros tabernáculos como os desconocían en Belén. Ojalá que me fuese dado haceros compañía día y noche, y á vuestros pies exhalar mi último suspiro. Amén.

Consagración á María y visita á San José, pag. **II**.

Martes.

¡Oh Víctima santa, que quisisteis darnos una prueba de vuestro amor, derramando las primicias de vuestra sangre preciosa en la circuncisión, sangre divina, precio de nuestro rescate, que todos los días se ofrece por nosotros sobre ese altar! ¡Ah, qué dolor tan intenso sentirían vuestra divina Madre, y José vuestro padre adoptivo, en esta dolorosa ceremonia! ¡con cuánto respeto y amor adorarían esa sangre sagrada que ofrecían en sacrificio al Eterno Padre! Permitidme que también yo, á su ejemplo, presente al Señor esa Hostia inmaculada para aplacar su justicia irritada por nuestros pecados y atraer sobre nosotros su divina misericordia. Amén.

Consagración á María y visita á San José, pag. **II**.

Miércoles.

¡Hostia inmaculada, divino Jesús! Ahí en ese altar os ofrecéis á vuestro Padre, como cuando tierno niño fuisteis presentado en el templo por María y José. Ahora, como entonces, vuestro sublime sacrificio es ignorado de los mundanos, quienes ni piensan siquiera en agradecer tanto amor. ¡Oh! si pudiera yo apropiarme los tiernos afectos del venerable Siméon, cuando estrechándoos en sus brazos exclamaba: «Ahora, Señor, dejad descansar en paz á vuestro siervo» manifestando así que nada tenía ya que desear en este mundo después de haber visto á su Salvador; y yo, teniéndoo en este sacramento, ¿qué puedo desear sino descansar en paz á vuestros pies y ahí ser consumido por el mismo fuego que os abrasa? ¡Cuán feliz sería yo, si inflamado en vuestro amor pudiera unir el sacrificio de todo mi ser al vuestro con la perfección con que lo hicieron vuestra Madre santísima y San José!

¡Ah! como ellos yo os ofrezco mi corazón; aceptadlo, Jesús mío, para que, oculto en el vuestro, no se separe jamás de Vos. Amén.

Consagración á María y visita á San José, pág. **==**.

Jueves.

¡Divino Jesús, que en ese altar estáis solitario por mi amor! ¡Ah, también ahora vuestros enemigos, como en vuestra infancia, os persiguen para haceros morir! Mas entonces teníais á vuestro lado un tierno padre, un custodio vigilante que os sustrajo de la tiranía de

Herodes; ahora os encontráis en este santuario expuesto al furor de los hombres impíos é ingratos que os ultrajan. ¡Quién me diera la solitud de vuestro padre adoptivo para libraros de estas injurias! ¡Oh dulce dueño mío! quiero como San José ocultaros, no en Egipto, sino en mi corazón; pero quizá este corazón es más árido y estéril que los arenales de vuestro destierro. Venid, sin embargo, y con vuestras lágrimas y sangre fertilizad esta tierra ingrata para que produzca las flores de virtudes que os recrean. ¡María, mi dulce Madre! prestadme vuestro corazón inmaculado para que sirva de tabernáculo á mi Jesús; allí estará al abrigo de la rabia de sus perseguidores. Yo quiero permanecer junto á Jesús con Vos y con vuestro santo esposo para presentarle el humilde tributo de mis adoraciones.

Consagración á María y visita á San José, pág. **II**.

Viernes.

¡Oh amantísimo Cordero! en este sacramento, como en vuestra vida mórtal, os dejáis conducir por vuestros ministros sin la menor resistencia. ¡Con cuánto gozo os traían María y José de Egipto á Judea! Mas el temor de exponeros á nuevas persecuciones, turbó sus amantes corazones, y José inspirado por Dios os llevó á Nazaret. Haced que yo sepa huir con todo cuidado las ocasiones de ofenderos, y que venga ante vuestro tabernáculo á aprender las lecciones de vida que enseña vuestro Corazón adorable, como lo hacían vuestros

¡felicísimos padres en la pacífica morada de Nazaret. ¡Oh dichoso José! teniendo en vuestra pobre casa el tesoro del cielo, vuestros deseos estaban satisfechos. ¡Qué gozo tan puro inundaba vuestra alma al escuchar las palabras de la Sabiduría eterna y de la Virgen inmaculada! ¡Con cuánta fidelidad seguís sus enseñanzas y ejemplos! y vuestro corazón ardiendo cada día más en el amor divino, no vivía sino para Jesús y María, consagrándoles sin reserva todo vuestro ser. Alcanzadme, amable santo, que también yo viva sólo para los sagrados Corazones y que, dócil á las divinas enseñanzas, encuentre mis delicias á los pies de Jesús sacramentado. Amén.

Consagración á María y visita á San José, pág. **II**.

Sábado.

Aquí me tenéis, Señor, fatigado bajo el enorme peso de mis miserias. ¡Ah! lejos de Vos, todo es amargura y muerte. Nada hay en el mundo que pueda saciar mi corazón. ¡Qué mar inmenso de amargura inundaría el Corazón de vuestra tierna Madre y el de su santo esposo, cuando os perdieron por tres días! Sólo Vos, Señor, habéis podido medir ese océano de dolor. Bendita Madre, Vos y vuestro casto esposo, perdisteis á vuestro Hijo sin culpa vuestra, ¡y aun así vuestra angustia fué incalculable! Obtenedme por vuestra amargura que jamás pierda á mi dulce Dueño por el pecado, y, si por mi flaqueza alguna vez lo pierdo, que á vuestro ejemplo lo busque sin tardanza por el arrepentimiento.

Sí, mi divino Salvador, cuando mis infidelidades os hayan alejado de mí, vendré presuroso á vuestra casa santa, seguro de encontraros lleno de clemencia en este tabernáculo, trono de vuestra misericordia, desde el cual junto con el perdón, me daréis la gracia de no separarme jamás de Vos. Amén.

Consagración á María y visita á San José, pág. II

CONCLUSIÓN DEL DÍA CONSAGRADO Á SAN JOSÉ.

ORACIÓN.

¡Oh santo Patriarca José, cuya bondad y poder son tan señalados! ya que me he consagrado á vuestro culto de un modo particular, no puedo menos de dirigiros, con todo el fervor de que soy capaz, los más humildes y encarecidos ruegos. Os pido en primer lugar por la Iglesia y el Sumo Pontífice, para que les protejáis siempre de una manera visible, y hagáis que confundidos sus enemigos vengan al conocimiento y arrepentimiento de sus errores. Os pido también por cuantos se hallan unidos conmigo por relaciones de parentesco y amistad, para que sean lazos santos los que nos unan, y una correspondencia exenta de toda culpa la que estreche estos lazos. Á mis hermanos los asociados á esta devoción bendicibles, dulce protector nuestro, con aquellas bendiciones que cada uno haya menester en la situación ó peligro en que pueda encontrarse. Y á mí, que soy tan pobrecito, alcanzadme de

Jesús y María lo que sabéis que más necesito, para cumplir religiosamente mis deberes de familia y del cargo ó destino en que Dios me ha colocado; y sobre todo para ser un perfecto cristiano, exacto cumplidor de la ley de Jesucristo y de los preceptos de la Iglesia, ardiente devoto vuestro y propagador de vuestro culto. Amén.

CONSAGRACIÓN DEL CORAZÓN Á SAN JOSÉ.

Querido Padre mío, que así os quiero llamar en adelante por la ternura, con que atendéis á mis súplicas y me socorréis en mis necesidades: al concluir este día, que he dedicado en obsequio vuestro, vengo á ofrecerme á Vos cuanto soy. Deseo daros mi corazón, consagrándolo todo entero á Vos. Aceptadle, amadísimo Padre mío, que os lo entrego de toda voluntad y con sumo gozo de mi alma. Cread en él las virtudes del vuestro: hacedle puro, paciente, caritativo, sufrido, resignado completamente á la voluntad divina, y sobre todo inflamadísimo en el amor de Jesús y de María. Protegedle en vida contra las asechanzas del demonio, y á la hora de la muerte amparadle en aquellas terribles congojas, que hacen tan espantoso el último trance. Mi pobre corazón se verá perdido, si no venís Vos entonces en su auxilio: para aquel caso os invoco desde ahora con estas palabras, que deseo y confío hayan de ser las últimas que repitan mis labios llenos de esperanza y amor:

Jesús, José, pag. ■■.

TRIDUOS.

PRIMERO.

Hecho el acto de contrición se dirá la siguiente

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS.

¡Con qué confianza, con cuánta satisfacción vengo á tus pies, José santísimo, á implorar tu socorro y protección en mis necesidades! ¡Oh! yo no desconfío de que quieras oír mis ruegos, porque por experiencia sé que no te sabes negar al que con fe te hace una súplica. Tú, que en el mundo probaste las amarguras de la vida, y que conoces bien las duras aflicciones del corazón humano, ¿te harás sordo cuando algún mortal, con la fe y el consuelo que inspira tu dulce nombre, te invoca y te descubre las heridas de su alma que sufre traspasada de alguna grande pena? Tú, que puedes sacar la punzante espina de un corazón afligido, ¿te mostrarás indiferente y verás in sensible en tu eminente caridad, rodar las lágrimas de tus devotos, sin extender tu benéfica mano, y secar su llanto? ¿Acaso necesitas para hacernos un beneficio, ó darnos el consuelo, de otra cosa que de sólo querer?

¿Y habrá quien pueda imaginarse que cuando sólo basta que tú quieras, no quieras acceder á calmar ó quitar del todo nuestras tribulaciones? ¿Desconfías acaso que tu hijo santísimo te niegue lo que le pidieres? ¿Será posible,

santo mío, que aquel á quien en el mundo alimentaste, y que vió tu noble frente cubierta de sudor para proporcionarle su alimento y el de su santísima Madre, te desaire cuando vayas á suplicarle que te conceda alguna gracia? Aquel que te escogió para que le sirvieras de padre, y que se regocijaba cuando le dabas el tierno nombre de hijo, ¿no querrá acceder á tus peticiones? ¡Qué! ¿no es él el mismo que en la tierra te obedecía, y á quien tantas veces tuviste en tus brazos acariciándole dulcemente?... ¿No es el mismo que desde toda la eternidad te señaló en su providencia para esposo de la inmaculada Virgen María? Grandes, muy grandes son estos títulos para que no puedas con Dios todo lo que quieras, y grandes son también las esperanzas que á mí me infunden tan estuendas prerrogativas. Posible es, Padre mío Señor San José, que yo te pida una cosa que no me sea conveniente, y esto es efecto de mi ignorancia; pero no es posible que me dejes sin consuelo en mis necesidades. Sí, yo no quiero que tú hagas mi voluntad sino la de Dios; pues si lo que pido no es á su mayor honra y gloria y provecho de mi alma, nada quiero sino en todo tiempo tu amistad y protección. Si trabajos, si enfermedades y disgustos es lo que me conviene en vida, yo los recibo con el mayor placer, por ser voluntad de Dios, y sólo te pido me alcances su santísima gracia para sufrir resignado y alcanzar en la eternidad el premio, que es á lo que aspiro. Amén.

Día primero.

Santísimo José, aquí me tienes postrado á tus plantas, y muy confiado de tu patrocinio; siento que en mi pecho nace una lisonjera esperanza al invocarte, porque estoy convencido de tu poder y valimiento con el Altísimo; porque sé que son escuchados los ruegos tuyos, unidos con los de tu purísima esposa María, y porque sé también que tienes gusto en favorecer á tus devotos. Pues bien, llévame de la mano hasta el trono de tu santísimo hijo y díle: «Éste que ves aquí, me ha invocado, se ha valido de mí en sus penas y yo quiero aliviárselas; él no se levantará de tu presencia, ni yo me retiraré de este lugar sin haber conseguido lo que deseo en bien de mi devoto; acuérdate, hijo mío, de las aflicciones que en el mundo tuve cuando fuiste servido de encargarme de tu cuidado, y no me niegues lo que solicito.» ¡Ah! no podrá Jesús negarse á este ruego, te concederá lo que le pides, santo mío, y yo volveré á tener la felicidad que perdí, y todos mis días serán de regocijo, teniéndote á ti en mi favor y amparo. Amén.

Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.

Faculatoria.

En las tinieblas es luz,
En las luchas es victoria,
Y es senda para la gloria
El Corazón de Jesús.

Padre nuestro, Ave María.

Fuente de paz y alegría,
Séate en medio de tus duelos
La que brota allá en los cielos
Del Corazón de María.

Padre nuestro, Ave María.

Lleno el corazón de fe
Deseche todos temores,
Quien tiene por protectores
A Jesús, María y José.

Luego se dirá para concluir la oración que va puesta al fin para todos los días, pág. **II**.

Día segundo.

Hecho el acto de contrición se dirá la oración primera, pág. **II**, y luego la siguiente

ORACIÓN.

Gloriosísimo Patriarca, yo que soy el más grande pecador, necesito de tu hijo la más grande misericordia: atiéndeme, y no me deseches, escucha mis súplicas, oye mis ruegos, no me retires de tu presencia sin consuelo: nada soy, nada valgo, nada merezco; pero tengo que alegarte en mi favor tus propias virtudes y las de tu esposa María: tengo que acordarte que el Salvador derramó su sangre preciosísima por mí, y que aunque indigno, soy criatura suya. Si tú te interesas por mí, y haces esto presente al Todopoderoso, nada me faltará, y quedarán remediadas mis necesidades; así lo creo, así lo espero lleno de fe, y muy consolado queda mi corazón esperando que con tu intercesión santísima seré feliz en esta vida y en la otra. Amén.

Padre nuestro, etc., como el día primero, y concluirá con la oración puesta al fin.

Día tercero.

¡Oh amabilísimo José, felicísimo con hacer el oficio de padre para con el Salvador del mundo! yo no cesaré de alabarte ni de confiar en tu patrocinio; ni cesaré de invocarte hasta el último instante de mi vida y pedir que ruegues por mí. No desprecies mis oraciones, aunque tibias y sin fervor: suple mi devoción, ilumina mi entendimiento, fortalece mi corazón con las virtudes y dáme todo aquello que sea necesario para el bien eterno de mi alma, juntamente con el socorro y amparo en mis necesidades temporales: ya tú las sabes, no tengo para qué repetir las, y mejor que yo, sabes lo que me es más conveniente y necesario. No hagas conmigo, no, lo que yo quiera, sino lo que más agradable sea á tu querido hijo; no se haga en mí y en todas mis cosas sino la voluntad de Dios, para que en todo tiempo y á toda hora yo le sirva y agrade en la tierra, y después vaya á cantar sus alabanzas en el cielo en tu compañía. Amén.

Padre nuestro, etc., como en el primer día, y concluirá con la siguiente

ORACIÓN FINAL PARA TODOS LOS DÍAS.

Ya estoy á los pies del dulcísimo José, ya estoy postrado ante este felicísimo Patriarca, y ya nada temo, ¿ni que podría temer teniéndole

por abogado?... Vengan las aflicciones, la orfandad, la enfermedad y la miseria, yo no las temo; impávido levantaré la cabeza en medio de los mayores infortunios. Nada podrán contra mí, porque José es mi refugio; las maquinaciones de mis enemigos para perderme, serán destruídas; la lengua viperina del calumniador perderá su veneno; romperanse los lazos que me tienden mis perseguidores; el brazo del malhechor alzado para herirme no me alcanzará; y el aire corrompido y la peste no infestarán mi casa. Nadie, nadie podrá dañarme; San José es mi protector; San José ha abierto los brazos para recibirme y salvarme; San José va á hacer de mí un hombre nuevo; San José va á borrar mis malas inclinaciones; San José va á ser mi guía en el camino de las virtudes; y San José, en fin, rogará á Dios por mí, y yo seré salvo. Amén.

SEGUNDO TRIDUO.

En honor de San José para pedir la resignación en los sufrimientos y el amor á la cruz.

Hecho el acto de contrición se dirá la siguiente

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS.

¡Oh bendito San José, que asociado á María en tantos gloriosos privilegios, tuvisteis, como ella, vuestro corazón atravesado con siete espadas de dolor, las cuales son como las estaciones de la vía dolorosa que recorristeis en compañía de Jesús! Vos padecisteis en vuestro corazón un martirio continuo; martirio que, en ciertas

circunstancias, se avivaba y recrecía como los motivos de sufrimiento que teníais ante vuestros ojos; mas en todo tiempo vuestra completa sumisión á los divinos decretos aumentaba vuestro mérito. Alcanzadme de Jesús y María por estas vuestras virtudes, una perfecta resignación en los sufrimientos, y la gracia de abrazar con amor las cruces que el Señor me envíe. Amén.

Día primero.

El Señor revela á José el misterio de la pasión.

Desde el momento en que el anciano Simeón reveló á San José la pasión del Salvador, este santo Patriarca la tuvo constantemente ante sus ojos.

La Sagrada Escritura le presentaba este lúgubre cuadro; Jesús le hablaría de ella con frecuencia, pues el grande amor que tenía á su padre nutricio no le permitiría privarle de la gracia de participar de su pasión; Jesús querría que, desde luego, José tuviese parte en los méritos de sus dolores. Desde luego, pues, desde la misma profecía de Simeón, el corazón del santo Patriarca se convirtió en un Calvario y la cruz fué plantada en su alma.

Aquí sin duda cabe preguntar: ¿no podía el Señor esperar un poco y dejar que José gozase sin turbación alguna la felicidad de llevar en sus brazos al Infante, alegría del Paraíso, y estrecharle amoroso contra su corazón? ¡Apenas cuarenta días de gozo y luego el Calvario, la pasión! . . . Parece que el divino

Jesús se apresuraba á favorecer á su padre nutricio con el don de su cruz.

Durante treinta años, el pobre San José vería á su amado Jesús sobre la cruz; Nuestro Señor, como se ha dicho, le hablaría de ella, y la Santísima Virgen también: ¡ah, cómo el amante José debía llorar durante estas conversaciones, y mezclar sus lágrimas á las de María!

Más aprovechado discípulo de Jesús que los apóstoles, San José comprendía los bienes de la cruz, y la necesidad que Jesús tenía de padecer: los apóstoles no querían que el divino Maestro les hablara de su cruz; San José, al contrario, le escucharía dócil con un doloroso amor. Nuestro Señor, con el fin de unirlo á él más íntimamente y darle el mérito de toda su pasión, le revelaría todos sus sufrimientos, con las circunstancias que los habían de hacer más ignominiosos y crueles.

Le revelaría, sin duda, que uno de sus apóstoles, uno de sus amigos, le sería traidor. Y como todos los apóstoles eran de Galilea, Nuestro Señor Mostraría tal vez á San José al traidor Judas, y á San Pedro, que lo había de negar tres veces. Y, cuando el dulce Jesús iba á Jerusalén para las fiestas de Pascua y Pentecostés: «Venid á ver, padre mío — le diría quizás — venid á ver en donde yo seré crucificado»; y conduciéndolo al jardín de los Olivos, continuaría: «Aquí durante tres largas horas de oración comenzará mi agonía y sudaré sangre »

El pobre San José, llorando, caería de rodillas á los pies de Jesús y le diría en su dolor:

«Hijo querido, dejadme en este mundo para sufrir y morir, sino en vuestro lugar, al menos en vuestra compañía.» Y en su ardiente amor, compadecía todos los dolores futuros de Jesús. Nuestro Señor, le mostraría también en el palacio de Pilatos la tribuna, en donde sería maldecido del pueblo; el palacio de Herodes en el que lo harían comparecer para que fuese insultado.

Y Jesús adoraría á su Padre en todos estos lugares que muy pronto serían rociados con su sangre; lugares que le eran tan caros y por los cuales suspiraba con toda la vehemencia de su amor. San José y María se unían á él y sufrían desde entonces la pasión del Salvador en su corazón.

San José vió también de antemano las lágrimas y dolores de María. ¡Cuánto habría deseado estar entonces con ella! Sin duda pediría á Nuestro Señor que lo dejase en la tierra para seguirlo al Calvario y consolar allí á la Virgen inmaculada. ¡Pobre San José! le era preciso aceptar la muerte y dejar tras sí á Jesús y á María! ¡Á Jesús que debía ser crucificado y abandonado de su pueblo, y á María que quedaría sin consuelo alguno, sin apoyo!... ¡Ah! ¡cuán martirizado debió de ser su amor por Jesús y María!

Todo esto ¿no es verdad que convenía que así pasase? Pues convenía que San José no estuviera privado de la gracia de sufrir, que ha sido concedida á todos los santos. San José debía recibir esta gracia con más abundancia

que los demás elegidos, puesto que Nuestro Señor lo amaba más que á todos ellos, después de María.

Para compadecer al santo Patriarca en sus dolores, representémonos aquel Calvario que duró treinta años, y en el que Jesús le hubo de regalar con mejor porción de su cáliz que á ningún otro santo después de su Madre.

Un piadoso escritor dice á este respecto: «En el pesebre está la cruz; el corazón del Dios Niño es un crucifijo vivo. — Desde los primeros temores de san José, cuando ignoraba el misterio de la encarnación, hasta el día en que apoyó su fatigada cabeza sobre el corazón de su divino hijo para dormir allí el último sueño, la vida toda de este santo Patriarca fué un continuo sufrimiento. Experimentó la tortura de la ansiedad, sin que su alma pura perdiese la paz. La pobreza en que vivía debió parecerle más dura cuando se trataba de Jesús y de María. La dureza de los habitantes de Belén, los mil temores y privaciones sufridas desde la huída á Egipto hasta el regreso á Nazaret, fueron para José otros tantos Calvarios. Por apacible y halagüeño que sea el aspecto de Belén, aquéllos que en su alma llevan al Niño Jesús, llevan también en ella la cruz; pues en donde quiera que el divino Infante descansa su cabeza, deja tras sí las señales de una invisible corona de espinas. La muerte de José fué en realidad un martirio. El amor de Jesús lo consumía, y este fuego sagrado lo hizo morir.»

¡Oh mi amado protector! ¿cómo podré quejarme de los sufrimientos que el Señor me envía, después de haber contemplado vuestro largo y penoso martirio? Interceded por mí ante Jesús y María y por los méritos de vuestros amargos sufrimientos, alcanzadme la resignación en los míos. Amén.

Se rezan los Dolores y Gozos, pág. .

Día segundo.

San José sufre sin consuelo.

Compadezcamos á San José en sus dolores; meditémoslos con amor; glorifiquémosle en su martirio. — En efecto, ¡por cuántos y cuán amargos dolores no pasó este santo! Toda su vida no fué otra cosa sino un continuo martirio. Verdad es que no sabemos todo lo que San José sufrió en su vida oculta. Pues cuan grande hizo Dios á San José en sus divinos ojos, tan pequeño dispuso que apareciese ante los hombres.

San José sufrió sin gloria y sin amigos en este mundo: este es el carácter particular de su martirio. Si los pastores de Belén simpatizaron con él á causa de su sencillez, pronto tuvo que dejarlos para huir á Egipto, donde todos le eran desconocidos. ¡Cuán cierto es que Dios sabe dirigir todos los acontecimientos para probar y santificar más y más por el dolor á sus amigos, los santos! San José, como hemos dicho, debió sufrir sin gloria humana, sin amigos, sin consuelo humanos; nadie sabía el secreto de sus sufrimientos: no tenía amigo alguno

fuera de la santa familia, que fuera capaz de alcanzar los misterios que encerraba en su corazón el artesano de Nazaret. Era preciso que guardara en su corazón el secreto del Padre celestial.

Pero la santísima Virgen y Nuestro Señor ¿no lo consolarían? Difícil sería negar que no se consolasen mutuamente los miembros de la sagrada familia; pero también es fácil afirmar que los sufrimientos de cada uno se reflejarían multiplicados en el alma de los otros. ¡Ah! las conversaciones de María y de Jesús, sus íntimas comunicaciones con José tendrían por objeto la futura pasión del Salvador nuestro Señor, la cual por otra parte claramente descrita leerían en los profetas. La imagen de Jesús crucificado debía imprimirse en el alma del santo: por esto, Jesús, dejando para el cielo la fuerza de sus consuelos, más que consolador era la causa é instrumento de martirio para San José. En cuanto á María, ¿qué consuelo pudiera venirle de aquel pecho traspasado por la espada del dolor?

En el mundo todos los que lo veían, ignoraban sus sufrimientos íntimos y no podían ni aun compadecerlo, pues si veían sus privaciones, las consideraban como inherentes á su condición. Así en Belén se decía de él: «Es un artesano.» Si entonces José hubiese podido decir: «¡Ah! ¡vosotros no sabéis quién es esta señora, ni quién es el hijo que lleva en su seno!...»; pero debía callar y soportar en secreto su pena, devorándola en su corazón.

Es un gran consuelo en los sufrimientos, poder manifestar á un amigo la amargura del corazón. Mas sufrir sin otro testigo que Dios, y sin buscar otro consuelo que el de hacer su santa voluntad, es el heroísmo de la santidad á la cual fué elevado José, en alas del puro amor á Dios.

«San José — dice un piadoso orador — es una imagen sensible de la compasión y ternura del Padre eterno por las miserias de los hombres; pues, habiéndole escogido para representarlo sobre la tierra, le comunicó también sus sentimientos de ternura y compasión para con los desgraciados.»

¡Oh bondadoso santo! ya que Dios os dió un corazón tan compasivo, apiadaos de mí é interceded por mí para que me conceda la gracia de sufrir en silencio á vuestro ejemplo, sin buscar otro consuelo que el de imitaros, adorando las disposiciones divinas y cumpliendo en todo la divina voluntad. Amén.

Se rezan los Dolores y Gozos, pág. .

Día tercero.

El martirio de San José fué en proporción de su amor.

Muy bien se puede llamar á San José, el mártir de la vida oculta. Pocos habrán sufrido como él; mas ¿por qué sufrió tanto? — Es cosa cierta que la santidad en los hombres está en proporción de lo que por el amor y la gloria de Dios sufren.

El sufrimiento es el cultivo de la gracia de Dios en el alma, y el triunfo del amor del alma por su Dios.

San José, el más grande de los santos, después de María, debió sufrir más que todos los mártires. Principio de sus sufrimientos era el amor tan grande y tierno que profesaba á Jesús y la veneración y afecto que tenía á su esposa inmaculada.

Todos los escogidos deben pasar por el Calvario, pues no se llega al divino Corazón de Jesús sin pasar por las llagas de sus pies y manos. Y observemos que aquí no se trata tanto de penitencia como de amor: la penitencia paga las deudas contraídas; el amor va más lejos, y participa, por estar con Jesús, de su dolorosa crucifixión, pues es justo que quien más ama al que padece, padezca más con el que ama.

Podemos decir por tanto, que el Calvario de San José duró treinta años sin interrupción: la cruz estaba plantada en su corazón, y la sobrellevó durante todo el resto de su vida, desde que fué elevado á la dignidad de padre nutricio de Nuestro Señor.

Es verdad que también tuvo momentos de gozo, mas fueron cortos y no exentos de dolor: su amante corazón buscaba el sufrimiento, y se complacía en él, pues sabía que el amor verdadero es un amor crucificado. Sólo en el cielo comprenderemos cuán inmensos han sido los sufrimientos de San José. Lo poco que ahora conocemos, nos hace entrever el mérito y la grandeza de su caridad: los

sacrificios que han hecho los santos, nos manifiestan el grado de su amor: el gozo y las celestes dulzuras sólo son la recompensa de este amor.

«Hay en el cielo — dice un piadoso orador — santos que llevan la aureola del martirio, aunque no han muerto bajo la cuchilla de los tiranos. Indudablemente, San José es de este número, puesto que su vida fué un penoso y prolongado martirio; martirio que, desconocido de los hombres, era, por lo mismo, muy agradable al Señor por cuyo amor sufría.»

¡Oh dichoso San José, que tanto amasteis á Jesús y lo manifestasteis sacrificándoos por él en toda clase de sufrimientos! alcanzadme de ese adorable Corazón de vuestro Hijo divino, la gracia de ser abrasado en su amor para no rehusarle ningún sacrificio, ya que ésta es la prueba del verdadero amor. Sí, haced que de los sagrados Corazones de Jesús y de María se derive en mí aquel espíritu de total inmolación que debe distinguir á sus verdaderos hijos. Amén.

Se rezan los Doloros y Gozos, pág. **II**.

TERCER TRIDUO.

Este Triduo puede hacerse, ó para pedir al santo Patriarca alguna gracia, ó para prepararse á celebrar con más fervor el día señalado para el Culto perpetuo. Y para esto, si el día señalado es por ejemplo el 12, el Triduo se hará en los días 9, 10 y 11.

Día primero.

Hecho el acto de contrición se dirá:

¡Oh alma mía! acuérdate de San José, de este santo que recibió del Señor tantos

bienes para comunicarlos á los desgraciados que implorasen su socorro. Admira su grandeza y su poder, y penéstrate del espíritu de sus virtudes. Considera, pues ¡oh alma mía! que sobre la santidad de todos los antiguos Patriarcas excede la de San José; pues fué más fiel que Abraham, más obediente que Isaac, más sabio que Salomón; y para decirlo todo en una palabra, posee virtudes tanto más elevadas, cuanto más cercano está á Jesús, autor de toda gracia y santidad.

Es más: no sólo aventaja San José en santidad y pureza á los santos del Antiguo Testamento, pero también á los del Nuevo, como lo siente San Bernardino de Sena, y es opinión de otros graves teólogos. Y esta eminente y rara santidad fué fruto de aquella estrechísima unión que tuvo con Jesús. Y ¿quién podrá comprender la excelencia de esta unión? ¡Qué éxtasis tan sublimes! qué conversaciones tan divinas! ¡qué familiaridad tan íntima! ¡Ah! ¡estar siempre con Dios, hablar íntimamente con Dios, trabajar ó reposar en la compañía y en la presencia de Dios! Unas veces, teniendo José en sus brazos al divino Infante dormido, reposad, le diría, reposad, Vos que dais quietud á todas las criaturas, alegría y paz á los hombres de buena voluntad. Otras veces, tomando sus manecitas y levantándolas al cielo: Astros del firmamento, diría, he aquí las manos que os han formado. ¡Oh sol! he aquí el brazo que te ha sacado de la nada. Otras, considerando sus divinas perfecciones, exclamaría: ¡Oh Hijo del

Dios vivo! ¡qué amable sois! ¡Oh, si los hombres os conociesen! ¡Oh mortales! abrid los ojos: he aquí vuestro tesoro, vuestra salud, vuestra vida y vuestro todo.

¡Oh José santo! ¡qué felices son los que os toman por modelo y se consagran á imitar vuestras virtudes. Ved y remediad mi pobreza y mi desnudez espiritual. Vos que sabéis que el cielo no se da sino en premio de las virtudes, haced que yo me esfuerce á imitar las vuestras, y que siga fielmente el camino que conduce á la gloria, observando hasta mi muerte la ley santa del Señor. Amén.

Siete Padrenuestros.

Día segundo.

Hágase el acto de contrición.

Yo te saludo, ¡amable y poderosísimo San José! El Señor te predestinó, desde la eternidad, á la gloria más admirable, previniéndote con muy particulares bendiciones celestiales.

Yo te reverencio, ¡gloriosísimo San José! La santísima Trinidad te ha dado singulares prerrogativas, después de María, sobre todos los santos, á quienes así como excediste en méritos y santidad, así posees ahora más gloria y felicidad que todos ellos.

Yo te venero, ¡justísimo San José! El Padre eterno te destinó para su representante en la tierra, y para que fueses padre, custodio y protector de su Hijo único, y esposo de su Hija inmaculada.

Yo te saludo, ¡amantísimo San José! El Espíritu Santo te llenó de todos sus dones, habilitándote para las admirables funciones y cargos debías que desempeñar conforme á los designios eternos.

Yo te saludo, ¡admirable San José! La Reina del cielo te miró siempre con respeto como á su señor, con cariño como á su castísimo esposo, y con confianza como al sabio tutor de su Hijo único.

Yo te saludo, ¡ilustre San José! Yo me complazco en considerarte elevado sobre todos los coros angélicos, y me atrevo piadosamente á creer que excedes á los querubines en ciencia, á los serafines en amor y á todos los ángeles en pureza.

Yo te saludo, ¡celestial José! Tú fuiste el primer adorador del Verbo encarnado; tú, al nacer el niño Jesús, uniste tus adoraciones á las de María, tus alabanzas á las de los ángeles y la ofrenda de tu corazón á los presentes de los Reyes.

Yo te bendigo, ¡amable San José! Tú fuiste testigo silencioso de la divina infancia de Jesús, compañero en su destierro, ayuda en sus trabajos y consuelo en sus penas.

Yo te saludo, ¡dichosísimo San José! Tus brazos sirvieron de trono al Rey de la inmortalidad, á Jesús, á quien, estrechándolo mil veces contra tu pecho, lo bañaste con tus lágrimas y le prodigaste las más tiernas caricias.

Yo te saludo, ¡humildísimo San José! Con tranquilo y resignado corazón alabaste y bendijiste la divina Providencia que puso en tus manos la herramienta del artesano en lugar del cetro

de los reyes de Judá, y preferiste tu humilde casa de Nazaret al trono de David, tu abuelo.

Yo te saludo, ¡fidelísimo San José! Treinta años conversaste con Jesús y María, y en su compañía adquiriste las más grandes riquezas de gracias y virtudes.

Yo te venero, ¡dichosísimo padre y protector mío, Señor San José! Tu santa vida fué coronada por la muerte más preciosa, pues espiraste en los brazos de Jesús y María.

Gran consuelo experimento, de inefable alegría se llena mi alma, oh mi amable y poderoso protector Señor San José, cuando oigo que tus siervos Gersón, San Francisco de Sales, San Ligorio y tu devota Santa Teresa, aseguran que nadie te invoca en vano, y que oyese eficazmente los ruegos de los que, siendo tus verdaderos devotos, imploran tu amparo y protección. Animado de esta confianza, á ti vengo, á ti recurro, á tus pies me postro, amable dueño y padre mío, Señor San José. Con lágrimas y gemidos te pido que atiendas á mis humildes ruegos, é interpongas tu poderoso valimiento ante Jesús, tu hijo, y María, tu esposa, y me alcances eficaz remedio para todas mis necesidades, espirituales y temporales. Amén.

Siete Padrenuestros.

Día tercero.

Hágase el acto de contrición.

Santísimo y glorioso San José, por el amor que tienes á Jesús y María, dignate aceptar el deseo de mi corazón, de vivir en tu presencia

y ofrecerte incesantemente mis homenajes y alabanzas. En prueba de mi amor vengo á consagrarme á tu servicio; y para que mi consagración te sea más aceptada, la hago hoy en presencia de Jesús y María, de mi ángel custodio y de todos los santos del cielo. Y es mi ánimo que esta mi consagración sea perpetua, constante y valedera para todos y cada uno de los instantes de mi vida.

Yo me sujeto á tu autoridad y á tu gobierno, como se sujetaron mi Salvador y su divina Madre. Yo te doy todo lo que me pertenece y desde ahora te declaro dueño de lo que pueda llegar á poseer, siquiera sea lo más grande y magnífico del mundo. Si el Padre eterno puso en tus manos su único tesoro, Jesús y María, ¿podré yo dudar en consagrarte mi persona toda y cuanto me pertenece? No, y mil veces no.

San José, tú eres mi poderoso protector. Sí: yo tengo la dulce persuasión de que siempre me miras con ternura, eres compasivo en mis trabajos, atiendes á mis necesidades, y que determinado estás á obtenerme el remedio y el consuelo de Aquel que nada rehúsa á tus ruegos. Yo reposaré tranquilo á la sombra de tu protección. Eres mi padre, y como tal sabes cuidar de cuanto me pertenece; yo viviré, pues, sosegado y en paz. Eres mi único refugio, mi apoyo y esperanza, después de Jesús y María. El temor no amargaré ya mis días, porque siendo tú mi padre, me mirarás como á hermano de Jesús é hijo de María; y ¡cuántos favores me dis-

pensarás por el mérito de estos dos títulos! Eres mi guía, y yo marcharé con paso firme en el camino del bien, y llegaré al puerto seguro de salvación. Eres mi protector y maestro, y me enseñarás la ciencia de la perfección cristiana. Eres mi defensor, y mis enemigos no se atreverán á combatirme. Eres mi consolador, y ya no temeré las penas del alma, ni las del cuerpo. Eres mi protector, mi defensor y mi abogado, y tú responderás de mi alma en el tiempo y en la eternidad.

San José, tú eres mi refugio y socorro. Desnuda mi alma de todo afecto humano que pudiera apartarla del amor de Dios, y llénala de deseos celestiales. Haz que mi corazón sea perfectamente cristiano: corazón adornado de humildad profunda, caridad ferviente, obediencia pronta; corazón paciente en los trabajos, firme en las adversidades, resignado en las humillaciones, igual en las vicisitudes de la vida, enemigo del pecado, amador de la pureza, celoso de la gloria de Dios, compasivo con los afligidos, animoso en sus cristianas empresas, y justo en todos los actos de la vida. En fin, haz que mi corazón sea semejante al tuyo. Introdúceme en tu santa familia, recíbeme en el número de tus hijos, ó mírame siquiera como á tu esclavo. Cualquiera que sea mi posición, seré feliz si me recibes por tuyo. Acógeme, pues, bondadosísimo José, y sé mi refugio y mi socorro en la vida y en la muerte. Amén.

Siete Padrenuestros.

CONSAGRACIÓN DE SÍ MISMO Á SAN JOSÉ.

¡Oh glorioso San José, dignísimo esposo de la Madre de Dios, Padre putativo del Verbo encarnado, protector fiel de las almas que recurren á Vos! ¡Oh incomparable San José! digno, entre todos los santos, de ser venerado, amado, invocado por la excelencia de vuestras virtudes, la eminencia de vuestra gloria y el poder de vuestra intercesión. Yo, indigno de ser vuestro siervo, pero atraído por vuestra bondad, vengo á consagrarme enteramente y para siempre á Vos. En presencia, pues, de la augusta Trinidad, de Jesús vuestro hijo, de María, vuestra esposa y mi tierna madre, y en presencia de toda la corte celestial me consagro á Vos, ¡oh mi bondadoso San José! y os me entrego como á mi padre; os elijo por mi guía, para que, á vuestro ejemplo, me hagáis vivir vida interior, que es la vida propia de un verdadero cristiano. Me consagro á Vos y os tomo por modelo en el cumplimiento de todos mis deberes; quiero cumplirlos como Vos con humildad y dulzura. Yo os tomo, amable San José, por mi consejero, mi confidente y mi protector en todos mis trabajos y penas, que las soportaré como Vos con paciencia y resignación. En todo seré feliz bajo vuestro amparo, y para merecerlo os consagro mi alma, mi corazón, mi cuerpo y sus sentidos, mis acciones y todas mis gozos y alegrías; en vuestras manos pongo mis penas y tra-

bajos, todos los momentos de mi vida, y sobre todo aquel del cual depende mi eternidad. Recibidme por vuestro siervo, ¡oh santo Patriarca! Aceptadme por esclavo vuestro, y ejerced en mí toda vuestra autoridad: sed la fuerza que sostenga mi flaqueza, el consuelo que calme todas mis aflicciones; sed mi esperanza y mi refugio en todas mis necesidades, y mi apoyo en todos los sinsabores de mi vida. Asistidme, especialmente en la hora de mi muerte, y hacedme digno de entrar en la patria de los justos. Amén.

¡Oh Jesús! dadme al justo José por padre como me disteis á María por madre. Poned en mi corazón la devoción, la confianza, el amor de un hijo hacia este santo Patriarca.

¡Oh María! alcanzadme que honre y veneré á vuestro virginal esposo, como Vos lo hacíais.

¡Oh Jesús! ¡oh María! creo que mi plegaria ha sido oída, pues siento que mi devoción, mi confianza y mi amor hacia á San José, que tanto os amó, se aumenta en mi corazón. Haced que, imitando á este excelso Patriarca, viva y muera en vuestro santo amor. Amén.

CONSAGRACIÓN DE SÍ MISMO Y DE LA FAMILIA Á SAN JOSÉ.

1.º Conviene que se haga por toda la familia la novena, como preparación del día en que se hace la consagración.

2.º La vigilia de ese día se dan tres limosnas á tres familias pobres, en memoria de las tres personas que componían la sagrada familia.

3.º En el día de la consagración, todas las personas de la familia, á ser posible, deberían llegarse á los sacramentos.

4.º Colocado el cuadro ó imagen del santo en lugar conveniente, y postrada la familia toda ante la imagen, el padre, ó la persona más digna, si este falta, después de rezar las plegarias de los siete dolores y gozos del santo, hace el siguiente:

ACTO DE CONSAGRACIÓN.

¡Oh glorioso Patriarca San José, que por Dios fuisteis constituído cabeza y guarda de la más santa entre las familias! dignaos ser desde el cielo cabeza y custodio de ésta, que tenéis postrada delante de Vos y que pide ser recibida bajo el manto de vuestra protección. Desde este momento os elegimos por padre y protector, por consejero, guía y dueño nuestro, y ponemos bajo vuestra especial custodia nuestras almas, nuestros cuerpos, nuestros haberes, cuanto tenemos y somos, nuestra vida y nuestra muerte. Miradnos como á vuestros hijos y á todo lo nuestro como cosas vuestras. Defendednos de todos los peligros, asechanzas y engaños de nuestros enemigos visibles é invisibles. Asistidnos en todo tiempo y necesidad; consoladnos en todas las amarguras de la vida y especialmente en las agonías de la muerte. Decid una palabra en favor nuestro á aquel amable Redentor, que siendo niño llevasteis en vuestros brazos, á aquella Virgen gloriosa de quien fuisteis amantísimo esposo. ¡Ea! alcanzadnos de ellos las bendiciones que conocéis ser necesarias para nuestro bien, y para nuestra eterna salvación. Poned, en fin, esta familia en el número de las que os son más amadas, y ella procurará, con una vida verdaderamente cristiana, no hacerse indigna de vuestro especial patrocinio. Amén.

LOS SIETE PRINCIPALES DOLORES Y GOZOS DEL PATRIARCA SEÑOR SAN JOSÉ.

1º ¡Oh esposo purísimo de María, glorioso San José! como fué grande el dolor y angustia de vuestro corazón en la perplejidad que sentisteis al tratar de abandonar á vuestra castísima esposa, así fué grandísimo é inefable vuestro gozo, cuando el ángel os reveló el soberano misterio de la Encarnación. Por este dolor y gozo haced, padre mío Señor San José, que mi corazón sea tan puro que merezca recibir á vuestro santísimo hijo Jesús, y que consolada mi alma en las dolorosas angustias de la vida y de la muerte, tenga yo la dicha de expirar en los brazos de Jesús y de María.

Padre nuestro, etc.

2º ¡Oh venturoso Patriarca, glorioso San José! el dolor que sentisteis viendo á Jesús nacido en tanta pobreza, reclinado en un establo, temblando de frío y llorando, se os cambió al punto en júbilo celestial, oyendo las dulcísimas y celestiales armonías, y presenciando las Glorias de aquella felicísima noche. Por este dolor y gozo, haced, padre mío Señor San José, que yo viva y muera cristianamente, para que merezca la dicha de oír en el cielo las alabanzas angélicas, y gozar los esplendores de la gloria.

Padre nuestro, etc.

3º ¡Oh ejecutor fidelísimo de las divinas leyes, glorioso San José! aquella humillante herida con que visteis circuncidado al Niño Redentor, y la sangre que de ella virtió, os traspasaron el corazón con el más agudo dolor; pero el nombre de Jesús, que por mandato del cielo le pusisteis, os le llenó de alegría. Por este dolor y gozo, alcanzadme la gracia de vivir alejado de todo vicio, para que, teniendo á Jesús en mi corazón, muera yo con él en paz.

Padre nuestro, etc.

4º ¡Oh depositario fidelísimo de los misterios de nuestra redención, glorioso San José! si la profecía de Simeón sobre lo que Jesús y María habían de padecer, os causó un dolor mortal, os llenó también de gozo el anuncio de que por Jesús obtendrían su salvación y gloriosa resurrección innumerables hombres. Por este dolor y gozo, haced, padre mío Señor San José, que mi alma se revista de humildad, pureza, mortificación y paciencia, para que, mediante estas virtudes, y por los méritos de Jesús y la intercesión de María, sea yo del número de los que resucitarán gloriosos y triunfantes.

Padre nuestro, etc.

5º ¡Oh custodio vigilantísimo del Verbo encarnado, glorioso San José! ¡Con cuántas lágrimas y sudores vuestros se regó aquella tierra de Egipto, donde la crueldad de Herodes os desterró con Jesús y María; pero cómo recogisteis en ella frutos de gozo y consuelo viendo como crecía vuestro Jesús, y él solo quedaba

Dios verdadero entre las ruínas de los ídolos y dioses falsos! Por este dolor y gozo, haced, padre mío Señor San José, que huyendo del tirano infernal, y derribado de mi corazón todo ídolo de afecto terreno, emplee yo mi vida y mis fuerzas en el servicio de Jesús y de María.

Padre nuestro, etc.

6º ¡Oh ángel de la tierra, glorioso San José! el gozo que tuvisteis al regresar de Egipto se turbó amargamente sabiendo que en Judea reinaba Arquelao, hijo de Herodes, y temiendo que, como su padre, persiguiese á Jesús; pero fué gratísimo el placer que sentisteis al ordenaros el ángel que con Jesús y María habitaseis en Nazaret. Por este dolor y gozo, alejad de mi corazón todo temor nocivo, y hacedme digno de ser uno de los moradores de la patria celestial.

Padre nuestro, etc.

7º ¡Oh modelo de santidad, glorioso San José! yo os acompaño en el dolor que padecisteis viendo á Jesús de doce años perdido; pero me gozo con el consuelo que tuvisteis al hallarle en el templo disputando entre los Sabios, con admiración de todos. Alcanzadme, por este dolor y gozo, que no pierda yo jamás á Jesús por culpa grave; y que si por mi desgracia lo perdiese, lo busque con tan vivo dolor, que merezca hallarlo clemente y misericordioso. Y esta gracia os la pido especialmente para la hora de mi muerte, á fin de que, purificada mi alma con las lágrimas de la contrición,

merezca entrar en el cielo y cantar eternamente las divinas misericordias.

Padre nuestro, etc.

OFRECIMIENTO.

¡Oh José santísimo, padre putativo de Jesús, esposo virgen de la Virgen Madre, obedecido de Jesús y respetado de María, florida Vara de virtudes, Depositario del arca viva de la gracia! ¡Oh José glorioso, amparo de pobres, consuelo de tristes, remedio de los tentados, guía de los que caminan, protector de los que navegan, salud de los enfermos, amparo de los moribundos, patrón universal de todos los cristianos y poderoso medianero de los hombres para con Dios! alcanzadnos santa vida y buena muerte.

José purísimo, por aquel rendimiento que os tuvieron Jesús y María, respetándoos Jesús como á padre, y María como á esposo, os ruego me recibáis este corto obsequio, y os apiadéis de mí, miserable pecador, poniéndome bajo vuestra guarda y protección. Amén.

ORACIÓN.

Amabilísimo Patriarca Señor San José, padre putativo de Jesús y esposo de María santísima, recibid amoroso el corto obsequio que os tributa mi cordial afecto, en debido reconocimiento de mi sumisión y devoción, con el recuerdo que hago de vuestros siete principales dolores y gozos; y por ellos os pido, amorosísimo padre, alentéis mi fervor y afecto, para que siempre os ame, venere y reve-

rencie con todas las veras de mi corazón. Vos, santísimo José, sois mi bien, mi dueño, mi señor, mi protector, mi defensa y mi amparo; yo soy vuestro indigno esclavo; vuestros son mi corazón, alma y vida: de todo os hago donación, y así no permitáis, benignísimo padre, que en mí se malogre el infinito precio de la redención, pereciendo mi alma; porque siendo vuestra, de obligación os corre el ampararla. Por la preciosa sangre, por la pasión y muerte de mi Redentor Jesús, por los dolores y merecimientos de María santísima mi Señora, y por los de vuestros afanes, sudores, dolores y gozos, os pido auxiliéis mi alma, la patrocinéis y amparéis, adornándola con el escudo de las virtudes y honrándola con vuestro favor, para que llorando mis culpas, enmendando mi mala vida, refrenando mis apetitos y pasiones, logre una buena muerte, y goce de una eterna vida en la gloria. Amén.

Rezando las auteriores plegarias se ganan 1.^o 100 días de indulgencias una vez al día; 2.^o 300, en todos los miércoles del año, y en cada día de las dos novenas de San José y de su glorioso Patrocinio; 3.^o indulgencia plenaria en dichas dos fiestas, confesándose además y comulgando: 4.^o los que rezaren dichas plegarias todos los días del mes, pueden ganar indulgencia plenaria una vez en el mes (el día que se eliga), confesando y comulgando en dicho día y rogando por los intenciones del Papa.—Estas indulgencias son aplicables á las almas del purgatorio.

ORACIONES DIVERSAS.

PARA ALCANZAR, POR INTERCESIÓN DE SAN JOSÉ, EL
REMEDIO DE DIFERENTES NECESIDADES ESPIRITUALES
Ó TEMPORALES.

No me acuerdo hasta ahora haber suplicado cosa á San José, que la haya dejado de hacer.... A otros santos parece les dió el Señor gracia para socorrer en una necesidad; este glorioso santo, como de ello tengo experiencia, socorre en todas; pues parece que el Señor quiere darnos á conocer, que así como le fué sujeto en la tierra, así en el cielo hace cuanto le pide. *Santa Teresa.*

Advertencia importante á los que usaren estas oraciones.

San José puede muchísimo: verdad comprobada con la experiencia: volúmenes enteros están llenos de los portentos, maravillas y prodigios que el santo Patriarca ha obrado en favor de sus devotos. Mas, para merecer sus favores, es necesario recurrir á él con humildad y confianza, y perseverar en las súplicas ó plegarias, no un día, no una semana ó un mes, sino todo el tiempo que fuese necesario, hasta obtener la gracia que necesitamos. A veces no parece sino que el santo se digna escuchar las súplicas de sus devotos en la primera misa, comunión ó novena que éstos le consagran; pero otras, se diría que el santo ha querido diferir por algún tiempo la concesión de sus favores. Importa pues saber que la perseverancia nos alcanzará el remedio que necesitamos. ¡Oh! ¡de cuánto bien sep rivan los inconstantes, veleidosos y soberbios que, no alcanzando prontamente lo que en dos ó tres veces han pedido, acaso con suma tibieza, abandonan la devoción al santo Patriarca! Corregid este defecto, orad con humildad y perseverancia, y todo, todo lo alcanzaréis, si lo que pedis es para mayor gloria de Dios y bien de vuestras almas.

FÓRMULA PARA LA CONSAGRACIÓN DE LAS FAMILIAS CRISTIANAS Á LA SAGRADA FAMILIA.

Oh amabilísimo Jesús, Redentor nuestro, que habiendo bajado del cielo á la tierra para iluminar al mundo con tu ejemplo y doctrina, quisiste pasar oculto en la casa de Nazaret la mayor parte de tu vida mortal, sujeto á María y á José, y te dignaste consagrar aquella familia que debía servir de modelo á todas las cristianas! Recibe y haz tuya esta familia que ahora se consagra enteramente á ti. Dígnate protegerla, custodiarla, y confirmarla con tu santo temor, dándole la paz y la concordia de la caridad cristiana, á fin de que, imitando los ejemplos de tu casita de Nazaret, alcancen todos la vida eterna.

¡Oh María, madre amantísima de Jesucristo y madre nuestra! dígnate interponer tu piedad y clemencia para que reciba Jesús esta nuestra consagración, y nos prodigue sus favores y bendiciones.

¡Oh José, santísimo guardián de Jesús y de María! socórrenos en todas nuestras necesidades de cuerpo y alma, para que contigo y la bienaventurada Virgen María, podamos alabar y bendecir eternamente agradecidos al divino Redentor Jesucristo.

ORACIÓN QUE SE DEBE REZAR DIARIAMENTE ANTE LA IMAGEN DE LA SAGRADA FAMILIA.

¡O amantísimo Jesús, que con tus inefables virtudes y los ejemplos de tu vida oculta consagraste la familia que escogiste en la tierra

para tuya! arroja una mirada de clemencia sobre los moradores de esta casa, que postrados á tus pies te ruegan les seas propicio. Acuérdate que eres dueño de esta casa, porque se ha entregado y consagrado exclusivamente á ti. Guárdala con benignidad, aleja de ella los peligros, socórrela en las necesidades, planta en ella las virtudes que tan hermosas florecieron en la tuya de Nazaret para que, entregada con fidelidad á tu amor y servicio toda la vida, pueda eternamente cantar en el cielo tus alabanzas.

O María, Madre dulcísima, tu socorro imploramos, seguros de que tu Unigénito acogerá tus súplicas.

Y tú, gloriosísimo Patriarca San José, socórrenos con tu poderoso patrocinio, y deposita nuestras oraciones en manos de María, para que se las presente á Jesucristo.

300 días de indulgencia que pueden ganarse diariamente por los que se consagran á la sagrada familia según la fórmula publicada por la Sagrada Congregación de Ritos.—León Papa XIII.

Jesús, María, José, iluminadnos, socorrednos, salvadnos. Así sea.

200 días de indulgencia que pueden ganarse una vez todos los días.—León Papa XIII.

ORACIÓN Á SAN JOSÉ POR LA IGLESIA.

Á Vos, oh bienaventurado José, acudimos en nuestra tribulación; y después de haber implorado el amparo de vuestra esposa santísima, pedimos también encarecidamente y llenos de confianza vuestro patrocinio. Por la caridad que os unió con la inmaculada Virgen Madre

de Dios y por el amor paterno con que estrechasteis en vuestros brazos al Niño Jesús, os rogamos suplicantes que miréis benigno á la herencia que Jesucristo nuestro Señor adquirió con su sangre, y que nos socorráis con vuestro poder y amparo en nuestras necesidades.

Proteged, oh custodio providentísimo de la divina familia, al linaje escogido de nuestro Señor Jesucristo; apartad de nosotros, padre amantísimo, la peste de errores y corruptelas; sednos propicio, salvador nuestro poderosísimo, y estad con nosotros desde el cielo en la lucha que sostenemos contra el poder de las tinieblas; y así como en otro tiempo librasteis de la muerte al Niño Jesús, defended ahora á la Iglesia santa de Dios de las asechanzas de sus enemigos y de toda adversidad. Amparad también á cada uno de nosotros con vuestro perpetuo patrocinio para que, á ejemplo vuestro y sostenidos por vuestro auxilio, logremos vivir santamente, morir piadosamente y gozar de la bienaventuranza eterna en los cielos. Amén.

Indulgencia de siete años y siete cuarentenas cada vez que se rece devotamente esta oración.—León XIII, Agosto 15 de 1889.

PIDIENDO Á SAN JOSÉ SU AMOR Y EL DE JESÚS Y MARÍA.

¡ Oh purísimo Corazón de San José, de todos los corazones, después de los de Jesús y María, el más puro, el más santo, el más amante, el más humilde y perfecto! haz que mi corazón se inflame y encienda en tu amor. Yo quiero que tu Corazón, después de los de Jesús y María, sea el objeto de mis respetos, homenajes

y alabanzas. Yo protesto que, después del amor y la gloria de mi Salvador y su purísima Madre, tu gloria y tu amor, dulcísimo José mío, serán el mayor encanto y regalo de mis pensamientos, la más dulce aspiración de mis deseos, y el más ansiado fruto de mis acciones. Qué otro corazón deseó tan ardientemente como el tuyo, que se extendiese y reinase el amor de Jesús y María. Haz, pues, que la llama de este amor arda en mi corazón, que lo penetre, lo abrase, lo posea y lo consuma. Alcánzame la gracia de que en los ardores de este amor divino exhale mi último suspiro, y que las postreras palabras que pronuncien mis labios moribundos y balbucientes, sean los nombres sagrados, los dulces y amables nombres de Jesús, María y José. Amén.

PIDIENDO Á SAN JOSÉ SU PATROCINIO.

¡Oh glorioso San José! por tu profundísima humildad, por tu mansedumbre inalterable, por tu paciencia invencible, por tu pureza angelical y por la perfectísima fidelidad que te hizo puntual imitador de las virtudes de Jesús, te pido me consueles en todas mis penas, me dirijas en mis dudas, me defiendas en las tentaciones y extiendas tu brazo contra todos mis enemigos, visibles é invisibles, rompiendo y desbaratando los lazos y celadas que tiendan y armen contra mí. Oh mi amado San José, ruega también á Jesús por el triunfo de la santa Iglesia, por el Romano Pontífice, los Obispos, los sacerdotes y todas las órdenes religiosas; ruega por

la perseverancia de los justos, por la conversión de los pecadores y por el regreso de los herejes y cismáticos al seno de la Iglesia. Proteje y defiende nuestra patria, y haz que prosperen en ella la religión, la justicia, la paz, la virtud y las buenas costumbres. Oye, pues, nuestras súplicas, escucha nuestros clamores, enjuga nuestras lágrimas y haznos dignos de alabar en el cielo á la santísima Trinidad que te ha coronado de tanta gloria. Amén.

PIDIENDO LA SANTIFICACIÓN DE LOS SACERDOTES.

¡Oh amable San José, patrón y protector de la Iglesia! humildemente postrado ante vuestro acatamiento os pido que nos deis sacerdotes santos é ilustrados según el Corazón de Jesús; sacerdotes infatigables en la predicación del Evangelio, en la administración de los sacramentos y en el ejercicio de sus sagradas funciones; sacerdotes fervientes que desempeñen su divino ministerio con la santidad, decoro y reverencia que pide la majestad de Dios á quien sirven, sacerdotes en fin que, dados á la oración y á la práctica de la virtud, se hagan y nos hagan todos los días más y más santos. ¡Oh bondadoso Patriarca! dignaos alcanzarnos la gracia de ser regidos por sacerdotes que, con la palabra y el ejemplo, nos conduzcan á la gloria, donde eternamente os bendigamos. Amén.

PARA ALCANZAR LA PAZ INTERIOR.

¡Santísimo Patriarca, que en unión felicísima con Jesús y María hallasteis ocasión de sufrir

las más duras penas y trabajos, pero que con vuestra confianza, humildad y resignación merecisteis los más dulces consuelos! haced que, vencidas todas mis pasiones, desprendido mi corazón de todo afecto terreno, goce mi alma de verdadera paz y tranquilidad. Alcanzadme una santa indiferencia para que el reposo y la calma de mi corazón no se alteren con los trabajos ó favores que Dios me enviare. Enseñadme á hacer buen uso de las penas y consuelos de esta vida, para merecer los deliciosos bienes de la otra. Amén.

PARA OBTENER EL RECOGIMIENTO INTERIOR.

¡ Gran santo, que tuvisteis la felicidad de conversar muchos años con Jesús y María, y que, por el incesante cuidado que pusisteis en aprovecharos de sus ejemplos y palabras, fuisteis el modelo de la vida interior! alcanzadme la gracia de velar con cuidado en la guarda de mi corazón, escuchar con atención y docilidad la voz del Espíritu Santo, é imitar vuestra fe en todos los misterios de la vida del Salvador. Estos son mis ruegos, oh glorioso patrón de las almas que aspiran á la vida interior, á fin de que, con el auxilio de la divina gracia, me santifique yo en todas las ocupaciones de mi estado, lleve una vida recogida é interior, que es el camino más seguro para llegar á la mansión de la gloria. Amén.

PARA ALCANZAR LA POBREZA DE ESPÍRITU.

¡ Gran Patriarca, Señor San José, cuya pobreza preparó el camino á la pobreza evan-

gética y sirvió de medio para ocultar las riquezas infinitas del Verbo encarnado! conseguíme un perfecto desinterés, un cristiano desprendimiento de todos los bienes caducos; alcanzadme la estima y el amor de aquella pobreza que nos hace imitadores y discípulos del Hombre-Dios, para, que ajenos á toda codicia terrena, aspiremos á los bienes celestiales que nos ha merecido, por su pobreza, el que, siendo dueño de todo, no quiso tener en la tierra donde reposar su cabeza. Amén.

PARA OBTENER LA VIRTUD DE LA PUREZA.

¡Purísimo San José! destinado por el Omnipotente para esposo de la gran Madre de Dios, María santísima, cuya virginidad fué entregada en custodia á la singular pureza de vuestro castísimo Corazón; os suplico, con la humildad más profunda, me alcancéis la gracia de que sean puros mi espíritu, mi corazón y mi cuerpo. Alejad de mí todos los pensamientos y afectos inmundos: dadme fuerzas para apartarme de todas las personas y lugares que me fueren peligrosos, evitar las lecturas nocivas, guardar mis sentidos y velar incesantemente, á fin de que ninguna impureza ensucie mi corazón y corrompa mi alma. Alcanzadme esta gracia, padre y protector mío; alcanzádmela por caridad, y haced que sea pura mi mente en sus pensamientos, pura mi fantasía en sus imágenes, pura mi memoria en sus recuerdos, pura mi voluntad en sus actos, puro mi corazón en sus afectos, puras mis manos en sus obras, puros mis pies en sus pasos: sea

yo puro de cuerpo y de espíritu, puro de día y de noche, puro en la soledad y en la compañía, para que imitando á María y á Vos, santísimo José, en esta flor de las virtudes, merezca gozar de vuestra amistad y patrocinio. Amén.

PARA ALCANZAR UNA BUENA MUERTE.

¡Gran San José, modelo, patrono y consolador de los moribundos! os suplico me asistáis en el último instante de mi vida, en aquel momento terrible, en el cual yo no sé si tendré ocasión siquiera para llamaros en mi auxilio. Haced, os suplico, que yo muera con la muerte de los justos. Y para merecer esta gracia, obtenedme la de vivir siempre, como Vos, en la presencia de Jesús y María sin ofender sus miradas con las manchas odiosas de la culpa. Haced que yo muera, desde este momento, á todo lo que no es Dios y que viva únicamente para aquel que murió por mí. Abrasad mi corazón en las llamas del amor divino, para que al rendir mi espíritu, merezca, como Vos, la dicha de rendirlo en las manos de Jesús y María. Amén.

PARA PONER BAJO LA PROTECCIÓN DE SAN JOSÉ LA INOCENCIA DE LOS NIÑOS.

¡Bienaventurado San José, á quien la beatísima Trinidad, hizo custodio de Jesús, que era la inocencia misma, y de María, Virgen inmaculada! protegéd la inocencia de estos niños que me están confiados; alejad de ellos

el contagio del vicio y de los malos ejemplos; inspiradles odio al pecado y amor á la virtud; hacedles comprender desde sus tiernos años que la felicidad del cristiano consiste en cumplir fielmente la ley santa del Señor; hacedles amar y respetar á la santa Iglesia, nuestra Madre, y á su Jefe, el soberano Pontífice, y á todos sus ministros para que caminando siempre por la senda de la justicia, conserven puras sus almas y sean dignos de las complacencias del Cordero immaculado, que se apacienta entre azucenas, y de la Reina de las vírgenes María santísima. Amén.

ORACIÓN DE UNA RELIGIOSA Á SAN JOSÉ.

¡Bienaventurado San José, que fuisteis custodio fiel de Jesús y María! dignaos tomarme bajo vuestra protección é interceded por mí ante el Señor, para que á vuestro ejemplo, viva desprendida del mundo y de mí misma; y en todas mis acciones sólo busque la mayor gloria de Dios, creciendo cada día en el conocimiento y amor de Jesús y María; y me aplique, como Vos, á imitar sus virtudes, y fiel á mis sagrados deberes, ame el recogimiento y la oración: y vaya así creciendo en perfección hasta que la pobreza sea mi tesoro: la mortificación, todo mi placer: la obediencia, mi escudo, y los desprecios, mis delicias; hasta que todo mi amor sea para Jesús y, oculta en su Corazón sagrado, sólo ambicione sus sufrimientos y su cruz. Jamás me gloríe en otra cosa sino en esa cruz de mi Jesús, por quien el mundo está crucificado para

mí, y yo estoy crucificada para el mundo. Que comprenda que no se me debe otra cosa sino humillaciones, desprecios, y olvido; sea mi deber más sagrado servir á Jesús, adorarlo en el sacramento de su amor, inmolarme totalmente con él y por él, y permanecer al pie de su tabernáculo, como aquella lámpara que arde en su presencia noche y día sin consumirse. Que ese Pan de los ángeles sea mi pan de cada día; que en este alimento sagrado encuentre fuerza en mi flaqueza, remedio en mis males, consuelo en mis penas. Que la sangre que mana del Corazón sagrado de mi Jesús sea el bálsamo que sane las llagas de mi alma; que el inmaculado Corazón de María sea mi refugio en los peligros, y el asilo sagrado donde esté á cubierto de los ataques de mis enemigos. Oh José, que vuestra poderosa protección me alcance de los sagrados Corazones aquel espíritu de unión y caridad que reinaba en vuestra pacífica morada de Nazaret, para que ame á mis hermanas como Dios me manda; respete y obedezca á mis superiores como á sus representantes; venere y practique mi regla, considerándola como la expresión de la divina voluntad. Que cuide de las personas que me estén confiadas con la solitud con que Vos cuidasteis del sagrado tesoro puesto á vuestra custodia; que mire en esas almas un depósito del cual se me pedirá estrecha cuenta, y que, apartándolas de todo aquello que pueda mancharlas, les muestre el recto camino de la virtud y por él las lleve á Dios. En fin, que amando á

María como á mi dulce Madre, y venerándoos á Vos, oh José, como á mi amado protector y padre, sea en todo tiempo una víctima grata á la Divina Majestad, y consumida por el divino amor exhale mi último suspiro en vuestra compañía. Amén.

ORACIÓN Á SAN JOSÉ PROTECTOR DE LOS AFLIGIDOS.

Gloriosísimo Patriarca San José, os suplicamos humildemente de todo nuestro corazón, por aquella heroica firmeza que mostrasteis en las grandes é innumerables tribulaciones con las que plugo á Dios probar vuestra singular virtud, que nos obtengáis una fuerza semejante y una constancia igual para sobrellevar por amor de Dios todos los males que nos abrumen en este valle de lágrimas. ¡Oh poderoso protector de los desgraciados! hacednos recordar en todas nuestras aflicciones que ellas vienen de la mano de Dios y que son la expresión de su voluntad adorable; y cuando lleguemos al término de nuestra vida, concedednos vuestra poderosa protección, á fin de que habiendo soportado con cristiano valor esta última y terrible prueba, podamos con vuestra asistencia y la de Jesús y María, llegar á aquella venturosa patria, en donde nuestras lágrimas se cambiarán en gozo y nuestra tristeza en alegría eterna. Amén.

PARA PEDIR CONSUELO EN UNA AFLICCIÓN Ó ENFERMEDAD.

¡Amable San José, mi fidelísimo protector! os suplico, por el gran dolor que sentisteis

cuando circuncidado Jesús mirabais correr su sangre preciosa, que os dignéis librarne de esta enfermedad y de las penas, dolores y sufrimientos que ella me causa; ó, á lo menos, me obtengáis la gracia de sufrirlos pacientemente. Amén.

PARA ELEGIR ESTADO CONVENIENTE.

¡Gran santo mío, fidelísimo siervo del Señor! Vos que fuisteis tan dócil y sumiso á la voluntad de Dios, obtenedme la gracia de conocer el estado á que me tiene destinado la Providencia. No permitáis que me engañe en elección tan importante de la cual depende mi felicidad en este mundo, y acaso mi salvación eterna. Haced que, conocida la voluntad del Altísimo, la siga yo con fidelidad, y que no me aparte del camino que debo recorrer en la tierra para llegar al cielo. Amén.

PARA OBTENER LA GRACIA DE CUMPLIR BIEN LOS DEBERES DE SU ESTADO.

¡Gran Patriarca y Santo fidelísimo en cumplir los sublimes cargos á que os destinó la Providencia! por vuestros méritos os suplico me hagáis cuidadoso y fiel en el cumplimiento de los deberes de mi estado, sean cuales fueren las circunstancias en que yo pueda encontrarme. Alcanzadme para ello la luz, la fortaleza, la prudencia y el celo, que necesito; dadme ánimo en las dificultades, paciencia en los trabajos, pura intención en todos mis actos, y perseverancia hasta el último día de mi vida.

Haced que en mí se cumpla perfectamente la voluntad divina, para que, cuando llegue mi muerte, tenga yo la felicidad de poner mi alma en vuestras manos paternales, de las cuales pase á reposar eternamente en el seno de Dios, fiel remunerador de sus siervos. Amén.

PARA LA CONVERSIÓN DE UN PECADOR.

San José piísimo, tan allegado al Redentor del mundo, yo os ruego, con vivísima instancia, por la salvación del alma de N..., que Jesús ha rescatado con su preciosísima sangre. Sabéis cuán desgraciados son los que han desterrado de su corazón al divino Salvador, y cuán expuestos están á perderlo eternamente. No permitáis, pues, que esta alma permanezca más tiempo en tan funesto y peligroso estado. Hacedle conocer los peligros que la amenazan; heridle fuertemente el corazón; pedidle á Jesucristo, vuestro hijo, que, con la luz, firmeza y poder de su divina gracia, alumbre, rinda y convierta á esta infeliz alma. Emplead, padre mío Señor San José, todo vuestro valimiento en hacer que este hijo pródigo vuelva al seno del mejor de los padres. No le abandonéis hasta que le hayáis abierto las puertas del cielo, en donde él y yo os agradeceremos eternamente la felicidad que le habréis procurado. Amén.

PARA PONER Á UN HIJO BAJO LA PROTECCIÓN DE SAN JOSÉ.

Benignísimo San José, destinado por Dios para padre putativo de nuestro divino Redentor,

á Vos ofrecemos y cõsagramos este nuestro hijo. Dignaos ser su protector y su padre; conservad el precioso tesoro de su inocencia; preservadle de todo peligro en el alma y en el cuerpo; inspiradle, ya en sus más tiernos años, un ardiente amor á Vos, á María, vuestra immaculada esposa, y á Jesús, su adorable hijo y Salvador nuestro. Acompáñele vuestra protección toda su vida, vigilad todos sus pasos, guiadle en todas sus empresas, no le dejéis de vuestra mano en la senda de los divinos mandamientos, asistidle en el momento de su muerte, é introducidle finalmente en la patria bienaventurada, para que cante allí eternamente las divinas misericordias y vuestra paternal bondad. Así sea.

Nota. Esta oración, rezada en plural, puede servir para consagrar á San José varios niños á la vez.

PARA PEDIR PACIENCIA EN ALGUNA TRIBULACIÓN.

Vedme, santo mío, sumido hoy en tanta aflicción, que mi espíritu débil é inconstante está á punto de rendirse, si no venís presto á alentarme. Aquel cristiano valor que esperaba tener en las tribulaciones, cuando las miraba de lejos, aquella firmeza que tal vez en otras ocasiones, asistido por la divina gracia, he mostrado, están á punto de faltarme del todo. ¿De dónde sacabais, santo querido, aquella admirable serenidad en vuestros apuros, aquella heroica resignación en vuestros pesares, aquella interior alegría en vuestras privaciones, aquella inquebrantable esperanza en las tribulaciones

más acerbas? ¡Oh santo pacientísimo! si vuestro Jesús no quiere por ahora aliviar mi pena, hágase su voluntad, y no la mía: pese sobre mí su cruz; pero pedidle para mí mucha paciencia. Haced que me anime á padecer la consideración de los dulces consuelos que tuvisteis en medio de vuestras amarguras; que sienta en las mías, por medio de la gracia, la interior presencia de Jesús, ya que no le veo, como Vos, presente ante mis ojos; que comprenda que la magnífica gloria que estáis gozando es en gran parte recompensa de vuestros sufrimientos, y premio de vuestra invicta paciencia. Por vuestros acerbos dolores, por los tan agudos de vuestra inocentísima esposa, por la pasión de vuestro amado Jesús, dadme fuerza para sufrir resignado esta tribulación, á trueque de merecer en el cielo un grado más de gloria. Así sea.

EN FAVOR DE UN MORIBUNDO.

Aprisa y con todo el anhelo de mi corazón, é invocando todo el amor que me tenéis y que mostráis á los moribundos, vengo á vuestros pies, benignísimo San José, á rogaros por ese pobre enfermo, que está luchando con las ansias de la muerte. Vos conocéis bien los peligros que cercan á las almas en tan críticos instantes, el abatimiento y las tentaciones que ellas experimentan, los supremos esfuerzos que hace el infierno para ganarlas . . . ¿Qué será de él, si no estáis Vos con su ángel de guarda á la cabecera de su cama alentándole, avivando su fe, esperanza, caridad y el dolor de sus pecados,

y dispuesto á recoger su espíritu, cuando lo exhale? Allí en torno están todos sus enemigos, ¿y Vos le dejaríais solo con ellos? No me separaré de vuestras plantas, poderoso santo, sin obtener alguna prenda de que le ayudaréis eficazmente á salvar su alma. ¡Oh, sí, la tendré! porque, cosa mejor y más necesaria, y más urgente, y más conforme á vuestros deseos, y más propia de vuestro patrocinio, no puedo pedirlosla. Y por cuanto pudieran ser obstáculo sus pecados, os pido por él con toda mi alma perdón de todos ellos, y os ofrezco, en lo que valgan, mis penitencias, y las que Vos mismo, las que María y sobre todo la que Jesús por nosotros hizo, que, si pudieron salvar un mundo, mucho más salvar esta alma si le son aplicadas, como espero. Así sea.

POR UNA ALMA DEL PURGATORIO.

Amorosísimo San José, que tan tiernamente amasteis á Jesús, y tan vivamente sentisteis la privación de su presencia, cuando le perdisteis en el templo, os recomiendo con todo fervor el alma de . . . , que, lejos tal vez de la beatífica presencia de Dios, está ahora padeciendo en el purgatorio. ¡Oh santo Patriarca! sed su consuelo en aquel lugar de penas y expiación, dignaos aplicarle los piadosos sufragios de los fieles, particularmente los míos. Constituíos su intercesor para con Jesús y María, y romped con vuestra poderosa oración sus cadenas, para que pueda lanzarse en el seno de Dios y gozar cuanto antes de la felicidad eterna. Así sea.

PIDIENDO EL ALIMENTO NECESARIO
Á UNA FAMILIA.

¡Amabilísimo representante de Dios en la tierra, y nuestro amorosísimo abogado y padre San José! Vos, que, constituido por Dios jefe de aquella inocentísima al par que pobre familia, sufristeis todo el peso y trabajo de socorrerla, defenderla, sustentarla y proveerla de lo necesario para la vida; Vos pudisteis aprender, más que otro alguno, cuán grande sea la angustia de aquellos á quienes faltan los medios necesarios de subsistencia, y se encuentran agobiados, no sólo por las propias, sino también por las ajenas angustias de las personas queridas. ¡Oh santo Patriarca! por aquellos desvelos y cuidados continuos, que formaban aquella bendita providencia, á cuya sombra descansaban las prendas de vuestro corazón Jesús y María, tened también cuidado de nosotros, y haced que se aleje de nuestras casas el infortunio y toda desventura; y como tan piadosísimo que sois, os rogamos nos proporcionéis el cotidiano alimento, que es necesario para adquirir la fuerza y la alegría con que sirvamos fielmente al Señor. Sí, amado santo, por amor de Jesús y María, tened piedad de nosotros y consoladnos. Amén.

MEMORARE Á SAN JOSÉ.

Acordaos, oh castísimo esposo de la Virgen María, y amable protector mío San José, que jamás se ha oído decir que ninguno haya in-

vocado vuestra protección é implorado vuestro auxilio sin haber hallado consuelo. Lleno, pues, de confianza en vuestro poder vengo á vuestra presencia y me encomiendo á Vos con todo fervor. ¡Ah! no desechéis mis súplicas, oh padre putativo del Redentor, antes bien acogedlas propicio, y dignaos acceder á ellas benignamente. Amén.

300 días de indulgencia al día si se reza devotamente; y una indulgencia plenaria al mes al que la hubiere rezado todos los días, confesándose, comulgando, y visitando una iglesia.—
Pío IX, 26 de junio de 1863.



BIBLIOTECA
Facultad de Teología
Compañía de Jesús
GRANADA

EJERCICIO PARA OIR

**LA SANTA MISA EN HONOR DE
SAN JOSÉ.**

AL PRINCIPIO DE LA MISA.

Yo te saludo, esposo inmaculado de María. Yo te saludo, fiel custodio de su integridad virginal. Yo te saludo, dichoso jefe de la santa familia. Tú sustentaste con tu trabajo al Verbo encarnado: tú le libraste de las manos impías de Herodes: tú fuiste para Jesús tutor, guía y padre en Belén, Egipto y Nazaret. Por los paternales cuidados que tuviste de él, concédenos la gracia de servirle dignamente en esta vida, y ayúdanos á tener buena muerte, á fin de que merezcamos la felicidad de gozarle junto contigo en el cielo.

Yo te saludo, esposo de la Madre de Dios; yo te saludo, Padre de mi Jesús, protector de los hijos de María, terror de los demonios y gloria de los ángeles.

Gloria á Ti, beatísima y adorable Trinidad, y al santo nombre de José.

AL CONFITEOR

¡Oh José, modelo de las almas interiores, cuán grato me es considerar las gracias y privilegios sublimes de que estás colmado! Bendigo al par que tu á aquel de quien procede todo don perfecto. Ayúdame á dar gracias á este Dios de bondad por todo lo que ha hecho en mi favor: él se ha dignado dirigir una mirada de amor sobre mi alma, y enriquecerla con celestiales tesoros. «Alabémosle porque es bueno, porque su misericordia se extiende por todos los siglos.» Bienaventurado José, tú correspondiste siempre á la gracia, y yo ¡ay! yo he sido constantemente infiel á ella . . . Ahora, el remordimiento me desgarrá el corazón, y daría toda mi sangre por borrar mis infidelidades. Mas, por amargo que sea mi arrepentimiento, no me desalienta el recuerdo de mis pecados, ni la vista de mi pasada flojedad en el servicio de mi divino maestro; al contrario, me siento inflamado de nuevo ardor y tengo la firme resolución de guardar fielmente en adelante los mandamientos de mi Dios. Olvidando lo pasado me daré prisa en lo futuro á correr, animado con tu patrocinio, por el camino de la perfección.

¡Oh Jesús, divino Salvador mío! por los cuidados que María y José tuvieron de vuestra infancia, por las señales de amor que les prodigasteis, por la sangre que derramasteis por mí en la cruz, haced que yo imite la fidelidad de vuestro padre nutricio.

AL GLORIA IN EXCELSIS.

¡Qué celestial regocijo tuvo tu corazón, oh bienaventurado José, cuando oíste los cánticos que entonaban los santos ángeles, celebrando el nacimiento de tu bendito hijo! Yo quiero también unirme á los coros angélicos para repetir con amor: Gloria al Padre que nos ha dado á su Hijo único, gloria al Hijo que vino para salvarnos, gloria al Espíritu Santo que nos llena de sus gracias; gloria á María, Madre de nuestro Redentor; gloria también á ti, oh José, que lo salvaste del furor de Herodes, y le alimentaste con el fruto de tus sudores.

Á LA ORACIÓN.

¡Oh Dios, que, por una providencia inefable, elegiste al bienaventurado San José para esposo de la Madre de tu unigénito Hijo! haz que merezcamos tener por intercesor en el cielo á este gran Patriarca, á quien honramos en la tierra como á nuestro protector, Tú que, siendo Dios, vives y reinas con Dios Padre en unión del Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos. Amén.

AL EVANGELIO Y CREDO.

Bienaventurado José, tú contemplaste con tus ojos á Jesús, nuestro divino Maestro. ¡Ah! yo envidio tu dicha. Al menos, estudiaré en su evangelio los ejemplos que este perfecto modelo me ha dado, y me dedicaré á seguir sus huellas. El que e sigue no anda en tinieblas.

¡Oh José, que observaste fielmente la ley! bien sabes que yo deseo vivir según la justicia y observar con toda exactitud los mandamientos de Dios. Grábalos bien en mi corazón, y haz que ellos sean la regla de mi conducta.

Alcánzame de Jesús, tu divino Hijo, la gracia de amar en adelante su celestial doctrina, y de comenzar á practicarla en todas mis obras. Bien sé que no puedo ser feliz si no me hago pobre de espíritu, manso, puro, pacífico, misericordioso, si no me abrazo con la justicia y me dispongo á sufrir por ella persecuciones. Pero acostumbrado á lisonjear mis sentidos, á seguir mis inclinaciones, ¿cómo sobreponerme á la naturaleza, cómo elevar mi espíritu y mi corazón á las bellezas espirituales de la virtud y de la gloria? Necesito para esto de una fe viva, que me eleve sobre todos los objetos sensibles y terrenales. De ti depende, oh mi amable santo, alcanzarme esta fe; ella dará vida á mis obras, y en la contemplación y amor de esas bellezas, hallaré un gusto anticipado de la belleza infinita y eterna.

¡Oh Dios, que te complaciste en adornar el corazón de San José de una fe muy viva, concédenos también el imitarle, creyendo todas las verdades que tu Iglesia nos manda creer, á fin de que, después de haber creído y esperado en la tierra, merezcamos amarte para siempre con él en el cielo. Amén.

AL OFERTORIO.

Oh Jesús, bondad infinita, que habéis amado tanto á los hombres, que habéis hecho tanto

para ser amado de ellos, ¿de dónde viene que haya tan pocos que os amen? Yo no quiero ser del número de estos infelices ingratos. Estoy resuelto á amaros con todas mis fuerzas. Concededme la gracia de amaros, si es posible, como os amó vuestro padre nutricio, y de no tener, como él, otro deseo que el de agradaros.

¡Qué no tuviera yo los sentimientos de este santo Patriarca, su vigilancia en evitar todo lo que pueda desagradaros!

Para suplir mi miseria y mi insuficiencia, oh Dios mío, ofrezco á vuestra Majestad todo lo que San José hizo por Jesús, vuestro Hijo, todos los testimonios de amor que le prodigó.

O Dios de infinita bondad y sabiduría, haced que, imitando el respeto, la ternura y la sumisión que nuestro divino Salvador y su augusta Madre tuvieron al glorioso San José, le honremos también nosotros con una piedad toda filial, á fin de obtener, por su poderosa intercesión, la gracia de amaros y serviros con todo nuestro corazón.

Glorioso San José, bienaventurado padre de Jesús, sed también padre de la santa Iglesia; tomad bajo vuestra protección al Sumo Pontífice reinante, acordaos que su ilustre antecesor Pío IX adornó con un bellissimo florón la corona de vuestra inmaculada esposa; hacedle salir triunfante de todas las pruebas; sed padre del clero secular, de todos los institutos religiosos, y de todas las familias católicas que son fieles en honraros. Proteged á todos estos hijos vuestros defendedlos contra la impiedad de los

nuevos Herodes, que se esfuerzan por ahogar en sus almas el amor de Jesús, á fin de que, después del destierro de esta vida, la Iglesia militante y la Iglesia triunfante, uniendo sus voces, celebren juntas las virtudes que os han hecho digno esposo de la Reina de las vírgenes, y amadísimo padre de nuestro Señor Jesucristo. Amén.

Á LA CONSAGRACIÓN Y ELEVACIÓN.

Verbo encarnado, divino Jesús, verdadero Dios y verdadero hombre, creo que estáis ahí presente en el altar; yo os adoro con la más profunda humildad; yo os amo con todo mi corazón; y como Vos venís por amor de mí, yo me consagro enteramente á Vos por las manos de vuestro glorioso padre San José.

Adoro esta sangre preciosa que derramasteis por todos los hombres, y espero, Dios mío, que no la habréis derramado inútilmente por mí. Hacedme la gracia de aplicarme sus méritos. Yo os ofrezco la mía, amable Jesús, en reconocimiento de la caridad infinita que tuvisteis en dar la vuestra por mi amor; y me consideraré muy dichoso si puedo derramar la mía por vuestra gloria.

¡Oh Jesús! enviad á nuestros corazones algunos rayos de aquel ardiente amor que inspirasteis á San José para con vuestra sagrada persona, y, por su intercesión, haced que siempre estemos tan íntimamente unidos á Vos, que nada sea capaz de separarnos ni en el tiempo ni en la eternidad. Amén.

¡Santo Patriarca! por virtud de las lágrimas que derramasteis al contemplar los padecimientos futuros de vuestro amantísimo Jesús, concededme un tierno y continuo recuerdo de la pasión de mi divino Redentor, y por los santos incendios de amor con que sus conversaciones y sus cariños abrasaron vuestro corazón, enviad una chispa á mi alma, que por sus pecados ha tenido gran parte en los tormentos de Jesús, á fin de que yo le ame y no me separe jamás de él. Amén.

San José, que no sabéis rehusar nada de cuanto se os pida; escuchad, benigno, mi oración, en favor de las benditas almas del purgatorio; y como en otro tiempo salvasteis á Jesús y á María de la crueldad de Herodes, librad de los tormentos que padecen á las almas rescatadas con la sangre de Jesús y amadas de María. Escuchad á estas pobres cautivas que os piden la dicha de ver al divino Salvador, al objeto de sus más dulces complacencias; oíd sus suspiros y haced que no se difiera más para ellas el tiempo la misericordia, á fin de que, gloriosas en el cielo, puedan en unión con Vos alabar, y amar á Jesús y á María por toda la eternidad. Amén.

Á LA COMUNIÓN.

¡Oh mi bueno y mi amantísimo padre San José! yo os suplico que ejercitéis conmigo esa ardiente caridad que manifestasteis al amabilísimo Jesús: haced que, por vuestra intercesión y vuestros méritos, se me conceda la pureza de

corazón, de cuerpo y de alma, y las virtudes que me son necesarias para recibirle dignamente; y pues Vos alimentasteis con el trabajo de vuestras manos y el sudor de vuestra frente á Aquel que es nuestro pan y nuestra vida, haced que yo le reciba con todo el respeto y amor de que soy capaz. Por la devoción con que le presentasteis en el templo de Jerusalén, haced que yo le ofrezca, con gran pureza de intención, mi cuerpo, mi alma, mi corazón, y que él se digne aceptarlo y tomar posesión de todo mi ser. Yo os suplico, padre mío bienaventurado, por la santidad de vuestro cuerpo castísimo, que me alcancéis aquella perfecta pureza de corazón que os hizo tan agradable al Esposo de las vírgenes. Por vuestras benditas manos que trabajaron constantemente para alimentar á mi Redentor, haced que yo emplee todos mis cuidados en la salud de mi alma, y que crezcan en ella las flores de las virtudes, en las cuales pueda apacentarse el Cordero inmaculado, á quien deseo dignamente recibir. Por vuestros sagrados pies que caminaron tanto por salvar á vuestro querido hijo del furor de Herodes, salvadlo en mi corazón: con ayuda vuestra en él estará seguro contra los que le busquen, y con su presencia me fortificará en el combate de mis enemigos. Por vuestros venerables brazos que tantas veces abrazaron al niño Jesús, y por ese amable pecho donde tantas veces reclinó su cabeza adorable, haced que venga á descansar en mi corazón, para que yo le ame y le abrace con toda vuestra

ternura. Por vuestros ojos llenos de modestia, que tantas veces derramaron lágrimas de devoción entre las santas caricias del divino Cordero, alcanzadme la gracia de una verdadera contrición que sirva para purificar y disponer la morada de mi pobrecito corazón que le preparo. Por vuestra lengua bendita que continuamente nombraba con tanta dulzura y respeto á vuestro hijo Jesús, haced que yo invoque este poderoso nombre en todas mis tentaciones y necesidades. Por vuestros purísimos labios, tantas veces santificados por los besos de amor y adoración dados á este niño, vida de nuestra vida, haced que los míos nunca se manchen con la culpa. En fin, por vuestro corazón santo, todo inflamado de amor, todo ocupado y penetrado de vuestro amable Jesús, ofrecedle el mío, para que se digne abrasarlo en este mismo amor. Amén.

Á LAS ÚLTIMAS ORACIONES.

¡Oh Dios, cuya bondad y sabiduría son infinitas, y que, al elevar al justo José á la dignidad de esposo de María, le habéis dado en cierto modo los derechos y la autoridad de padre sobre vuestro unigénito Hijo! haced que, imitando el respeto, la sumisión y la ternura que Jesús y su santísima Madre tuvieron á este gran santo, nosotros le honremos también con una piedad toda filial, á fin de obtener, por su intercesión, la gracia de amaros y servir os en este mundo, en espíritu y en verdad, para tener la dicha de poseeros eternamente en el cielo.

Os lo suplicamos por Jesucristo, vuestro Hijo y nuestro Señor. Amén.

Jesús, María y José, dignaos bendecirme en el tiempo y en la eternidad.

Yo os renuevo de lo íntimo de mi corazón ¡oh bienaventurado San José! la resolución que he hecho de amaros y servirlos. Yo me ofrezco á Vos tal como soy, con mis pecados, mis miserias y mis imperfecciones para que Vos pongáis remedio en todo. Me entrego á Vos para que me deis á María, y María me dé con Vos á Jesús. Vuestro amor, unido al de mi Salvador y al de su santísima Madre, es el triple lazo que nada podrá romper. Que los sagrados nombres de Jesús y de María y el vuestro, ¡oh amable San José! estén siempre en mi corazón y continuamente en mis labios; que yo los bendiga en el tiempo, para bendecirlos en la eternidad. Amén.



PEQUEÑO OFICIO DE SAN JOSÉ.

CORONA DEL SEÑOR SAN JOSÉ.

Hágase el acto de contrición.

Gracias te doy ¡eterno Padre! porque entre todos los hombres escogiste al Señor San José para que fuese el esposo de tu santísima hija la Virgen María.

Padre nuestro, Ave María, y el siguiente:

Bendito sea para siempre el justo José que fué encontrado digno de que se le confiara el secreto de la Encarnación del divino Verbo, la virginidad de María, y la persona de nuestro Señor Jesucristo.

Gracias te doy ¡eterno Hijo! porque te sujetaste obediente al castísimo José.

Padre nuestro, Ave María, y el Bendito.

Gracias te doy ¡oh divino Espíritu! porque pusiste en el mundo á tu casta esposa, bajo la custodia y amparo del Señor San José.

Padre nuestro, Ave María, y el Bendito.

Oración.

Dígnate ¡oh justo José! recibir esta corona como el humilde homenaje de mi amor y res-

peto á tu santidad: te la ofrezco para que me alcances del Señor una verdadera contrición de mis pecados, una buena vida y una muerte santa y preciosa á sus divinos ojos. Amén.

SÚPLICA.

Tutor prudentísimo de Jesús, modelo perfectísimo de santidad, dulcísimo San José, escucha benigno los humildes ruegos, y acepta bondadoso las alabanzas que hoy te ofrecemos; concéde nos la gracia de ser del número de los que amas con predilección y llevas escritos en tu pecho virginal. Arranca de nuestra alma cuanto te desagrade, por más que nos cueste, y planta en nuestro corazón tus virtudes. Haz que vivamos abrasados en amor de Jesús y María y ruega por nosotros, ahora, y siempre, y en la hora de nuestra muerte. No se aparte de nosotros tu dulce mirada y seremos completamente felices en el tiempo y en la eternidad. Amén.

Á LAS HORAS.

Á MAITINES.

V. Abrid, Señor, mis labios.

R. Y mi boca cantará vuestras alabanzas.

V. Venid, Dios mío, en mi auxilio.

R. Apresuraos, Señor, á socorrerme.

Gloria etc.

Himno.

Yo te saludo, padre nutricio, yo te saludo, guardián de mi Salvador, amable San José.

Yo te saludo, esposo de la Madre de Dios; yo te saludo, admirable San José.

Ant. ¡Yo soy José! acercaos á mi sin temor: para vuestra salud me ha enviado el Señor.

℣. Venerable y digno de todo amor es el glorioso San José.

℞. En cuyos brazos reposó el Salvador del mundo.

℣. Escuchad, Señor, mi oración.

℞. Y lleguen á Vos mis clamores.

Oración.

Haced, Dios mío, que mi corazón aborrezca todo pecado, para que, viviendo santamente, merezca la gracia de una dichosa muerte. Estas gracias os pido por la intercesión de San José, y por los méritos de la sangre preciosa de Jesús, vuestro Hijo, que con Vos y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

Á LAUDES.

℣. Venid, etc., *como al principio.*

Himno.

¡Cuántas delicias encontraste, oh venturoso José, al lado de la cuna de Jesús niño! ¡Qué gozosos fueron para ti los días y los años empleados en alimentarlo y cuidarlo!

Ant. Yo soy etc., *como á Maitines hasta la Oración inclusive.*

Á PRIMA.

V. Venid, etc.

Himno.

¡Qué augustos y santos fueron los cargos, que se te encomendaron, oh José! Fuiste tutor y custodio del Hijo de Dios. No perdías de vista á Jesús, á quien cuando niño lo conducías en tus brazos, le prodigabas mil caricias, y Jesús te correspondía con amable ternura. ¡Qué felicidad latuya!

Ant. Yo soy etc.

Á TERCIA.

V. Venid, etc.

Himno.

Tener á Jesús en tu casa, trabajar con él y poseerle enteramente, ¡qué dicha mayor! Conversar y comer con Jesús y María, ¡qué mayor delicia!

Ant. Yo soy etc.

Á SEXTA.

V. Venid, etc.

Himno.

En los transportes de una santa alegría, tú ¡oh José! ya venerabas á Jesús como á tu Dios, ya le acariciabas como á tu hijo, ya le adorabas como á tu Señor, ya le amabas como á tu celestial pupilo.

Ant. Yo soy etc.

Á NONA.

V. Venid, etc.

Himno.

¡Oh José, luz esplendorosa que anuncias la nueva alianza! El hijo que guardas en silencio es un depósito sagrado que Dios te ha confiado. El cargo y ministerio que tú ejerces es superior al de los ángeles. ¡Mayor honor solo el de María!

Ant. Yo soy etc.

Á VÍSPERAS.

V. Venid, etc.

Himno.

¡Oh José, lirio de pureza, digno del cariñoso y tierno amor de Jesús y María! Ningún mortal ha recibido del cielo prerrogativas tan gloriosas como las tuyas. ¡Oh qué dignidad!

Ant. Yo soy etc.

Á COMPLETAS.

V. Convertidnos, oh Dios nuestro Salvador.

R. Y apartad de nosotros vuestra ira.

V. Venid, etc.

Himno.

¡Qué feliz y venturoso es el hombre que tiene la dicha de vivir bajo tu guarda, ¡oh glorioso Patriarca! Qué afortunado el que merece llamarse tu siervo, el que puede invocarte como á su patrono, vivir y morir bajo tu guarda y amparo. Bendíceme, acógeme, y dispénsame tu poderosa protección.

Ant. Yo soy etc.

INVOCACION Á JESÚS.

Por los ruegos y méritos de María, vuestra Madre, y por los de San José, á quien honraстеis con el dulce nombre de padre, perdonadnos ¡oh divino Jesús! socorrednos en toda necesidad y haced que podamos veros eternamente en la patria celestial. Amén.

V. Ruega por nosotros, gloriosísimo José, protector y padre nuestro.

R. Para que seamos dignos de alcanzar las promesas de Cristo.

ORACIÓN.

¡Oh celestial José! por el Corazón de Jesús y el de María, por tu mismo Corazón, te ruego que tomes un especial cuidado por la santificación de mi alma. Te pido que tu mismo seas mi director, mi guía, mi padre y modelo en la vida espiritual, en el camino de la perfección; para que, imitando tus virtudes, obtenga mi felicidad eterna. Amén.

ORACIÓN EFICAZ Á SAN JOSÉ.

¡Oh San José! padre y protector de las vírgenes, guarda fidelísimo á quien Dios confió á Jesús, la misma inocencia, y á María la Virgen de las vírgenes. Yo te pido y ruego por Jesús y María, por este doble depósito que te fué tan querido,agas que, preservado de toda mancha, puro de corazón y casto de cuerpo, sirva constantemente á Jesús y á María en perfecta castidad. Amén.

Aprobada por Pío VII 1802.

HIMNOS Y SALMOS EN HONOR DE SAN JOSÉ.

HIMNO.

Celebren, José, tu nombre
Los santos del paraíso,
Y te colmen de alabanzas
Los seguidores de Cristo,
A ti que sin par en méritos
Y en todas virtudes rico,
Con la Virgen santa y pura
Dios te unió con casto vínculo.

Tristeza y duda te tienen
El corazón oprimido
Al ver en cinta á tu esposa:
No temas; es don divino;
Escucha al ángel del cielo,
Que te dice que ese niño
Solo es fruto de su vientre
Que hizo fecundo el Altísimo.

Entre tus brazos estrechas
Al mismo Dios que ha nacido,
Y de Egipto á las regiones
Le conduces fugitivo;
En Jerusalén lo buscas,
Cuando lo lloras perdido,
Y lo hallas, así mezclando
Los gozos con los gemidos.

Sólo detrás de la muerte
Halla el hombre el paraíso,
Donde alcanza eterna gloria
El que vivió de ella digno.

Tú ya en vida eras dichoso;
 Pues cual los ángeles mismos
 Gozabas del mismo Dios
 Por un especial prodigio.

Oh Trinidad inefable,
 Escucha nuestros gemidos,
 Y de José por los méritos
 Llévanos al paraíso;
 Para que allí de alabanza
 Entonemos gratos himnos
 Á tu bondad infinita
 Por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. José, esposo de María.

SALMO XCIX.

Cantad, oh moradores de la tierra toda,
 cantad con júbilo las alabanzas de Dios: *
 servid al Señor con alegría.

Venid llenos de alborozo, * á presentaros
 ante su acatamiento.

Sabed que el Señor (*Jehovah*) es el único
 Dios: * él es el que nos hizo, y no nosotros
 á nosotros mismos; pueblo suyo somos, rebaño
 de sus dehesas.

Entrad por sus puertas cantando alabanzas;
 entrad en sus atrios entonando himnos, * tri-
 butadle acciones de gracias, bendecid su nombre.

Porque lleno de bondad es el Señor: *
 eterna su misericordia; y su verdad resplan-
 decerá de generación en generación.

Gloria al Padre, al Hijo, y al Espíritu Santo.

Como al principio, también ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. José, esposo de María, de la cual nació Jesús, que se llama Cristo.

Ant. José era de la casa de David.

SALMO XLVI.

¡Oh naciones todas! dad palmadas, aplaudid: * haced fiesta á Dios con voces de júbilo.

Porque excelso es el Señor y terrible, * Rey grande sobre toda la tierra.

Él nos sometió los pueblos, * y puso á nuestros pies las naciones.

Escogió para nosotros su heredad; * la hermosura de Jacob, en que se agradó.

Subió Dios entre *voces* de júbilo, * y el Señor al son de clarines.

Cantad, cantad salmos á nuestro Dios; * cantad, cantad salmos á nuestro Rey.

Porque Dios es Rey de toda la tierra: * cantadle salmos con maestría.

Dios reina sobre las naciones; * asentado está Dios sobre su santo solio.

Los príncipes de los pueblos se congregaron con el Dios de Abrahán: * porque es el Dios protector de la tierra, y en gran manera ha sido ensalzado.

Gloria etc.

Ant. José era de la casa de David, y María el nombre de la Virgen.

Ant. José, su esposo.

SALMO CXXVIII.

Muchas veces me combatieron desde mi juventud *mis enemigos*; * dígalo ahora Israel.

Muchas veces me combatieron desde mi juventud *mis enemigos*: * pero no han podido conmigo.

Sobre mis espaldas descargaron rudos golpes los pecadores: * por largo tiempo me hicieron sentir sus injusticias.

El Señor, *empero*, que es justo, ha cortado la cabeza á los pecadores: * confundidos sean y puestos en fuga todos los que aborrecen á Sión.

Sean como yerba de tejados, * que se seca antes de ser arrancada.

De la que nunca llenó su puño el segador, * ni sus brazos el que recoje los manojos.

Y no dijeron los que pasaban: la bendición del Señor sobre vosotros: * os bendecimos en el nombre del Señor.

Gloria etc.

Ant. José, su esposo, como era justo, no quería acusarla.

Ant. José, hijo de David.

SALMO LXXX.

Haced fiesta á Dios protector nuestro: * celebrad con júbilo al Dios de Jacob.

Entonad salmos, tocad el pandero, * el armonioso salterio, junto con la cítara.

Tocad las trompetas en la Neomenia, * en el gran día de vuestra solemnidad.

Pues es un precepto dado á Israel, * y un rito instituído por el Dios de Jacob.

Impúsole *para que sirviese* de memoria á los descendientes de José, al salir de la tierra de Egipto, * cuando oyeron una lengua que no entendían:

Y apartaron de la carga sns hombros*; y sus manos acostumbradas á llevar la espuerta.

En la tribulación (*dice el Señor*), me invo- caste, y te libré: te oí en la oscuridad de la tormenta; * hice prueba de ti junto á las aguas de la contradicción.

Escucha, pueblo mío; * y yo pondré en frente de ti mis testimonios, si me oyes, oh Israel.

No ha de haber en medio de ti dioses nuevos: * ni adorarás dioses ajenos.

Porque yo soy el Señor Dios tuyo, * que te saqué de la tierra de Egipto.

Pero mi pueblo no quiso escuchar mi voz: * los hijos de Israel no me hicieron caso.

Y yo los dejé ir en pos de los deseos de su corazón, * y seguir sus devaneos.

Si me hubiera oído mi pueblo; * si Israel hubiera andado en mis caminos:

De balde hubiera ya abatido sus enemigos: * y hubiera cargado mi mano sobre los que le humillaban.

Los enemigos del Señor le mintieron; * y el tiempo de ellos (*de su castigo ó rebeldía*) por los siglos.

Y él les dió de comer con abundancia de trigo; * y de la dura piedra hizo salir miel hasta saciarlos.

Gloria etc.

Ant. José, hijo de * David, no temas conservar á María por esposa.

Ant. José, levantándose.

SALMO LXXXVI.

Fundada está *Jerusalén* sobre los montes santos: * ama el Señor las puertas de Sión, más que todos los tabernáculos de Jacob.

Grandes glorias se han dicho de ti * ¡oh ciudad de Dios!

Haré memoria de Rahab y de Babilonia, * gentes que tienen noticia de mí.

He aquí que los filisteos, los de Tiro, y el pueblo de los etíopes, * todos esos allí estarán.

¿No se dirá entonces de Sión: * hombres y *más* hombres han nacido en ella, y el mismo Altísimo es quien la ha fundado?

El Señor en las escrituras de los pueblos y de los príncipes * dirá de aquellos que han estado en ella.

Llenos de gozo están, *oh Sión*, * todos cuantos en ti habitan.

Gloria etc.

Ant. José, levantándose, hizo cuanto en sueños le mandó el ángel.

HIMNO.

Los que viven de Dios lejos,
Para hallar á Dios propicio,

De José invoquen el nombre
Y humildes pidan su auxilio.

Quien de José el nombre invoca
Siempre de Dios es oído;
Que siempre al nombre de un padre
Respetar sabe un buen hijo.

De su mano á sus devotos
Fluyen de gracias los ríos,
Y ofrece á todos victoria
En el último suspiro.

Pues sabrá bien enseñarles
Á morir como él lo hizo,
En los brazos de María
Y en los de Jesús su hijo.

Nadie en poder lo aventaja;
Pues el mismo cielo ha visto
Que á su querer y mandatos
Hasta Dios le fué sumiso.

Nadie cual él justo y santo,
Nadie cual él escogido
Para esposo de María,
Guarda y padre del Altísimo.

V. Sea el nombre de San José bendito.

R. Ahora y siempre y por todos los siglos.

ORACIÓN.

¡Oh Dios, que siendo admirable en tus santos, lo eres mucho más en San José, á quien hiciste dispensador de los dones celestiales en tu pueblo! te suplicamos nos concedas que, venerando devotamente su glorioso nombre, por sus méritos y ruegos podamos llegar al puerto

de la salvación eterna. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

RESPONSORIO EN HONOR DE SAN JOSÉ.

Quien quiere vivir santamente y terminar gozoso la carrera de su vida, pida con instancia el socorro de San José.

Este versículo debe repetirse al fin de cada una de las estrofas siguientes.

Esposo de la Virgen purísima, padre putativo del Verbo hecho carne, justo, fiel y sin tacha, obtiene siempre lo que pide al Señor.

Quien quiere vivir, etc.

Adora al infante reclinado sobre la paja; lo consuela en su destierro; lo busca con ansiedad, y lo encuentra lleno de gozo.

Quien quiere vivir, etc.

El Creador del mundo se alimenta del trabajo de José; el Hijo del Altísimo se somete á su voluntad.

Quien quiere vivir, etc.

Cerca de su lecho, ve á Jesús con su santa Madre, y, lleno de alegría, duerme dulcemente entre sus brazos el sueño de la muerte.

Quien quiere vivir, etc.

Gloria etc.

Quien quiere vivir, etc.

Gánase indulgencia de un año, aplicable á las almas del purgatorio, cada vez que se reza devotamente el responsorio anterior.

SALUTACIÓN Á SAN JOSÉ.

Bendito sea el Padre eterno que os eligió.

Bendito sea el Hijo que os amó.

Bendito sea el Espíritu Santo que os santificó.

Bendita sea María, que os amó como á esposo.

Bendito sea el ángel que os custodió.

Benditos sean eternamente aquellos que os bendicen y os aman.

ANTÍFONA Á SAN JOSÉ.

He aquí el siervo prudente y fiel á quien el Señor puso al cuidado de su familia.

V. El Señor te ha constituido dueño de su casa.

R. Y tesorero de todos sus bienes.

Oración.

¡Oh Dios! que por una providencia inefable, os habéis dignado elegir al bienaventurado José para esposo de vuestra santísima Madre, concedednos tener por intercesor en el cielo á aquel que veneramos en la tierra, como á nuestro protector. Vos que vivís y reináis en los siglos de los siglos. Amén.



FIESTAS EN HONOR DE SAN JOSÉ.

Á los devotos del santo.

Para que celebréis con fervor las siguientes festividades, y seáis más cuidadosos en honrar cuotidianamente al santo Patriarca, oid y meditaad muy á menudo las palabras que la venerable sierva de Dios Maria de Jesús de Agreda, en su *Mística Ciudad de Dios*, part. 2.^a, lib. 5.^o, cap. 16, dice que la Virgen santísima le dirigió respecto de San José: «Hija mía, le dijo, aunque has escrito que mi esposo José es nobilísimo entre todos los santos y príncipes de la celestial Jerusalén; pero ni tú puedes ahora manifestar su santidad eminente, ni los mortales pueden conocerla antes de llegar á la vista de la Divinidad, donde con admiración y alabanza del mismo Señor, se harán capaces de este alto conocimiento; y el día último, cuando sean juzgados todos los hombres, llorarán amargamente los infelices condenados, el no haber conocido, por sus pecados, este medio tan poderoso y eficaz para su salvación, ni haberse valido de él como pudieran para granjearse la amistad del justo Juez. Todos los del mundo han ignorado mucho los privilegios y prerrogativas que el Altísimo concedió á mi santo esposo José, y cuánto puede su intercesión con su Majestad y conmigo; porque te aseguro, carísima, que en presencia de la divina Justicia, es uno de los grandes privados para detenerla contra los pecadores. Quiero pues, que seas muy agradecida á la dignación del Señor y al favor que en esto hago contigo; y que en adelante, en lo restante de tu vida, procures adelantarte en la devoción y cordial afecto de mi santo esposo, y bendecir al Señor porque tan liberal le favoreció, y por el gozo que yo tuve de conocerlo. En todas tus necesidades te has de valer de su intercesión, y procura traerle muchos devotos; pues lo que pide mi esposo en el cielo concede el Altísimo en la tierra, y á sus peticiones y palabras tiene vinculados grandes y extraordinarios favores para los hombres, si ellos no se hacen indignos de recibirlos.»

PARA EL 19 DE CADA MES.

ORACIÓN.

Dichosísimo Patriarca Señor San José, que practicando fielmente todas las virtudes, y conformándose en todo con el beneplácito divino, conseguiste muerte feliz y dichosa en los brazos de Jesús y de María; alcánzame una perfecta contrición de mis culpas y una sumisión tan ajustada á los decretos del Señor, que sea mi único deseo cumplir en todo su santísima voluntad; y de esta manera mi alma, libre en la muerte de las angustias que en aquella hora causan los pecados cometidos, pueda resistir las asechanzas del común enemigo, y llegar contigo á las eternas moradas de la gloria. Amén.

PRIMERA DICHA DE SAN JOSÉ.

Tener á Jesús por hijo.

¡Oh José dichoso! bendigo al Eterno Padre porque entre todos los hombres te escogió para padre putativo de su unigénito Hijo. Por esta dicha te pido me alcances la merced de no perder por el pecado mortal la amistad y gracia de un Señor Jesúcristo-

Padre nuestro, etc. Y después del *Avemaría* se dice:

Gloria á Jesús, María y José.

Y se responde:

Y á Joaquín y Ana, á quienes encomiendo mi cuerpo y mi alma.

SEGUNDA DICHA.

La muerte de Herodes.

¡Oh José pacientísimo! alabo á la santísima Trinidad, que con un ángel te dió aviso de la muerte de Herodes, cruel perseguidor de tu hijo Jesús. Por esta dicha te pido me alcances la muerte de todos mis vicios y afirmes en mi pecho el reinado de la caridad.

Padre nuestro, etc.

TERCERA DICHA.

Tener por esposa á la Madre de Dios.

¡Oh José purísimo! adoro y glorifico á la santísima Trinidad por haberte dado por esposa á la que tenía escogida para Madre del Verbo encarnado. Por esta dicha te pido me hagas humilde esclavo de Jesús y tierno hijo de María.

Padre nuestro, etc.

CUARTA DICHA.

Su admirable silencio.

¡O José dichosísimo! doy infinitas gracias á la santísima Trinidad por haberte concedido la perfecta guarda del silencio entre crecidos gozos y acerbos dolores. Por esta virtud te pido me alcances la gracia de refrenar mi lengua en lo próspero y en lo adverso, para no ofender á Dios en mis palabras.

Padre nuestro, etc.

QUINTA DICHA.

Haber sido por 30 años fiel ministro de Jesús y de María.

¡Oh José fidelísimo! adoro y bendigo á la santísima Trinidad por haberte elegido para que, con tus sudores, trabajos, fatigas y desvelos, cuidases de Jesús y María, proporcionándoles el vestido y sustento. Por esta dicha te pido me alcances la gracia de servir á mi Redentor y á su Madre en todo lo que fuere de su agrado.

Padre nuestro, etc.

SEXTA DICHA.

La ciencia de la divina contemplación.

¡Oh José santísimo! glorifico á la santísima Trinidad por haberte elevado á la altísima contemplación de los misterios de la Sabiduría Increada. Por esta dicha te pido me alcances el don de la oración, y me hagas celoso por la gloria de Dios y el bien de las almas.

Padre nuestro, etc.

SÉPTIMA DICHA.

Su muerte en los brazos de Jesús y de María.

¡Oh José felicísimo! bendigo y alabo á la santísima Trinidad que te concedió la singularísima gracia de exhalar tu último aliento en brazos de Jesús y María. Por esta felicidad te pido me hagas diligente, perseverante y fiel en servir á Jesús, á María y á ti, José mío. Amén.

¡Oh José santísimo! por todos estos privilegios, que tan dichoso te hicieron en esta vida, te suplico, que quieras atender á nuestras miserias y desdichas no sólo espirituales pero también temporales: aparta de nosotros los castigos del cielo, defiéndonos de sus inclemencias, disipa las tormentas, sujeta los rayos contén los terremotos, alcánzanos buen tiempo, para que se logren los frutos de la tierra, y favorécenos, santo mío, en toda necesidad. Amén.

Aquí se levanta el corazón pidiendo al santo el remedio de aquella necesidad ó aflicción que más nos apremia, y luego se dice la siguiente

Oración.

¡Excelso Patriarca San José, esposo dignísimo de María, y dichosísimo padre putativo de Jesús, constituído por tan relevantes títulos superior á todos los santos! sea infinitas veces alabada, bendecida y glorificada la Trinidad beatísima que te elevó á tan sublime dignidad y te constituyó patrono de la Iglesia para universal consuelo de nuestras aflicciones, socorro de nuestras necesidades, y alivio de nuestros males; para que fueses amparo de los atribulados, consuelo de los pobres, refugio de los pecadores, auxilio de los agonizantes y esperanza de todos los cristianos. Y pues en ti, oh amable protector mío, se hallan en grado eminente las perfecciones de todos los santos, á ti recurro con humilde confianza, y rendidamente te suplico que me ampares y asistas en todas las necesidades. No me niegues esta gracia, amoroso padre y protector mío, asísteme bonda-

doso ahora y en la hora de mi muerte. Desde ahora imploro tu auxilio y tu favor para aquel crítico momento de que depende la eternidad. No me dejes en tanto peligro; no me desampares en tan horrible trance; y en separándose mi alma del cuerpo, pónla benigno en los brazos de mi Redentor Jesús. No permitas, oh santo mío, que muera sin recibir á tiempo y con fervor los últimos sacramentos: y si en castigo de mi tibieza en frecuentarlos ahora, quisiese Dios privarme de tan grande beneficio, alcánzame á lo menos que muera haciendo fervorosos actos de caridad y contrición. Haz que termine mi vida diciendo: Oh buen Jesús, recíbeme: dulce Madre mía, ampárame: oh mi Señor San José, defiéndeme. Jesús, José y María, asistidme en la última agonía: Jesús, José y María en vuestros brazos espire el alma mía. Amén.

EJERCICIO PARA POR LA TARDE

Rosario á San José para implorar su protección en favor de la Iglesia universal.

V. ¡Dios mío, venid en mi auxilio!

R. ¡Apresuraos, Señor, á socorrerme!
Gloria etc.

ORACIÓN.

¡Oh beatísima Trinidad! os adoro, os amo, os alabo y os bendigo con todo mi corazón, porque habéis escogido á San José para esposo de la Virgen inmaculada, padre nutricio de Jesús y custodio fiel de María. Por los méritos

é intercesión de este gran santo, protegéd á la santa Iglesia y haced resplandecer en sus ministros las virtudes propias de su sublime vocación, santificad á los religiosos y preservad á la juventud y á todo el pueblo cristiano del contagio del vicio.

Se reza tres veces el *Gloria Patri*.

PRIMERA DECENA.

Padre nuestro, etc., y diez veces la siguiente jaculatoria:

Glorioso San José, á quien la Beatísima Trinidad confió á la Virgen inmaculada, — Ruega por la santa Iglesia.

Al fin de cada decena se dice: Bendita sea la adorable Trinidad que eligió á San José para jefe de la santa familia, tesorero de sus bienes y dispensador de sus gracias.

SEGUNDA DECENA.

Padre nuestro, etc., y diez veces la siguiente jaculatoria:

San José, apoyo y sostén de María, y consuelo de aquella que es el refugio de afligidos, — Protege al Soberano Pontífice.

TERCERA DECENA.

Padre nuestro, etc., y diez veces la siguiente jaculatoria:

San José, ángel tutelar del Verbo encarnado y custodio fiel de la virginidad de María. — Ruega por el clero.

CUARTA DECENA.

Padre nuestro, etc., y diez veces la siguiente jaculatoria:

San José, primer adorador del Verbo encarnado en el inmaculado seno de María, Tabernáculo vivo del Dios humanado, — Intercede por los religiosos y vírgenes consagradas al Señor.

QUINTA DECENA.

Padre nuestro, etc., y diez veces la siguiente jaculatoria:

San José, amigo y modelo de las almas interiores, protector de las vírgenes y defensor de la inocencia, — Ruega por la juventud y por todo el pueblo cristiano.

Padre nuestro, Ave María y Gloria.

R. Ruega por nosotros, oh bienaventurado San José.

Para que seamos dignos de las promesas de nuestro Señor Jesucristo.

ORACIÓN.

Castísimo José, esposo de María, me gozo de verte elevado á tan sublime dignidad, y adornado de tan heroicas virtudes. Por los dulcísimos ósculos y estrechísimos abrazos que diste al divino Jesús, te suplico me admitas en el número de tus siervos. Protege á las vírgenes, y alcánzanos á todos la graciade conservar la pureza de cuerpo y alma. Amparad á los pobres y á los afligidos, por la pobreza y amargas angustias que padeciste en compañía de Jesús y de María, en Belén, Egipto y Nazaret; y haz que, sufriendo con paciencia nuestros trabajos, me-

rezcamos el eterno descanso. Sé protector de los padres y esposos, para que vivan en paz, y eduquen en el temor de Dios á sus hijos. Dá á los sacerdotes las virtudes que corresponden á su estado, para tratar dignamente el cuerpo de Jesús sacramentado. Á los que viven en comunidad, inspírales amor á la observancia religiosa. Á los moribundos asístelos en aquel trance supremo, pues tuviste la dicha de morir en los brazos de Jesús y de María. Tiende tu mano protectora á toda la Iglesia, pues has sido declarado, por el Vicario de Cristo, patrono de la Iglesia universal. Y pues libraste al Hijo de Dios del furor de Herodes, libra á la Iglesia, esposa suya, del furor de los impíos, y alcanza que se abrevien los días malos, y venga la serenidad y la paz. Así sea.

Santísimo José, virginal esposo de la Madre de Dios y fidelísimo protector de todos devotos, te suplico me mirés con ojos compasivos y me recibás en el número de tus fieles esclavos. Alcánzame la gracia de que mis acciones, palabras y pensamientos sean conformes á la voluntad divina. Yo quiero honrarte, servirte y amarte en toda mi vida, para que, mediante tu protección, consiga una dichosa muerte, después de la cual goce de tu compañía en la gloria. Amén.

Otra manera de rezar el rosario en honor de San José.

PRIMER DECENARIO.

Os suplico, castísimo José, os dignéis acompañarme ahora y en el tiempo de mi agonía,

y con Jesús y María asistirme en aquel tremendo instant. Amén.

1º Por vuestro santo nacimiento,—*Acordaos de mí ¡oh castísimo José! en la hora de mi muerte.*

2º Por el voto de perpetua castidad que hicisteis á Dios,—*Acordaos etc.*

3º Por la santa vida que llevasteis todo el tiempo de vuestra juventud,—*Acordaos etc.*

4º Por la elección que de Vos hizo el mismo Dios para esposo de la Virgen María, — *Acor-daos etc.*

5º Por el colmo de virtudes y gracias que recibisteis del Altísimo para haceros digno esposo de la santísima Virgen,—*Acordaos etc.*

6º Por aquel felicísimo día de vuestro desposorio con la Virgen,—*Acordaos etc.*

7º Por el gozo con que acompañasteis á vuestra esposa María yendo del templo de Jerusalén á la casa de Nazaret,—*Acordaos etc.*

8º Por el gozo y gran consuelo que os causaba el ver aquella prudencia, humildad, pureza y demás virtudes de vuestra amada esposa,—*Acordaos etc.*

9º Por la pena que os causó la ausencia de vuestra castísima esposa en el tiempo que permaneció asistiendo á su prima santa Isabel,—*Acordaos etc.*

10º Por el gozo y alegría que tuvisteis al ver ya en vuestra casa á vuestra esposa María, después de la visita de santa Isabel, — *Acor-daos etc.*

Salve, José, varón justo, con vos está el Señor, y sois el más dichoso de los hombres por haber alimentado, conducido y guardado á la Virgen María y al fruto celestial de su vientre, Jesús.

San José, esposo virginal de la Madre de Dios, y llamado padre de Jesús, rogad por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.

SEGUNDO DECENARIO.

Os suplico etc., *como en el primer decenario.*

1º Por el gozo y alegría con que os ocupabais en vuestro oficio de carpintero para sustentar á la Reina del cielo,—*Acordaos de mí ¡oh castísimo José! en la hora de mi muerte.*

2º Por la turbación que os causó el ver en cinta á vuestra purísima esposa,—*Acordaos* etc.

3º Por el gozo que tuvisteis cuando el ángel os reveló el misterio de la Encarnación,—*Acordaos* etc.

4º Por aquella aflicción y tristeza que tuvisteis por la orden de César Augusto que os obligó á emprender el camino de Belén—*Acordaos* etc.

5º Por aquella prontitud con que emprendisteis el viaje de Nazaret á Belén con vuestra esposa María, para dar cumplimiento al edicto del emperador,—*Acordaos* etc.

6º Por las penalidades y molestias que padecisteis en este viaje, siendo despedido de las posadas, donde quizás os miraban como á gente vil y despreciable,—*Acordaos* etc.

7º Por el dolor y amargura que padecisteis en la ciudad de Belén, cuando, siendo ya de noche, y en el rigor del invierno, la hubisteis de dejar con vuestra amada esposa, — *Acordaos* etc.

8º Por el consuelo que tuvisteis al ver que estaba desocupada y sola la cueva ó portal de Belén, — *Acordaos* etc.

9º Por el gozo y alegría que sentisteis al ver ya nacido al Niño Dios en los brazos de la Madre Virgen, — *Acordaos* etc.

10º Por el dolor que tuvisteis viendo al Niño Dios recién nacido en tanta desnudez y pobreza, — *Acordaos* etc.

Salve, José, etc., *como en el primer decenario.*

TERCER DECENARIO.

Os suplico etc.

1º Por el gozo y alegría que recibisteis al ver que los pastores vinieron al portal de Belén á conocer y adorar al Niño Dios, — *Acordaos de mí ¡oh castísimo José! en la hora de mi muerte.*

2º Por el dolor que tuvisteis en la circuncisión del Niño, — *Acordaos* etc.

3º Por el gozo y alegría que tuvisteis al saber que el Niño debía llamarse Jesús, que significa Salvador, — *Acordaos* etc.

4º Por el gozo y alegría que sentisteis al ver entrar en el portal á los tres santos Reyes para adorar al Niño Dios y ofrecerle dones, — *Acordaos* etc.

5º Por los misterios que se obraron en el portal santo de Belén en los días que en él permanecisteis,—*Acordaos* etc.

6º Por aquella jornada que hicisteis á Jerusalén con vuestra esposa María y el divino Infante, para cumplir con la ley de la purificación y presentación del Niño Dios en el templo,—*Acordaos* etc.

7º Por el gran gozo que tuvisteis cuando con vuestra amada esposa presentasteis al Niño Dios en el templo,—*Acordaos* etc.

8º Por el dolor que sentisteis al oír profetizar á Simeón los trabajos del Hijo y el cuchillo de dolor que había de atravesar el corazón de la Madre,—*Acordaos* etc.

9º Por el gozo y alegría que tuvisteis al oír de Simeón que aquel Niño sería el remedio, salud y resurrección de muchos,—*Acordaos* etc.

10º Por aquellos días que estuvisteis en Jerusalén con vuestra esposa María y el Niño Dios,—*Acordaos* etc.

Salve, José, etc.

CUARTO DECENARIO.

Os suplico etc.

1º Por aquella aflicción y pena con que os levantasteis del sueño, cuando el ángel os dijo que huyeseis con el Niño y su Madre á Egipto, porque Herodes buscaría al Niño para quitarle la vida,—*Acordaos de mí ¡oh castísimo José! en la hora de mi muerte.*

2º Por aquel compasivo dolor que atravesó vuestra alma al partir tan aprisa con vuestra

santa familia para Egipto, encubiertos por el silencio y oscuridad de la noche,—*Acordaos* etc.

3º Por los trabajos que padecisteis cuando entrasteis con el Niño Dios y su santísima Madre en aquellos desiertos arenosos y despoblados,—*Acordaos* etc.

4º Por el gozo y alegría que tuvisteis cuando al entrar el Niños Dios y su santísima Madre en Egipto cayeron los ídolos y los altares del paganismo,—*Acordaos* etc.

5º Por el dolor que padecisteis al saber la crueldad que Herodes usó matando á los niños inocentes de Belén y toda su comarca,—*Acordaos* etc.

6º Por aquella extremada pobreza que tuvisteis en Egipto después que tomasteis asiento en la ciudad de Heliópolis,—*Acordaos* etc.

7º Por el gozo y gran consuelo que sentíais cuando tomabais en vuestros brazos al Niño Dios, para alivio de vuestros trabajos y cansancio,—*Acordaos* etc.

8º Por el gozo y alegría que tuvisteis al oír las primeras palabras que pronunció el Niño Dios,—*Acordaos* etc.

9º Por el gozo y alegría que os causaba el Niño Dios al verle andar en pie por sí mismo,—*Acordaos* etc.

10º Por el gran gozo que os causaba el mirar la rara hermosura del Niño Jesús,—*Acordaos* etc.

Salve, José, etc.

QUINTO DECENARIO.

Os suplico etc.

1º Por el gozo y alegría que sentisteis al ordenaros el ángel que con Jesús y María regresaseis de Egipto para la tierra de Israel,—*Acordaos de mí ¡oh castísimo José! en la hora de mi muerte.*

2º Por los trabajos que padecisteis en este regreso tan penoso y dilatado, caminando con el Niño Dios y su santísima Madre por desiertos y arenales,—*Acordaos* etc.

3º Por el dolor que tuvisteis al oír que en Judea reinaba Arquelao, hijo de Herodes, perseguidor de Jesús,—*Acordaos* etc.

4º Por el gozo y alegría que tuvisteis al recibir del cielo la orden de habitar en Nazaret con Jesús y María,—*Acordaos* etc.

5º Por el gozo y gran consuelo que tuvisteis viéndoos ya con Jesús y María en vuestra casa de Nazaret,—*Acordaos* etc.

6º Por aquellas peregrinaciones que, por cumplir la ley de Moisés, hacíais de Nazaret á Jerusalén con Jesús y María,—*Acordaos* etc.

7º Por el dolor y amargura que padecisteis cuando en una de estas jornadas tuvisteis tres días perdido al Niño Jesús,—*Acordaos* etc.

8º Por el gozo y alegría que tuvisteis cuando hallasteis al Niño Dios en el templo enseñando á los doctores, y vuelto con Vos á Nazaret, os estaba obediente y sujeto, como si fuese verdadero hijo vuestro,—*Acordaos* etc.

9º Por las enfermedades y dolores que padecisteis en los últimos años de vuestra santa vida,—*Acordaos* etc.

10º Por la preciosa y felicísima muerte que tuvisteis consolado y recreado con la presencia de Jesús y María,—*Acordaos* etc.

Salve, José, etc.

ORACIÓN.

Dulcísimo padre y abogado mío Señor San José, bien conozco que no soy digno de que mis ruegos y peticiones sean oídas y despachadas favorablemente por vuestra purísima esposa y vuestro preciosísimo hijo. Por esto confiado en vuestros poderosísimos merecimientos, y en el gran valimiento que gozáis en el cielo por vuestra altísima dignidad, desde este instante para toda mi vida y para la hora de mi muerte os escojo por mi especialísimo abogado. En vuestras manos pongo, y por ellas ofrezco á Jesús y á María, mi vida y mi muerte, mi cuerpo y mi alma, mis pensamientos, mis palabras, mis obras y todas mis necesidades espirituales y temporales. Amén.

HIMNO.

José, cuando la agonía
De la muerte me llegare:
Tu patrocinio me ampare,
Y el de Jesús y María.

José, cuando adoleciere
De mi *enfermedad mortal*,
Y con dolores el mal
Me angustiare y me afligiere,
Y sufrirlo no pudiere
Con paciencia y alegría:
Tu patrocinio etc.

José, cuando la ocasión
 Me llegare de morir,
 Para poder yo decir
 Mis culpas en *confesión*
 Con eficaz contrición,
 Y llorarlas noche y día:
Tu patrocínio etc.

José, cuando de esta vida
 Se haya mi alma de ausentar,
 Para poder comulgar
 Con la pureza debida,
 Y á Jesús en mi partida
 Llevar por viático y guía:
Tu patrocínio etc.

José, cuando el sacramento
 De la *Extremaunción* reciba,
 Para que con fe muy viva
 Logre su gracia y aliento,
 Y trueque en aquel momento
 El temor por alegría:
Tu patrocínio etc.

José, cuando la sentencia
 Se me intime de la muerte,
 Para que en golpe tan fuerte
 Le diga á Dios con paciencia,
 Hágase por obediencia
Tu voluntad, no la mía:
Tu patrocínio etc.

José, cuando *agonizare*,
 Y mi espíritu turbado,
 Afligido y angustiado
 Quien le consuele no hallare,

Y á ti con fe te invocare,
 Porque en tu bondad confía:
Tu patrocinio etc.

José, cuando esté ya viendo
 El instante de *mi muerte*
 Para que en él feliz suerte
 Consiga, y muera diciendo:
 En tus manos encomiendo,
 Oh Jesús, el alma mía:
Tu patrocinio etc.

José, cuando me llegare
 De *ser juzgado* el momento,
 Y de pecados sin cuento
 El demonio me acusare,
 Para que en Jesús hallare
 Misericordia aquel día:
Tu patrocinio etc.

José, cuando con anhelo
 Tu santo nombre invocare,
 Cuando en el punto me hallare
 De abandonar este suelo,
 Para gozar en el cielo
 De Dios, y tu compañía:
Tu patrocinio etc.

José, cuando la agonía
 De la muerte me llegare:
Tu patrocinio etc.

V. Ruega por nosotros etc.

R. Para que seamos etc.

Poderosísimo protector y amantísimo padre
 mío Señor San José, esposo de María santísima

Madre de Dios y Señora nuestra, custodio y adoptivo padre de Jesús, usad conmigo de misericordia en la tremenda hora y agonía de mi muerte. Y cuando me faltare el espíritu vital, y mi lengua no os pueda invocar; cuando faltare la luz á mis ojos, y perdido el sentido del oído no pueda recibir favor humano: acordaos, padre mío, de las súplicas que ahora presento á los oídos de vuestra compasiva piedad y tiernísima misericordia, y amparadme en aquel último día y momento de mi extrema necesidad, para que á influjo de vuestro patrocinio, muera en el ósculo del Señor, y libre de mis enemigos sea colocado entre los amigos de Dios, á quien en vuestra compañía espero alabar por eternidades en la gloria. Amén.

EJERCICIO PARA ENCOMENDAR AL SANTO PATRIARCA NUESTRA ÚLTIMA HORA.

Glorioso Patriarca Señor San José, patrono de los agonizantes, yo vengo humildemente á encomendaros mi alma y pidiros la protejáis eficazmente en el trance terrible de mi muerte.

Cuando mis pies inmóviles me adviertan que mi carrera en este mundo está ya para acabarse,
Amabilísimo José mío, tened compasión de mí.

Cuando mis manos frías y temblorosas no puedan ya estrechar contra mi corazón la sagrada imagen de mi dulce Redentor,—*Amabilísimo José etc.*

Cuando mis ojos oscurecidos y empañados con la proximidad de la muerte, dejen vagar miradas lánguidas y tristes,—*Amabilísimo José etc.*

Cuando mis labios yertos y halbucientes imploren por última vez la divina misericordia, — *Amabilísimo José* etc.

Cuando mi cara pálida y amoratada cause ya terror y lástima á los circunstantes, y los cabellos de mi cabeza bañados del sudor de la muerte anuncien que está cerca mi fin, — *Amabilísimo José* etc.

Cuando mi corazón débil y oprimido del dolor de la enfermedad, esté sobrecogido del horror de la muerte y turbado con la imagen de la espantosa eternidad, — *Amabilísimo José* etc.

Cuando mis parientes ó amigos, juntos al rededor de mi lecho, lloren al verme en el último y peligroso trance, — *Amabilísimo José* etc.

En el momento que mi alma deba partir de este mundo, volad en mi socorro, amantísimo José, tierno patrono de los agonizantes, tomad en vuestras manos mi alma, y, en compañía de María santísima, vuestra esposa, presentadla á Jesús, mi soberano Juez, de quien, por vuestro valimiento, alcance misericordia y perdón. Amén.

Oración.

Os ofrezco, castísimo José, estos humildes obsequios, y os suplico, que así como Jesús y María os asistieron en la hora de vuestra muerte, así también tenga yo en aquella hora la dicha de sentirlos junto á mí con tan divina compañía, para que después vaya á gozar de ella eternamente en la gloria. Amén.

FESTA DE SAN JOSÉ 19 DE MARZO.

¡Oh alma mía! no es un hecho ó una virtud particular de la vida de San José la que debe ser el objeto de nuestra contemplación en este gran día. Preciso es reunir en un mismo cuadro todos los rasgos de sus virtudes, todos los destellos de su gloria, y considerar atentamente lo que San José fué en la tierra y lo que ahora es en el cielo.

¿Quién era San José antes de su unión con la santísima Virgen? Un hombre justo. Desde que la luz brilló en su inteligencia; desde que comprendió que estaba sobre la tierra para conocer, amar, servir y alabar á Dios, le consagró su corazón sin reserva. Animado del deseo de agradar al Señor y de corresponder á la gracia, caminó á grandes pasos por la senda de la perfección, mereciendo así ser escogido para esposo de la Virgen, concebida sin pecado; purísima unión que le colocó en la fuente misma de la gracia, dándole autoridad de padre sobre el Verbo de Dios encarnado.

En Nazaret tenía ante sus ojos no sólo los santos ejemplos de la Madre de la divina Sabiduría, mas aun la vida admirable de la Sabiduría encarnada. Tenía el auxilio de las oraciones de María, y el tesoro de las gracias de Jesús. El corazón de José fué un campo bendito, que, fecundado con el rocío celestial, se cubría sin cesar de flores y frutos. Todas las virtudes resplandecían en este santo Patriarca; pero sobre todo la fe, la sencillez, la dulzura,

la humildad, la pureza, la unión con Dios, que le hizo el modelo más cumplido de la vida interior. Aun cuando vivía en la tierra, su corazón estaba en el cielo; su alma era, después de la de María, el santuario donde habitaba el Espíritu Santo con mayor complacencia. Aquella apacible alma que no era turbada por las pasiones, encontraba nuevos motivos de amar á su Dios aun en los objetos exteriores que le rodeaban. ¡Ah! ¡qué pocos imitan este ejemplo! «La tierra se halla desolada, dice el Profeta, porque nadie entra en su corazón.»

¿Qué diremos de su exterior, ya que exterior es el espejo en que el alma se refleja? Si hubiésemos visto á este santo Patriarca, habríamos admirado en él la augusta serenidad de su frente; la modestia de sus miradas; la dulce gravedad de su trato; la noble sencillez de sus maneras y la dignidad de su persona. Todas sus palabras y acciones llevaban el sello de la sabiduría y santidad. Su presencia inspiraba amor á la virtud, y atraía al recogimiento. ¡Qué lejos estamos de semejante modelo!

Mas si una vida santa conduce á una muerte preciosa delante de Dios, ¿cuál sería la de José? Á este gran Santo le estaba reservado un favor excepcional: la dicha de ser asistido en aquel momento supremo por el Hijo de Dios y por su augusta Madre. Contemplémosle tendido en su lecho, más tranquilo aún que Jacob en sus últimos momentos. Su mirada pura y serena, como en un día de gozo, se detiene con amor sobre Jesús y sobre María, quienes ya lo con-

templan en silencio, ya le manifiestan los sentimientos de sus Corazones sagrados. Si algo puede contristar en este momento al justo José, es el tener que dejar en la tierra á Jesús y á María, que deben aun saborear crueles amarguras. El santo Patriarca hubiera deseado estar á su lado para consolarlos y participar de sus dolores; pero se resigna humilde á los decretos divinos; sus labios balbucientes les dirigen el más tierno adiós; después, consolado con la dulce esperanza de volver á reunirse muy pronto con estos dulces objetos de todo su amor, duerme apacible el sueño de los justos en los brazos de Jesús y María.

¿Queremos participar de las dulzuras de la muerte de este justo? Vivamos santamente como él, amando y sirviendo constantemente á Jesús y á María. Entonces estos dulcísimos Corazones serán nuestro refugio en el momento supremo.

José no tuvo semejante sobre la tierra; ¿quién después de María lo iguala en el cielo? Su augusta frente está circundada de la aureola de las vírgenes; su trono es el más cercano al de Jesús y de María, pues José fué recompensado según la perfección de su santidad y la grandeza de sus méritos. Cuanto más se humilló en la tierra, tanto más ha sido elevado en la gloria: cuanto más pequeño fué á sus propios ojos y á los del mundo, tanto más grande es á los ojos de Dios y de sus ángeles. Es el objeto de la complacencia de la santísima Trinidad: del Padre, cuya imagen fué sobre la tierra; del Hijo, cuya humana vida conservó y sustentó

con su trabajo; del Espíritu Santo, cuyas inspiraciones siguió tan fielmente. La augusta Reina del cielo, María, le contempla con singular amor y dulzura. Los ángeles y los santos se regocijan de su triunfo. Así es honrado aquel á quien el Rey de los reyes quiere honrar. Su felicidad iguala á su gloria. Si el ojo del hombre no ha visto jamás, ni su oído ha escuchado, ni su corazón puede comprender lo que el Señor prepara á los que le aman, ¿quién podrá decir lo que Dios reservaba á San José, que le estuvo tan íntimamente unido, y que le dió pruebas tan especiales y tan conmovedoras de su amor? ¡De qué océano de delicias no estará inundado el padre nutricio del Salvador!

Á vista de la gloria, con la que el Todopoderoso ha coronado á San José, y de la felicidad que inunda su alma, ¿quién no se sentirá animado á seguir sus huellas para encontrarse un día cerca de él en la mansión de los escogidos?

Yo me prosterno á vuestros pies, ¡oh glorioso José! humildemente os reverencio y os felicito por el alto grado de gloria á que Dios os ha elevado, y por el torrente de delicias que llena vuestro corazón. Vos estáis ya en la patria, y vuestros hijos gemimos aún en el destierro; Vos estáis en el puerto, y nosotros bogamos todavía en el mar borrascoso de este mundo, expuestos á mil peligros. ¡Ah! no permitáis que naufraguemos. Vos, que salvasteis al divino Infante del furor de Herodes, ¡salvadnos! Sí, ¡libradnos de esos crueles enemigos que han

jurado perdernos! Sed nuestro protector y nuestra guía; conducidnos á donde Vos estáis; allí están también Jesús y María. Yo os suplico, amable San José, que os dignéis ayudarme á conseguir un lugar cerca de Vos en la gloria. Amén.

Señor mío Jesucristo, Dios y hombre verdadero, á cuyo nombre santísimo doblan la rodilla los cielos, la tierra y el infierno; humildemente postrado os adoro y glorifico por vuestras perfecciones infinitas, y porque os dignasteis venir al mundo para rescatarme de la esclavitud del demonio. Y pues quisisteis tener, en cuanto hombre, por padre putativo al santísimo Patriarca Señor San José, en quien resplandecen todas las virtudes de los celestiales espíritus; por sus méritos rendidamente os suplico me concedáis fe viva, esperanza firme, caridad ardiente y adornéis mi alma de todas las demás virtudes que la hagan merecedora del premio eterno. Amén.

Yo os venero, excelentísimo Patriarca Señor San José, esposo dignísimo de la Reina de los ángeles y de los santos, y constituído, por tan elevado título, superior en dignidad á todos ellos. Sea mil veces alabada y glorificada en el cielo y en la tierra la beatísima Trinidad que os sublimó á tan alto grado de dignidad y gloria, y que se dignó poner os en su Iglesia para consuelo de nuestras aflicciones, remedio de nuestros males, socorro de nuestras necesidades, y amparo de todos los cristianos. Á Vos recurro lleno de humildad y confianza, en de-

manda de vuestro amparo para ahora y para la hora de mi muerte. Amén.

HIMNO.

¡Oh santísimo José, singular ornamento del cielo, amparo del mundo! recibe benigno las alabanzas que alegres te tributamos en este día.

El Criador de cielos y tierra te designó para esposo de la castísima Virgen, y quiso que fueses llamado padre del Verbo divino y Ministro de nuestra salud.

Tú contemplaste lleno de gozo á nuestro Dios Redentor anunciado por todos los profetas, y humildemente le adoraste, viéndolo entre animales reclinado en un pesebre.

¡Oh José santísimo! á ti se sujetó el Dios que es Rey de reyes y absoluto Señor del universo; á ti se sujetó Aquel bajo cuyo imperio tiembla la turba infernal, y a ti obedeció el que impera sobre todos los elementos.

Eternas alabanzas sean dadas á la santísima Trinidad que te elevó ¡oh José! á tan sublime gloria; y por tus méritos haz que obtengamos los goces de la eterna bienaventuranza. Amén.

ORACIÓN.

Castísimo José, honra de los más ilustres Patriarcas, varón según el corazón de Dios, cabeza de la más augusta familia, ejecutor de los inefables designios de la Sabiduría y Misericordia infinita, padre putativo de Jesús y esposo dichosísimo de María ¡cuánto me regocijo de veros elevado á tan alta dignidad y adornado de las heroicas virtudes que ella re-

quería! Por aquellos dulces abrazos y suavísimos ósculos que disteis al Niño Dios, os suplico me admitáis desde este punto en el dichoso número de vuestros siervos. Proteged á las vírgenes, oh tutor de la virginidad de María, y alcanzadnos la gracia de conservar sin mancilla la pureza de cuerpo y alma. Apia-
daos de los pobres jornaleros, y afligidos; y por aquella extremada pobreza, por aquellos sudores y congojas que padecisteis por sustentar y salvar al Criador y Salvador del universo, dadnos el alimento corporal, y haced que llevando con paciencia los trabajos de esta vida atesoremus riquezas infinitas para la eternidad. Sed el amparo de los casados, oh Patriarca dichoso, y haced que los padres y madres sean viva imagen de vuestras virtudes, y perfectísimo dechado de piedad para sus hijos. Proteged á los sacerdotes y á los institutos religiosos, y haced que, imitando vuestra vida interior, llenen los cargos de su ministerio con la perfección admirable, con que Vos cumplisteis las obligaciones vuestro. Llenadnos en vida de copiosas bendiciones, y en el trance de la muerte, cuando el infierno haga el último esfuerzo para perdernos, no nos desamparéis, poderoso abogado de los agonizantes; y pues tuvisteis la dicha de morir en los brazos de Jesús y de María, haced que penetrados nosotros de un vivo dolor de nuestros pecados espiremos teniendo en el corazón y en los labios los dulcísimos nombres de Jesús, María y José.

Padre nuestro y Preces pág. ■■.

FIESTA DEL PATROCINIO.

Jueves.

ACTO DE CONTRICIÓN

que se dirá todos los días.

Patriarca santísimo, patrono y abogado mío Señor San José, conozco que con mis abominables culpas mucho he ofendido á Jesús, mi Dios y mi Señor; confieso que he sido ingratisimo á sus beneficios, que no he correspondido á sus llamamientos, y que por mi rebeldía y dureza soy merecedor de eterna pena. Mas no ignoro ser tanta la eficacia de vuestro patrocinio, que podéis conseguirme de vuestro misericordiosísimo Hijo la gracia de su perdón y de mi salvación eterna. Las misericordias de Dios son sin medida, y su Majestad no desprecia al que Vos le presentéis con un corazón verdaderamente contrito. Por tanto, padre mío gloriosísimo, á vuestro patrocinio me acojo; recibid este ingrato corazón mío, que con sincero dolor protesta que quiere morir mil veces, antes que volver á pecar. Amén.

ORACIÓN

para todos los días.

Gloriosísimo Patriarca Señor San José, asilo benigno de afligidos, refugio seguro de desconsolados: llenos nuestros corazones de afecto y de gozo, nos ponemos ante vuestra piadosa presencia, pretendiendo con profunda veneración recrearnos en el candor precioso de

vuestro corazón castísimo. ¡Oh corazón virginal! ¿Quién pudiera hacerse lenguas para publicar vuestras glorias? ¿Quién registrará vuestra grandeza conociendo lo crecido del divino amor en que os abrasasteis? oh corazón prudentísimo y limpiísimo, en que el Criador depositó sus altísimos designios, confiándole los más adorables secretos. ¡Oh corazón dichosísimo en que tantas veces reposó el divino Verbo! Y ¡cuántas recíprocamente unidos en amorosos afectos se estrecharon su Corazón y el vuestro, oh José, confundiendo sus latidos, y haciendo de vuestro pecho la hoguera de su divino amor! ¡Cuántas veces, sin ruido de voces, se hablaron vuestros dos amantes corazones! ¡Corazón amorosísimo! en cuya virginal pureza se recreó la Trinidad beatísima; en cuya fineza acrisolada aseguró su sustento la humanidad de mi Jesús; en cuya rectísima justicia vinculó su más acreditada custodia la Virgen Madre de nuestro Dios; en cuya caritativa piedad tenemos asegurado el más poderoso patrocinio vuestros devotos. José amabilísimo y varón justísimo, esperamos de la rectitud y benignidad de vuestro corazón piadoso, que interpongais vuestros ruegos ante la Majestad divina, para que, purificados nuestros corazones de todo terreno afecto, se entreguen, siguiendo vuestros sagrados vuelos, al amor divino. Para esto, pues, anhela nuestra devoción engolfarse en la corriente de gracias que brotando del de Jesús corre como por canal precioso por vuestro amoroso corazón. Varón castísimo y perfecto

ejemplar de las más heroicas virtudes, espanto del infierno y regocijo del cielo, poderoso es el amor de vuestro corazón con nuestro Dios, para que por vuestra intercesión aplaque la ira de su justicia, que por nuestras culpas merecemos, y nos conceda los auxilios de su gracia, que por vuestra mediación esperamos. ¡Oh José dulce y benigno, llamado padre por Jesús y verdadero esposo de María! humildes y dichosos esclavos os pedimos rendidamente que ofrezcais, ante la Majestad de Dios Trino y Uno, la víctima pura de vuestro corazón en las sagradas aras de los Corazones de Jesús y María, para que, á vista de sacrificio tan agradable, se apiade de nuestra miseria, nos libre de toda culpa y nos conceda su gracia, á fin de que logrando ver á nuestro redentor Jesús en compañía de María y la vuestra, lo alabemos en la gloria. Amén.

ORACIÓN PARA EL JUEVES.

¡Gloriosísimo Señor San José, á quien el Altísimo constituyó patrono de la Militante Iglesia y depositario, de los divinos dones! presentad al Señor nuestras preces, y apoyadlas Vos en favor de la santa Iglesia y de su suprema cabeza el Romano Pontífice: y sea fruto de vuestro patrocinio paz entre los príncipes cristianos: extirpación de las herejías: alivio para las benditas almas del purgatorio, y que salgan de la culpa los miserables que están en ella, para que todos seamos colmados de gracia y de gloria. Amén.

¡Oh amable santo! yo sé cuán indigno soy de vuestra protección, no solamente por mis negligencias en el servicio de Dios, sino también porque en vuestra devoción cedo á la inconstancia, la cual me hace desmerecer vuestros favores.

Pero me anima el que Vos no podéis desear la ofrenda que os hago de mi persona toda. Jesús me ha dado el ejemplo honrándoos y amándoos, y él mismo me mueve con sus divinas inspiraciones á entregarme totalmente y recurrir á Vos en todas mis necesidades espirituales y temporales. Yo quiero ser todo vuestro á fin de que me hagáis digno de Dios y de Vos.

Gloria etc.

Aquí nos tenéis postrados en vuestra gloriosa presencia, ínclito protector nuestro San José, para implorar vuestro poderosísimo patrocinio. Vos, como casto esposo de la Reina del cielo y Madre de Dios, gozáis de gran valimiento en el cielo que se os concedió para emplearlo en provecho nuestro. Dirigid, pues, oh gran santo, una mirada amorosa sobre nosotros, miserables hijos de Eva, y salvadnos por la misericordia del divino Redentor que tomó carne en el purísimo seno de vuestra virginal esposa. Si nosotros nos cobijamos bajo el manto de esta Señora y Madre nuestra, ¿cómo podremos dudar de la eficacia de vuestro patrocinio? Llenos de confianza en vuestra poderosa intercesión, os pedimos, oh glorioso Patriarca, nos alcancéis aquellas virtudes que tan caras fueron á María

y tan necesarias son para nuestra salvación eterna, á saber: la humildad, la pureza y la obediencia. ¡Ah! alcanzádnoslas del dador de todo bien, mediante la intercesión de vuestra esposa, y haced que enriquecidos principalmente con ellas, podamos espirar dulcemente en los brazos de Jesús y María y alabarlos después en vuestra compañía en el cielo por toda una eternidad. Amén.

OFRECIMIENTO.

Omnipotente Dios, que os dignasteis hacer al glorioso San José, jefe y señor de vuestra sagrada casa y guardián de vuestro rebaño, y le disteis muy preeminente asiento en la gloria, después de aventajarlo á todos los santos en dignidad y gracia; por sus méritos os suplico me concedáis el efecto de su patrocinio, para merecer estar en su compañía, alabándoos por eternidades en la gloria. Amén.

Padre nuestro, etc.

PRECES.

San José, el más eminente de los Patriarcas,
— Rogad por nosotros.

San José, dotado de inefables bendiciones¹,
San José, elegido entre todos los hombres para
esposo de María,

San José, varón justísimo, que sacrificasteis
vuestras dudas y anxiedades á la buena fama
de vuestra esposa,

San José, á quien sirvió la Reina del cielo,

¹ Rogad por nosotros.

San José, compañero inseparable de la biena-
 venturada Virgen María ¹,
 San José, llamado padre de Jesús,
 San José, tutor amantísimo de Jesús,
 San José, ayo fidelísimo de Jesús,
 San José, padre de familias vigilantísimo,
 San José, que después de la Virgen adorasteis
 el primero al Niño Jesús,
 San José, que librasteis á Jesús de Herodes,
 San José, instruído por Jesús en el camino de
 la perfección,
 San José, el más familiar de Jesús después de
 la Virgen,
 San José, delicias del Niño Dios,
 San José, abundantísimo en los dones del Es-
 píritu Santo,
 San José, varón angelical,
 San José, que ejercisteis para con Jesús el oficio
 de ángel custodio,
 San José, que cual Arcángel anunciasteis los di-
 vinos oráculos,
 San José, que cual Principado gobernasteis á
 Jesús ángel del gran consejo,
 San José, que cual Virtud fuisteis ministro de
 Cristo,
 San José, que cual Potestad acompañasteis á
 Jesús cuando destruyó los ídolos de Egipto,
 San José, más grande que las Dominaciones, á
 quien el Rey y la Reina de los cielos sirvieron,
 San José, en cuyos brazos y regazo como en
 un trono reposó Jesús,

¹ Rogad por nosotros.

San José, que cual Querubín guardasteis el paraíso virginal de María ¹

San José, Serafín encendido en el amor divino,
San José, esclarecidísimo por vuestra virginidad,
paciencia y divinas consolaciones,

San José, observador de las maravillas de Jesús,
San José, que supisteis contemplar las maravillas
más sublimes del Altísimo,

San José, que conociste la hora de vuestra muerte
y para ella fuisteis preparado por Jesús y
María,

San José, que expirasteis en los brazos de Jesús,
San José, precursor de Jesús en el limbo de
los santos Padres,

San José, vaso precioso lleno de las más singulares virtudes y privilegios,

San José, dulcísimo patrón y defensor nuestro,

V. Por la pasión de tu dulcísimo Hijo,

R. Oye, Señor, á tu pueblo.

V. Por la virginidad de la querida Madre
de tu Hijo,

R. Salva, Señor, á tu pueblo.

V. Por la fidelidad de San José,

R. Protege, Señor, á tu pueblo.

V. Señor, escucha mi oración,

R. Y llegue á Ti mi clamor.

Oración.

Rogámoste, Señor, que nos ayuden los méritos del esposo de tu santísima Madre, para que lo que no podemos obtener por nosotros

¹ Rogad por nosotros.

mismos, se nos conceda por su intercesión. Oh Señor, que vives y reinas siendo Dios con el Padre en unión del Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos. Amén.

Viernes.

Acto de contrición y oración del primer día.

ORACIÓN.

Gloriosísimo Señor San José, cuyo patrocinio es pronto, eficaz y universal; os pido nos recibáis á todos bajo vuestra protección, y cubráis con vuestro manto á este pueblo, á nuestra patria, y á todo el mundo católico. Echad vuestra bendición sobre toda la tierra, para que dé y conserve sus frutos, y sea desterrada de ella toda calamidad. Desde el eminente solio de vuestra gloria, mirad compasivo á vuestros devotos, libradnos de muerte súbita é imprevista, y de todo pecado mortal. Hacednos imitadores de vuestras virtudes, para que merezcamos veros en la gloria. Amén.

San José, poderoso protector, yo veo cuán preciosa es vuestra protección; pero ¡ay! cuán lejos estoy de merecerla! Demasiado grande es la diferencia entre la santidad de vuestra conducta y la mía; pero esto mismo ha de moveros más á otorgarme vuestra protección de que tanta necesidad tengo para hacerme semejante á Vos. Yo quiero servirlos con todas las fuerzas de mi pobre alma, no solamente para rendir homenaje á vuestra santidad,

como ella lo merece, sino también para complacer á María, que lo desea ardientemente. Gloria etc.

Ofrecimiento y Preces como el día anterior.

Sábado.

Acto de contrición y oración del primer día.

ORACIÓN.

¡Oh glorioso San José, esposo de María y padre adoptivo de Jesús! yo os escojo hoy en presencia de vuestro hijo y de vuestra esposa por mi abogado, mi padre y mi protector particular, con la resolución de mantener siempre encendido en mi corazón el fuego de la devoción más tierna hacia Vos; recibidme hoy en el número de vuestros más fieles siervos y alejad de mí al infernal dragón que, como león furioso, quiere devorarme. Haced que ame más y más cada día á Jesús y á María, y también á Vos, José mío, para que después de esta triste peregrinación reine con Vos en el cielo. Amén. Gloria etc.

Ofrecimiento y Preces como el día anterior.

Domingo del patrocínio.

Acto de contrición y oración del primer día.

ORACIÓN.

¡Qué consolador es para nosotros, oh santísimo Patriarca, saber que gozais en el cielo de tan gran poder, y que es tan grande vuestro compasivo amor hacia los hombres! Compadecetos, pues, de nuestras miserias, consoladnos

en nuestras aflicciones, y libradnos de toda adversidad y peligro. Dadnos un corazón abrasado del amor de Dios; abridnos las puertas de la gloria, é introducidnos en la patria celestial. Esto os pedimos por los méritos de Jesús, vuestro divino hijo adoptivo, y de María, vuestra castísima esposa. Amén.

SAN JOSÉ, PATRÓN Y MODELO DE TODOS LOS CRISTIANOS.

Nunca quiso San José singularizarse con acciones extraordinarias; porque comprendía que la verdadera perfección del hombre está en el cabal cumplimiento de los deberes del estado en que á cada uno ha colocado la divina Providencia. Y á esto se aplicó San José todos los días de su existencia mortal. Su atención y cuidados se dirigían á cumplir perfectamente la voluntad de Dios; á llenar los deberes de buen ciudadano, buen esposo, buen artesano, y buen padre de familia. Eso sí, sus trabajos cotidianos estaban animados de un espíritu sobrenatural extraordinario que los hacía preciosos y meritorios ante los ojos del Señor. Todos los cristianos, cualquiera que sea su condición, los padres, los esposos, los artesanos, los labradores, los viajeros etc., encuentran en San José su perfecto modelo.


Y si no hay en la tierra quien no pueda tomar á San José por modelo, se sigue que el santo Patriarca convenientísimamente ha sido señalado por Dios patrono y guía para todos los estados que forman la admirable unidad de

la Iglesia. Con tal guía, todos los hombres pueden encontrar el camino del cielo. Id, pues, á él, padres cristianos, y aprenderéis á educar á vuestros hijos y dirigir con vigilancia y cuidado vuestras familias. Id á José, jóvenes, que lleváis en vaso frágil el precioso tesoro de la inocencia, y el padre nutricio de Jesús os tomará bajo su suave tutela, y os hará crecer en gracia y en virtud. Id á José, pobres obreros, abrumados con el peso del calor, de la fatiga y del trabajo. En Nazaret San José trabajaba como vosotros: su ejemplo reparará vuestras fuerzas, sostendrá vuestro ánimo, y os enseñará á santificar vuestras fatigas. Id á José, almas afligidas y desoladas; de él aprenderéis á seguir con resignación y firmeza el camino de la tribulación y de la prueba. Id á José, infortunados pecadores, que noche y día estáis expuestos á ver estallar sobre vuestras cabezas culpables los rayos de la divina justicia, provocada por vuestras ingratitudes; el compasivo José os obtendrá la gracia de un sincero arrepentimiento. Id á José, todos los que devoráis en vuestro corazón la amargura de la orfandad, del desprecio, de la calumnia, de la desnudez, de la pobreza, del odio, de la persecución: José ha sufrido más, muchísimo más que vosotros, y en su ejemplo encontraréis apoyo que os sostenga y consuelo que os reanime. No olvidéis, pues, mortales todos, que en el cielo tenéis á San José que es el mejor amigo y compañero, el padre más tierno y el protector más poderoso. Amadlo, servidlo y confiad en él. Amén.

ORACIÓN.

¡Oh amadísimo padre mío Señor San José! obtenedme hoy la gracia de amar constantemente á vuestro divino hijo; y de santificarme con la fiel observancia de la ley de Dios y el cumplimiento de los deberes de mi estado. Rogad por nosotros á Jesús que está siempre dispuesto á oiros y escucharos. Nadie con más autoridad que Vos y vuestra esposa puede hablarle en nuestro favor. Haced ¡oh poderoso protector nuestro! que terminado este penoso destierro, merezcamos la participación de la gloria. Amén.

Padre nuestro etc.

Preces pág. .

EL TRÁNSITO Ó DICHOSA MUERTE DE SAN JOSÉ.

Ignórase el día cierto del año en que murió San José: fundados quizás en alguna revelación privada dicen algunos autores que murió en 21 de julio; siguiendo esta sentencia, podrá comenzar el setenario el día 14.

Día primero.

ACTO DE CONTRICIÓN.

que se dirá todos los días.

Amantísimo Jesús, mi Dios, mi Redentor, mi Señor, mi único bien, postrado ante vuestra soberana Majestad, yo, el mayor pecador y la criatura más ingrata, pido perdón de mis yerros, con que infinitamente os he agraviado: una y mil veces me pesa de haberos ofendido, por ser Vos quien sois, tan digno de ser amado. Propongo con todo mi corazón no ofenderos

más, enmendar mi vida, enfrenar mis apetitos y pasiones, y apartarme de toda ocasión de pecado, ¡Ea! buen Jesús, amante Padre mío, por los méritos de vuestra preciosísima sangre, pasión y muerte, por los de María santísima, vuestra divina Madre y Madre de los pecadores, y por los del Señor San José, vuestro siervo y padre putativo, concededme el perdón de mis pecados, y la gracia de servirlos con fidelidad hasta la muerte. Amén.

ORACIÓN AL SANTO PATRIARCA

que varía todos los días.

¡Santísimo, amabilísimo y pacientísimo Patriarca Señor San José! con el alma penetrada de intenso dolor por el recuerdo de vuestras enfermedades, penas y dolores, me acerco á vuestro lecho para compadeceros y acompañaros. ¡Oh! siento la grave pena que angustiaría vuestro corazón al veros sin salud y sin fuerzas para, con el afán y sudor de vuestro rostro, seguir proporcionando á Jesús y á María el cotidiano sustento que de vuestras manos recibían. Siento, José mío, la terrible angustia de vuestra alma al considerar la santa tristeza que embargaba el corazón de vuestra castísima esposa, al veros postrado y padeciendo en vuestro lecho, sometido á la ley del dolor, común á todos los mortales. Pero me complazco del sumo gozo que sentiría vuestro elevado espíritu, comprendiendo que, en tan duro padecer, se cumplía la voluntad de Jesús, quien llenaba vuestro purísimo pecho de soberanos consuelos, que

recreaban y deleitaban vuestro amante corazón. Por estos desconsuelos y gozos, os pedimos, padre amorosísimo, que nos alcancéis del Señor un odio mortal al pecado y un inmutable amor á Dios, para que así, limpios de corazón y escudados con vuestro patrocinio, consigamos nuestra salvación. Amén.

SALUTACIÓN Á LOS CASTÍSIMOS ESPOSOS.

Dios te salve, María santísima, hija de Dios Padre; y Dios te salve, santísimo José, hijo predilecto del mismo Dios. *Ave* etc.

Dios te salve, María santísima, madre de Dios Hijo; y Dios te salve, santísimo José, padre putativo del mismo Hijo de Dios. *Ave* etc.

Dios te salve, María santísima, esposa del Espíritu Santo; y Dios te salve, santísimo José, dignísimo esposo de esta misma Virgen. *Ave* etc.

ORACIÓN Á MARÍA SANTÍSIMA

para todos los días.

¡Soberana Emperatriz de todo lo criado, María santísima, Hija del Eterno Padre, Madre del humanado Verbo, Esposa del Espíritu Santo, templo y sagrario de la santísima Trinidad y purísima esposa del castísimo Patriarca Señor San José! siento la grave pena y tormento que afligieron vuestro piadoso y tierno corazón, al ver padecer dolores, penas y enfermedades á vuestro amadísimo esposo el Señor San José; en especial aquella última que le hizo rendir su espíritu en vuestras manos y en las de Jesús, mi Redentor. Pero me regocijo por el impon-

derable gozo que sentiría vuestra alma al ver que se cumplía la voluntad de Dios, acrisolando el elevado espíritu del Señor San José, para que añadiese á la corona de virgen otra no menos brillante que la de mártir, y así junto con la singular aureola, que no tiene semejante en el cielo, de esposo vuestro y padre nutricio de Jesús, fuese en la gloria elevado á un trono especial no muy lejos del vuestro y del de vuestro Hijo. Alcanzadme, poderosísima Señora, el que yo pueda vivir y morir en amistad y gracia de vuestro Hijo. Amén.

Se concluye con las Preces, y Dolores y Gozos que están al fin de este setenario.

Día segundo.

ORACIÓN.

Purísimo, prudentísimo y pacientísimo Patriarca Señor San José, condolido de los trabajos y dolores anejos á la última enfermedad, me acerco á Vos para rendiros el fiel testimonio de mi dolorida compasión. ¡Cuánta sería la congoja de vuestro piadoso y tierno corazón al ver á María, vuestra amadísima esposa, empeñada, día y noche, en el más asiduo trabajo, para que nada os faltase en el sustento del cuerpo y alivio de vuestras dolencias! Pero me regocijo del gozo que sentiría vuestra dichosa alma consolada con las dulces y amorosas palabras de María que os alentaba á conformaros más y más con la voluntad del Señor, no dudando que todo sucedía conforme á las

disposiciones del Altísimo. Por estos descon-
suelos y gozos, os pedimos, padre amante, nos
alcancéis de Jesús tolerancia en los trabajos,
paciencia en las enfermedades, y en la última
hora de nuestra vida nos dispenséis vuestra
protección. Amén.

La salutación etc., como en la pág. ~~111~~.

Día tercero.

ORACIÓN.

Castísimo, ejemplarísimo y pacientísimo Patri-
arca Señor San José, condolido de vuestras
penas y dolencias, vengo á haceros fiel com-
pañía, doliéndome de las angustias que, con
ejemplar y santa resignación, sufríais en el
lecho de vuestro dolor, escondiéndolas en el
silencio por no angustiar á vuestra inmaculada
esposa. Pero me regocijo del indecible gozo
que sentíais al veros cuidado y asistido de tan
soberanos médicos, Jesús y María, quienes con
sus propias manos os suministraban el alimento
y las medicinas. Por estos desconuelos y re-
gocijos os pedimos, amantísimo padre, nos al-
cancéis del Señor invencible fortaleza en todas
las adversidades y trabajos; y si estuviéremos
enfermos por la culpa, asistidnos con vuestro
auxilio para que, libres de peste tan maligna,
recibamos la salud de la gracia, con la que nos
hagamos dignos del dulce y delicioso manjar
de la sagrada Eucaristía, prenda de nuestra
felicidad eterna. Amén.

La salutación y lo demás, como en la pág. ~~111~~.

Día cuarto.

ORACIÓN.

Amabilísimo, nobilísimo y pacientísimo Patriarca Señor San José, condolido de vuestras penas, dolores y amarguras, vengo á visitaros. Hacedme digno de tanta dicha, y dadme un corazón capaz de sentir la pena tristísima, que afligía al vuestro, al conocer que pronto os apartaríais de la amable vista y compañía de Jesús y de María, dulce imán de vuestro pecho, celestial anhelo de vuestros afectos y centro único de vuestras delicias. Pero me regocijo del sumo gozo, con que pagabais el tributo impuesto á los mortales, sacrificando vuestra vida en aras de la más ferviente caridad. Por estos dolores y gozos, os pedimos, padre amante, nos alcancéis del Señor la gracia de que nuestros corazones estén desnudos de todo nocivo afecto, y que sólo los ocupe el amor de Dios en el tiempo y en la eternidad. Amén.

La salutación etc.

Día quinto.

ORACIÓN.

Fidelísimo, singularísimo y pacientísimo Patriarca Señor San José, condolido de vuestras angustias y dolores, me acerco á Vos á tributaros el homenaje de mi admiración y reconocimiento. Dadme lágrimas de verdadero dolor, al considerar la santa tristeza que embargaba vuestro corazón al veros tan cercano á la muerte, que sólo para Vos debía ser triste por poneros en la necesidad de despediros de vuestro amado

hijo Jesús y de vuestra excelsa esposa María. ¡Oh! ¡y cuánto se enternecería vuestra nobilísima alma al ver que la humildísima María, postrada ante vuestro lecho, angustiada y llorosa, os pedía la última bendición! Pero me regocijo del gozo que sentíais al oír los inefables consuelos, las seguras promesas y tiernas expresiones que, con voz dulce y mirada amorosa, os dirigían vuestro poderoso hijo Jesús y vuestra angelical esposa María. Por estos dolores y gozos os pedimos, padre amante, que santifiquéis las potencias de nuestra alma, para que empleándolas en el servicio de Dios, sólo nos acordemos de Jesús, María y José; sólo pensemos en Jesús, María y José; y sólo amemos á Jesús, María y José. Amén.

La salutación etc.

Día sexto.

ORACIÓN.

Benignísimo, obedientísimo y pacientísimo Patriarca Señor San José, condolido de vuestras angustias, dolores y fatigas, me acerco á vuestra excelsa persona á haceros esta visita. Bien conozcoque no soy digno de gozar de tan alta dicha; ni merezco ser participante del sumo dolor que afligía á vuestro corazón, viéndose ya en las últimas agonías, y desgarrado con la idea de dejar solos, abandonados y huérfanos en el mundo á Jesús y María, y próximos tal vez los días en que debían cumplirse las sangrientas escenas profetizadas por Simeón. ¡Oh qué dolor! ¡qué angustias! ¡qué mortal desconsuelo!

Pero me regocijo de la imponderable dicha que deleitó vuestra alma, cuando en un rapto sublime podemos creer que gozó de la divina Esencia, y fué ciertamente designada para que, como Precursor de Cristo, anunciase á los santos del Limbo los consuelos de la próxima redención. Por estos dolores y gozos, os pedimos, padre amante, que nos asistáis en la hora de nuestra agonía, para que con incesante fervor invoquemos los dulcísimos nombres de Jesús, María y José: invocación que, ahuyentando los demonios, nos llene de paz y de gloria. Amén.

La salutación etc.

Día séptimo.

ORACIÓN.

Humildísimo, sacratísimo y pacientísimo Patriarca Señor San José, condolido de vuestra agonía y muerte, vengo á ungir con lágrimas de amor vuestros santos despojos. ¡Quién pudiera acompañaros á sentir la grave pena que afligía vuestra alma al separarse de vuestro castísimo cuerpo, dejando la muy amable compañía de Jesús y de María. Pero alcanzadme abundantes lágrimas para llorar mis culpas, y las penas que sufristeis en vuestra enfermedad y agonía. Haced también que celebre yo con cordial alegría el gozo de vuestro tránsito feliz, la paz y dulzura con que por fin entregasteis vuestro espíritu en las manos de Jesús y María. ¡Ea! poderosísimo protector de los moribundos, en vuestras manos pongo mi alma, mi vida y

mi corazón; y desde ahora para cuando llegue mi último instante, os elijo por mi especial abogado y protector. No permitáis, santo mío, que en trance tan terrible perezca mi pobre alma; vuestra es, á Vos la entrego. Oídmе benigno, atendedme amoroso y asistidme caritativo en aquella hora, acompañado de Jesús y María, cuyos dulcísimos nombres, con el vuestro, invoque incesantemente, cuando no pudiere con la boca, al menos con el corazón. Sí, espero que mi alma, guardada y protegida por Vos y amparada por María, será absuelta y perdonada por la divina clemencia y llamada al goce de la eterna felicidad. Amén.

La salutación etc.

Día del tránsito.

CONSIDERACIÓN.

La vida de San José fué una cadena preciosísima de singulares dones y privilegios, que comienzan en la eternidad con su admirable predestinación para tan alta santidad y gloria: pero si los eslabones de aquella cadena fueron preciosísimos, preciosísimo remate y corona de tantos privilegios fué su muerte preciosísima. Él solo entre los hombres murió asistido por una mujer que era esposa suya al par que madre de su Dios, y por un hombre que siendo su Dios, bajado del cielo por él, para redimirle y santificarle, hacía con él oficio de único y queridísimo hijo. Consideremos, pues, las dulzuras y consuelos que experimentó San José en aquella última hora; las íntimas relaciones, únicas en

su género, que él solo podía tener con Jesús y con María; la íntima convicción de haber guardado fielmente el depósito sagrado que Dios confió á sus cuidados, como esposo y como padre; la parte singularísima que había tenido en cooperar al gran consejo del Eterno sobre la humana reparación; el poder decir con toda confianza en aquel momento supremo, dirigiéndose al Señor: Yo os he glorificado en la tierra, tengo acabada la obra cuya ejecución me encomendasteis. Y al ver á un lado de su lecho al Redentor y al otro á la Corredentora del mundo, ¡ah! ¡de qué abundancia de alegría, de qué contento, de qué júbilo debió sentirse inundado el corazón de José en aquellos últimos momentos!... Vencidas hubieron de quedar allí la tristeza, el dolor y el llanto. El santo Patriarca sabía que debía estar poco tiempo en el seno de Abrahán esperando al divino Hijo vencedor de la muerte; y este le encargaba que fuese allí antes de él, para anunciar, como precursor, que se acercaba el Reino de Dios. Y parece que le diría Jesús: «Id, oh amadísimo padre mío: id, porque aquí en la tierra ya habéis cumplido vuestra misión; id por poco tiempo al seno de Abrahán, y decid á las almas de todos los justos que allí me esperan ya hace tantos siglos: Alzad vuestras cabezas y animaos, porque se acerca vuestra redención.» Y habiendo el glorioso San José dirigido su última mirada á Jesús y á María, y como una lámpara que al apagarse despide una luz más viva, exhalando de lo más íntimo de su

corazón un ardiente y amoroso suspiro, entregó su hermosa alma en las manos de su Criador. ¡Oh felicísimo y bienaventurado José, canta la Iglesia, que fuisteis asistido en vuestros últimos momentos por Jesús y María! ¡Oh! ¡cuán preciosa y agradable es la muerte después de una vida santa!

He aquí cómo murió el glorioso San José, el hombre justo por excelencia. Si la muerte de los santos, según el oráculo del Espíritu Santo, es preciosa á los ojos del Señor, sin duda había de ser preciosísima la de San José, porque fué singularmente santo entre los santos y porque su vida fué preciosa en los ojos de Dios como lo era en los de Jesús y María. Pero ¿cuál será nuestra muerte? ¡Oh pensamiento terrible! La muerte de San José fué enteramente conforme á su vida; y como ésta fué santa, santa fué aquélla. Verdad muy sabida es, que cual la vida tal es la muerte. Consideremos cuál es nuestra vida, y podremos deducir desde luego cuál será nuestra muerte. ¿Vivimos nosotros la vida de los justos? . . . Si perseveramos justos, justos moriremos. Al contrario, ¿vivimos como los pecadores? ¡Ay! que si no nos enmendamos, nuestra muerte será por desgracia como la de los pecadores. Si la muerte de San José nos causa una santa envidia, ¿por qué no procuramos con todas nuestras fuerzas y en cuanto esté de nuestra parte, imitar su vida santísima? ¿Y qué presunción tan loca sería la nuestra, si viviendo mal, quisiésemos morir bien? Desengañémonos de una vez: no nos dejemos seducir


por el enemigo: procuremos estar bien persuadidos de que una muerte santa es la digna recompensa de una vida santa. Toda una vida empleada en amar y servir á Jesús y á María, es la mejor disposición para una feliz y santa muerte. Así se preparó San José para morir y dejar las miserias y tribulaciones de esta vida. Propongamos, pues, emplear de hoy en adelante la vida en amar y servir á Jesús y á María; procuremos vivir como santos, y moriremos como santos. Entonces San José, reconociéndonos por sus verdaderos devotos, por sus verdaderos hijos en vida, nos asistirá con paternal solicitud en la hora de la muerte, y nos alcanzará la gracia de que, llenos de contento, podamos entregar nuestras almas en las preciosas manos de Jesús y de María.

ORACIÓN.

Oh glorioso San José, verdaderamente feliz y bienaventurado por vuestra preciosísima é incomparable muerte, compadeceos de nuestra alma. ¡Ah! no permitáis que ninguno de nosotros tenga la muerte pésima de los pecadores: mirad, que todos los que estamos aquí reunidos, somos hijos vuestros y vuestros especiales devotos: ¿y permitiréis que alguno de nosotros se pierda? ¡Ah! acordaos de la preciosísima sangre de vuestro amado Jesús, con la cual hemos sido redimidos; acordaos de los dolores agudísimos de vuestra santísima esposa, y también de los vuestros que sufristeis con tanta resignación y valor, para cooperar, en cuanto

era de vuestra parte, á la grande obra de nuestra redención. Mudad con vuestra intercesión nuestro corazón ingrato; compungidlo con el espíritu de verdadera penitencia, alumbradlo con la luz de la fe, alentadlo con la santa esperanza, é inflamadlo con los ardores de la caridad más pura, hacedlo santo á semejanza vuestra, á fin de que en lo sucesivo, imitando vuestras virtudes, se nos conceda una muerte semejante también á la vuestra. ¡Ah! ¡qué consuelo, qué alegría para nosotros al vernos en la hora de nuestra muerte asistidos de Vos, de vuestra santísima esposa y de Jesús nuestro redentor! Se estremecerá de rabia el infierno á vuestra presencia; pero nuestro espíritu estará trasportado de gozo en Dios nuestro salvador, y nuestra alma, libre de las ataduras de este cuerpo, será acogida de Vos, de María y de Jesús, el cual la hará para siempre bienaventurada en la gloria, donde con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina verdadero Dios y Redentor por todos los siglos. Amén.

PRECES

para todos los días del etenario.

San José, llamado varón justo por el mismo Espíritu Santo,—*Asistidnos en nuestra última hora.*

San José, angelical esposo de la siempre virgen María,—*Asistidnos*, etc.

San José, á quien el mismo Hijo de Dios llamó su padre,—*Asistidnos*, etc.

San José, á quien el Padre celestial hizo en cierto modo partícipe de su paternidad y

de su amor infinito para con su Hijo Unigénito,
—*Asistidnos*, etc.

San José, padre nutricio del que alimenta á todas las criaturas,—*Asistidnos*, etc.

San José, á quien estuvo sumiso el Hijo del Todopoderoso,—*Asistidnos*, etc.

San José, á quien la Trinidad deífica asoció al gran misterio de la Encarnación,—*Asistidnos*, etc.

San José, á quien Dios confió el tesoro inmenso de Jesús y María,—*Asistidnos*, etc.

San José, cuyos trabajos, cuyos sudores, cuya vida entera se consagró al Dios humanado y a su Madre santísima,—*Asistidnos*, etc.

San José, modelo de sufrimiento, dechado de virginidad y volcán de amor divino,—*Asistidnos*, etc.

San José, príncipe de los patriarcas,—*Asistidnos*, etc.

San José, que en la gloria ocupáis un trono cerca del de Jesús y María,—*Asistidnos*, etc.

San José, que en el cielo ejercéis la influencia y el valimiento de padre para con Jesús, y de esposo para con María,—*Asistidnos*, etc.

San José, protector de las almas vírgenes,—*Asistidnos*, etc.

San José, espejo del ministerio sacerdotal,—*Asistidnos* etc.

San José, ejemplar de la santidad del matrimonio cristiano,—*Asistidnos*, etc.

San José, defensor de los moribundos en su agonía,—*Asistidnos*, etc.

San José, abogado de la humanidad en todas sus miserias y necesidades,— *Asistidnos*, etc.

Oración.

Por todos estos privilegios, méritos y gracias os pedimos vuestros devotos, excelso y poderosísimo patrón nuestro San José, que nos alcancéis algo de vuestras eminentes virtudes; que nos asistáis en las varias vicisitudes de esta mortal vida; nos patrocinéis en la hora de nuestro tránsito, y nos presentéis después en el cielo á Jesús y á María. También os pedimos por la Iglesia católica, por el Sumo Pontífice y demás prelados, y por todos los fieles que viven en su unión y obediencia.

Jesús, José, María, en vida y en muerte amparad el alma mía.

Alabanzas y gracias dé siempre el alma mía á los objetos de mi amor Jesús, José y María.

Faculatoria.

¡Oh glorioso San José, esposo de María! protegédnos y protegéd á la Iglesia y á su cabeza visible el Romano Pontífice.

DOLORES Y GOZOS

que en memoria del felicísimo tránsito del señor San José se pueden cantar ó rezar todos los días del setenario.

*José, de agradarte ansioso
Nuestro humilde corazón
Celebra con devoción
Tu tránsito venturoso.*

1. Grave pena sentiría
 Tu alma bendita al mirar
 Con tus dolores penar
 El corazón de María;
 Mas no menor alegría
 Debíó de inundar tu pecho
 Al verla junto á tu lecho,
 Que con Jesús te asistía.

*Por este gozo y dolor
 Mitiga de nuestra suerte
 El rigor, y santa muerte
 Alcánzanos del Señor.*

Padre nuestro etc.

2. Eratu pena doblada
 Cuando al trabajo impotente
 Viste de María la frente
 Con fácil sudor nublada;
 Pero se halló consolada
 Tu alma en tanto dolor
 Diciendo: hágase, Señor,
 Tu voluntad adorada.

Por este gozo y dolor, etc.

3. Mientras el cuerpo sufría
 De la muerte los rigores
 Dando parte en sus dolores
 Á tu amable compañía,
 No hay duda que no sería
 Remedio para ti vano
 El que te diera la mano
 De tu Jesús y María.

Por este gozo y dolor, etc.

4. Cual tu amor, así crecida
 Fué tu pena, y aumentando
 Conforme se fué llegando
 La hora de tu partida;
 Pena que á gozo fué unida
 Al ver que el Señor propicio
 Acceptaba en sacrificio
 Del más puro amor tu vida.

Por este gozo y dolor, etc.

5. Fué la angustia más penosa
 Que sintió tu alma pura,
 El despedir con ternura
 Á tu hijo y á tu esposa;
 Mas cuán dulce y amorosa
 Promesa sacia tu anhelo:
 Con que; hasta el cielo!—hasta el cielo!
 Duerme pues: duerme y reposa.

Por este gozo y dolor, etc.


6. Ya llegó tu postrer hora
 Y el fin de tanto sufrir:
 Tu cuerpo se atreve á herir
 Por fin la muerte traidora:
 Mas en visión bienhechora
 De Dios contemplas la esencia,
 Y huye el mal á su presencia
 Cual la noche ante la aurora.

Por este gozo y dolor, etc.

7. Fué la pena sin igual,
 Cuando en misteriosa calma
 Se arrancó tu pura alma
 De su cuerpo terrenal;

No alcanzará otro mortal
 Gozos cual tú soberanos,
 Cuando se puso en las manos
 De Jesús tu alma inmortal.

Por este gozo y dolor, etc.

Se concluye con la oración en la cual se pide á San José una buena muerte, y que está en la pág. .

DESPOSORIOS.

Esta fiesta se celebra el 26 de noviembre.

ACTO DE CONTRICIÓN.

Dios de infintta clemencia,
 Si es á tus ojos de agrado
 Un pecador humillado,
 Aquí vengo á tu presencia.
 ¡Tu eres amory bondad!
 ¿Qué hice yo que no te amé?
 Pequé contra ti, pequé.
 Me pesa, Señor, ¡piedad!
 Yo te prometo, Bien mío,
 Con penitencia cumplida,
 Satisfacer de mi vida
 El pasado desvarío.
 Y porque no torne á serte
 Infiel como antes te fui,
 Aumenta tu gracia en mí
 I haz me tuyo hasta la muerte.

ORACIÓN.

¡Oh castísimo José! que fiel á la gracia divina, os consagrasteis á Dios desde vuestra tierna infancia y, muerto al mundo, encontrabais vuestras delicias en cumplir la ley santa

del Señor, mereciendo así ser elegido para esposo de la Madre del Salvador: yo bendigo á la adorable Trinidad por haberos destinado á dignidad tan sublime. Fiel custodio de la virginidad de María, preservadme de toda mancha de alma y cuerpo, para que, conservando puro mi corazón y cumpliendo en todo la divina voluntad, merezca las bendiciones del Señor, la protección de María y la vuestra. Amén.

CONSIDERACIÓN SOBRE LOS MOTIVOS DEL MATRIMONIO DE SAN JOSÉ.

Aunque, por un prodigio inaudito, la madre del Hijo de Dios debía ser una virgen sin mancha, sin que hombre tuviese parte alguna en el nacimiento del Mesías, el Altísimo, en sus impenetrables designios, quiso, no obstante, ocultar este augusto misterio bajo los velos del matrimonio, para salvar el honor del Hijo y de la Madre. Y el feliz mortal elegido por Dios para ministro de obra tan portentosa, fué José de Nazaret. José, pues, por un privilegio especial, fué admitido á la participación de los Secretos del misterio de la Encarnación, y á la comunicación más íntima con las personas sagradas de Jesús y de María. José por este feliz enlace fué asociado á la grandiosísima obra de la redención: él será ajeno á la concepción milagrosa de Jesús, que será obra exclusiva del Espíritu Santo; pero hará, con su título de esposo, que este misterio no carezca de honor á los ojos de los hombres, y esté libre de conjeturas malignas é infamantes. Ade-

más, la Santísima Virgen necesitaba un apoyo, y el divino Infante un protector. Y he aquí la oportunidad y conveniencia del matrimonio de San José con María. Esta unión es venerable, por la eminente santidad de los que la celebran.

San José fué escogido entre mil, es decir, entre todos los hombres para ser el esposo de la Virgen Madre; solo él fué hallado digno de tan alto honor, de tan augusta dignidad. Cuando el Evangelista dice: *José esposo de María*, parece no hay más que añadir para manifestar la grandeza de este hombre privilegiado, dice San Gregorio Nacianceno; y como la elección que Dios hace para la distribución de las dignidades, supone las gracias y el mérito convenientes, no podemos comprender los inagotables tesoros de méritos que honran al santo Patriarca. «Cuando yo considero por una parte, dice el P. Surín, que la augusta Reina del cielo delante de la cual se postran todas las criaturas, era la esposa de José, y como tal, obligada á amarlo, honrarlo y obedecerle; y por otra, que el Hijo único de Dios se ha dignado reconocer al humilde carpintero de Nazaret por su padre: mi espíritu se abisma, y mi alma conturbada dice: Ningún mortal podrá formar una justa idea de las perfecciones sublimes del Patriarca.» «Dios, según San Bernardino de Sena, no podía confiar la incomparable dignidad de la madre de su divino Hijo sino al más puro, al más casto, al más santo de todos los hombres.» ¡Oh! no es dado al poder de lengua humana

expresar el altísimo honor, dignidad y preeminencia á que fué elevado San José por su felicísimo desposorio con la santísima Virgen.

Considera, que los desposorios entre María y José fueron también ordenados por el Señor á mayor gloria de nuestro Patriarca. La mayor gloria para José fué el tener por esposa á la más santa de las mujeres. José esposo de María, he aquí un título que eleva á nuestro santo sobre los demás; porque es un título único é incommunicable. María era de una belleza sobrenatural, que convidaba á cualquiera que la mirase á recrearse en delicias celestiales. Quiso, pues, Dios que San José viviese tantos años con la Virgen María á fin de que toda la belleza y gloria de la esposa reflejase en el esposo. Si los santos inspiran amor á la virtud, ¿cuán ardiente amor no habrá inspirado á José la más santa de los santos? Si la voz de María, saludando á Isabel, la llenó del Espíritu Santo e hizo saltar en su seno al niño Juan, ¿de cuánta gracia no debió llenarse José, que oía la voz de María todos los días y la oía explicar los arcanos celestiales? ¡Ah! ¡cuánto debo alegrarme con San José de tanta dicha! Esforzarme, pues, en saludarlo con frecuencia diciéndole: «Salve, José, esposo de María.» Á tal salutación José se regocija, María sonríe, los ángeles le congratulan el cielo y la tierra se llenan de santa alegría.

Considera, que por medio de los desposorios de María con José, éste resultaba ser el padre legal de Jesús y adquiría el derecho de

ser su custodio; y después de María, tenía la dicha de ser el más cercano á Dios, fuente de santidad, y participar de ella, como participan demás luz los artros más cercanos al sol. Nadie es capaz de imaginar los inmensos tesoros de bendiciones con que Dios compensaba los cuidados de José en sostener en sus brazos á Jesús cuando niño, en vestirlo desnudo, en saciarlo hambriento, y en recibirlo peregrino en su casa. Por razón de los desposorios con María, Jesucristo es en cierto modo hijo de José, y José le ama como padre, no por simpatía de sangre, sino por sentimiento de religión. Por otra parte, la Iglesia debe quedar reconocida á José, porque por él el Redentor fué presentado al mundo con honor, honor que si no para Cristo, era necesario para el mundo, para no escandalizarse con falsas apariencias, el que sin ellas habia de escandalizarse después del mismo Cristo; por eso la misma Iglesia debe prestar, y presta después de María, honor y reverencia especial á San José. ¡Ah! ¡cuántos dones ha heredado José en uno solo! La gracia de los desposorios con María fué el primer anillo de su riquísima cadena. — Alegrémonos, pues, todos con nuestro Patriarca, al admirar en él un privilegio que es la fuente de todos los demás, y digámosle con entusiasmo: Bendito seáis, oh José, en vuestro ilustre título de esposo de María, el cual os mereció ser padre y custodio de Jesús: las lenguas todas os alaben; todos los corazones os honren; bellas guirnaldas os ofrezcan las manos de

todos los que admiran vuestros gloriosos desposorios.

Considera por un momento el singular cuanto hermoso contraste entre José y Jesús: entre José que rinde á Jesús un culto perfecto, y Jesús, que llena á José de un cúmulo de gracias. José en Jesús ama á su criador, á su Redentor, á su Dios: José se enternece, viendo á un Dios sujeto á sus órdenes. Los servicios que José hace á Jesús, son actos de latría; los esfuerzos para alimentarlo son sacrificios purísimos que tienen por principio el amor de Dios; las peticiones son fervientes súplicas, los coloquios altísimas meditaciones, las caricias transportes de seráfica caridad, el gozo en abrazarlo y acariciarlo raptos de contemplación sublime. Por otra parte, Jesús le corresponde de un modo admirable. Las miradas que dirige á José son dardos de caridad; las respuestas son inspiraciones suaves; las palabras voces de gracia y de vida, que mientras suenan al oído de José, se repiten con fiel eco en el corazón, y lo purifican, lo santifican, lo divinizan. ¡Oh vida más propia de un bienaventurado en el cielo que de un mortal sobre la tierra! ¡Oh espectáculo admirable el que ofrecen José honrando á Jesús y Jesús correspondiendo á José. — ¡Ah! ¡quién me diera supiese yo considerar debidamente por un solo instante tanta virtud, tanta gloria y tanta santidad en José! Todo esto está comprendido en una sola palabra: José alcanzó tanta dicha por medio de sus desposorios con María.

Inclínense los cielos y los collados á vuestra dignidad altísima, oh glorioso San José. Reconozcan vuestra superioridad los ángeles, los hombres y las inteligencias más elevadas del Antiguo y Nuevo Testamento, porque ninguno recibió un honor semejante al vuestro, de ser esposo de la Madre de Dios, y en virtud de esto, ser también padre legal y custodio del mismo Salvador. ¡Oh! benditos, mil veces, vuestros desposorios; por los méritos que en ellos contrajisteis, haced que todos cumplamos las obligaciones de nuestro estado, y así nos santifiquemos en la tierra, para reinar con Vos en la gloria. Amén.

ORACIÓN.

Castísimo José, mil plácemes os doy porque el eterno Padre os escogió entre todos los hombres para fiel esposo de la más hermosa Raquel, de la más agraciada Ester, de la más valerosa Judith, de la virgen más pura, de la Reina de los ángeles, de la Emperatriz de cielos y tierra, de la Madre de Jesús, de María mi Señora. Gozad, oh afortunado San José, de vuestro singular privilegio de haber sido escogido entre todos por esposo de la más pura entre las vírgenes, de la más bella entre las esposas, de la más amante entre las madres, de la más santa entre las criaturas, de María santísima. Al lado de tan grande esposa, ¡oh! ¡cómo se eleva entre mil resplandores vuestra figura! ¡Al lado de María! ¡cómo aparecéis más grande y sublime! ¡Ah! por la íntima

privanza que tenéis con la Virgen María y por los derechos que el título de esposo os da para con ella, dignaos hacerme participante de las dulzuras que saborea el que honra á la Madre de Dios y el que os ama á Vos, su castísimo esposo. Á los dos escojo, después de Dios, por dueños de mi corazón, por objeto de mi amor, por defensores de mi vida y consuelo de mi muerte y por mi gloria en la eternidad. Amén.

GRATULACIÓN Á LOS CASTÍSIMOS ESPOSOS.

Venid, hijas de Sión; venid, criaturas todas, á celebrar los felices desposorios de los más felices y venturosos mortales. Aplaudid este glorioso día, en que la Emperatriz más augusta da la mano de esposa al más ilustre hijo de David. Mil plácemes os doy, santísima María, porque habéis hallado el mejor esposo, el más noble personaje, el varón más justo y fiel, hecho á la medida del corazón de Dios, el compañero más semejante á Vos misma, el castísimo Patriarca Señor San José. Y á Vos, José santísimo, os doy también mil plácemes porque tomáis por esposa á la más dichosa Madre y excelsa Reina, á María, soberana Señora de todo lo criado. Y siendo este el vínculo más feliz, el matrimonio más venturoso, se llena de gozo mi corazón, porque lográis ambos consortes los aplausos y bendiciones del cielo. Haced, castísimos esposos, que, bajo vuestra guarda y protección, seamos conducidos seguros á la mansión de la eterna felicidad. Amén.

ORACIÓN.

Bendito sea, oh glorioso José, este día feliz que recuerda vuestros desposorios con María. Dignaos hoy desposar mi alma con Dios, ayudándola á recobrar su gracia, si la hubiese perdido, ó á ser confirmada en ella, si tiene la dicha de poseerla. Bendecid desde el cielo á todas las personas unidas con el lazo nupcial, á fin de que, por vuestra protección, sientan alivio en las cruces de su estado y alcancen la gracia de cumplir los deberes de tan gran sacramento, que es una figura de la unión de Cristo con la Iglesia. Alejad de las familias cristianas toda semilla de discordias entre padres é hijos, entre amos y criados. Haced revivir en el hogar doméstico la pura antorcha de la fe, el espíritu de piedad y la solicitud de los padres en dar á sus hijos una educación cristiana; sea vuestra vida fielmente copiada por los padres, transmitida á sus hijos, y de los muros domésticos pase á la luz pública de la sociedad, para que así la familia humana vuelva á los genuinos principios del cristianismo. Así sea.

PRECES.

San José, casto esposo de María,—Protegednos, y proteged á la Iglesia y á su Cabeza visible.

San José, custodio de la virginidad de María¹.
San José, obrero ejemplar,

¹ Protegednos, y proteged á la Iglesia y á su Cabeza visible.

San José, pronto en cumplir los deberes para
con Dios,

• San José, modelo de sencillez,

San José, revestido de fortaleza ¹,

San José, lleno de fe viva,

San José, humilde en vuestra grandeza.

San José, ejemplo de obediencia,

San José, firme en vuestra esperanza,

San José, agradecido á los favores del cielo,

San José, que alimentasteis al Señor del uni-
verso,

San José, que comisteis en una misma mesa
con Jesús y María,

San José, cuyo sueño hacía tranquilo la paz
interior de vuestra alma,

San José, que con Jesús y María formasteis
una sola voluntad,

San José, que siempre estuvisteis en la presencia
de Dios,

San José, recreado por los dulces coloquios
de Jesús y María,

San José, solícito en el gobierno de la casa,

San José, profundísimo en la humildad,

San José, lleno de amor para con los hombres,

San José, cauto en el uso de la lengua.

San José, resignado en vuestras enfermedades,

San José, consuelo de los enfermos,

San José, protector de los agonizantes,

San José, nuestro defensor en el divino tri-
bunal,

San José, príncipe de los bienaventurados.

¹ Protegednos, y proteged á la Iglesia y á su Cabeza visible.

Oración.

Puestos de rodillas ante Vos, oh insigne protector nuestro San José, venimos hoy también á pedir os piedad. Apesarados de nuestras ingratitudes y á la vista de tantas culpas como hemos cometido, no nos atrevemos á levantar los ojos á Vos. Pero reflexionando luego en vuestro ilimitado poder y corazón compasivo, nos sentimos reanimados de la más viva y generosa confianza. ¿Y cómo no hemos de confiar en Vos, que habéis empeñado en vuestro favor á las tres Personas de la sacrosanta Trinidad; al Padre eterno, á quien representasteis sobre la tierra en la custodia de su Hijo encarnado: al Verbo divino, por haber sustentado y protegido su vida humana que fué la salvación del mundo: al Espíritu Santo, por haber sido su representante, como esposo de María? ¿Qué gracia, pues, pediremos, que no nos sea concedida? Vos ya conocéis los deseos de nuestro corazón y las gracias que hoy os queremos suplicar. Os pedimos la fe, la esperanza y la caridad, y los frutos de estas tres importantes virtudes. Haced, pues, que sean nuestras compañeras inseparables durante la vida, pero en especial en el trance de la muerte. Alcanzádnoslas, oh padre y protector nuestro, por el amor que tuvisteis á las tres divinas Personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo, para que con su ejercicio nos hagamos dignos de gozar de los efectos de vuestro gran patrocinio en vida y en muerte. Amén.

EXPECTACIÓN DEL PARTO DE LA VIRGEN SANTÍSIMA.

(El 18 de diciembre.)

ACTO DE CONTRICIÓN.

Señor mío Jesucristo, Hijo unigénito del eterno Padre, Verbo divino humanado en las entrañas purísimas de María, Salvador mío: el amor infinito que me tenéis, os hizo bajar del cielo á la tierra, naciendo para mí en un establo y muriendo por mí en un madero. ¡Oh cuán ingrato os he sido! ¡oh cuánto siento haberos cerrado las puertas de mi corazón, haciéndome sordo á los toques de vuestros divinos llamamientos! Romped, Señor, romped los cerrojos de este mi corazón ingrato con los golpes de vuestras inspiraciones. Consumid mis imperfecciones con el fuego de vuestro amor. Arrojad de mi alma los monstruos de mis abominables pecados, pues de todo corazón los aborrezco; me pesa muy de veras de haberlos cometido contra Vos y delante de Vos, por ser quien sois, mi criador, mi conservador, mi bienhechor, mi redentor y mi amantísimo padre. Ya que venís á buscar no á los justos sino á los pecadores, yo soy el mayor y el más ingrato de todos estos: haced que brille en mí vuestra misericordia, perdonándome, y dándome vuestra gracia, con la cual propongo cumplir todas mis obligaciones, sirviéndoos agradecido y amándoos con perseverancia hasta el fin de mi vida. Amén.

ORACIÓN Á SAN JOSÉ.

¡Oh Patriarca diligentísimo! Conociendo ser voluntad de Dios que llevaseis con Vos á vuestra amadísima esposa en el forzado viaje desde Nazaret á Belén para cumplir con el edicto del emperador Augusto César, hicisteis con todo cuidado las prevenciones posibles á vuestra pobreza, aunque no las que deseaba vuestro fino amor, y dignas de la Emperatriz del universo que llevaba en sus entrañas al divino Príncipe, reconciliador de la tierra con el cielo. Alégrome del consuelo inexplicable que tuvisteis por no tener que separaros de María; y siento vuestro quebranto al ver que no podíais disponer sino de un humilde jumentillo, para llevar á la Señora del mundo en tan solemnes y delicadas circunstancias. Alcanzadme, santo mío, una conformidad tan grande con la voluntad de Dios, que viva yo siempre contento con lo que su providencia dispusiere, y un deseo tan ferviente de servir á María santísima, que me parezca poco cuanto hiciere en su servicio; para que estos mis obsequios, junto con vuestro favor, me dispongan para recibir á la Sabiduría encarnada.

Padre nuestro, etc.

ORACIÓN Á LA SANTÍSIMA VIRGEN.

¡Oh Emperatriz soberana de cielo y tierra, María, Madre del Rey del universo! Por la asistencia y cuidado que os prodigó vuestro amadísimo esposo San José, á fin de que os fueran menos pesadas las penalidades y mo-

lestias que tuvisteis que sufrir en el viaje de Nazaret á Belén, os suplico me concedáis un fervor grande en serviros á Vos, oh mi Señora, y al Señor que llevabais en vuestras purísimas entrañas, para hacer con acierto el viaje de esta mi vida transitoria, y llegar con felicidad al término deseado de la gloria. Amén.

Ave María, etc.

Ant. ¡Oh Sabiduría, emanada de la boca del Altísimo, y que, extendida del uno al otro extremo del universo, disponéis todas las cosas con dulzura y con vigor! venid, y enseñadnos el camino de la prudencia.

V. Cielos, derramad vuestro rocío de lo alto, y las nubes lluevan al Justo.

R. Ábrase la tierra y produzca al Salvador.

ORACIÓN Á SAN JOSÉ.

Después de María, nadie ha conocido como Vos, oh santísimo Patriarca, los profundos misterios de la Encarnación y anonadamiento del Verbo divino humanado. Por eso, después de la inmaculada Virgen, vuestra augusta esposa, nadie ha glorificado tanto al Redentor en sus humillaciones como Vos, con vuestra fe sublime y vuestra rendida adoración. Los hombres no conocían, ni aún sospechaban nada de los admirables misterios que se habían verificado en medio de ellos, y Vos erais el único que, con la Virgen María, tributabais á Dios, humillado y escondido en el claustro materno, el amor fervoroso, la fe viva, la adoración profunda y

el culto más perfecto que jamás se le han tributado. Patriarca admirable, modelo consumado de la vida contemplativa, ¿quién podrá comprender lo que Vos sentíais, considerando al Verbo eterno encerrado en el silencio del claustro virginal? ¡Cómo contabais los instantes, aguardando el momento felicísimo en que habíais de gozar de la dicha inefable de contemplar al divino Niño recién nacido! Ver ese rostro bendito, en quien no se cansan de mirar los ángeles; contemplar, bajo las apariencias de la pequeñez, de la debilidad suma, de la inocencia encantadora de un tierno Niño recién nacido, al mismo Dios de la majestad... ¡cuán grande fué vuestra dicha! ¡cuán incomparable vuestra felicidad!

Ese mismo Dios omnipotente, ese Unigénito del Padre, ese mismo Verbo eterno, humanado por amor á los hombres, se oculta, se esconde, se anonada y hasta desaparece ahora, bajo los velos de la Hostia santa en el admirable Sacramento de nuestros altares; y allí, también ahora, como en los días que precedieron á su nacimiento temporal en Belén, los hombres le menospreciamos, olvidamos, y correspondemos aún con ultrajes á los excesos de su amor para con nosotros... ¡Oh santísimo Patriarca! alcanzadnos la gracia de creer con viva fe en Jesucristo oculto bajo los santos velos de la Eucaristía, de adorarle con la más profunda humildad, de corresponder con finezas de amor al amor inagotable con que en ese sacramento somos amados, y de tener, al pie del altar sagrado,

en la presencia de Jesucristo sacramentado, nuestro cielo aquí en la tierra, como Vos le tuvisteis en Nazaret y en Belén, esperando el divino alumbramiento de la Virgen, vuestra casta esposa y nuestra abogada. Amén.

ORACIÓN Á MARÍA SANTÍSIMA.

¡Oh María! ¡oh inmaculada Madre de Dios! Vuestro vientre virginal fué el primer altar en que el Verbo divino humanado se ofreció como víctima al Altísimo, y pidió el perdón para nosotros los miserables pecadores, hijos de Adán. En vuestro seno purísimo descansó nueve meses el Unigénito de Dios Padre, recibiendo de Vos la vida corporal, con que había de sacrificarse después por nosotros. ¿Quién podrá comprender las gracias de que fué enriquecida vuestra alma inmaculada?... Ni será posible que nunca se conozca cuánto Vos hicisteis, en aquellos nueve meses, para honrar al Verbo eterno, que llevabais humanado en vuestras entrañas: lo que pasó entre vuestra alma nobilísima y el Verbo divino, mientras lo trajisteis en vuestro seno inmaculado, sólo el mismo Dios es el que puede conocerlo.

Llena de gracia, bendita entre todas las mujeres, derramad sobre nosotros vuestras bendiciones maternas, y hacednos dignos de acercarnos á Jesucristo, vuestro Hijo y nuestro Dios; para que, recibéndole en nuestro pecho sacramentalmente, vivamos de su vida, muertos á todo lo que no sea Dios, de Dios y pára Dios. Amén.

PRECES.

San José, virginal esposo de María,—Rogad
 por nosotros,
 San José, hombre justo según el corazón de
 Dios ¹,
 San José, custodio fiel de la Madre y del Hijo
 de Dios,
 San José, confidente íntimo de los sagrados
 Corazones de Jesús y de María,
 San José, fiel imitador de las virtudes de estos
 sagrados Corazones,
 San José, modelo de la vida oculta y de ín-
 tima unión con los sagrados Corazones de
 Jesús y de María,
 San José, modelo de generosidad para con
 los sagrados Corazones de Jesús y de
 María,
 San José, consolado en vuestras pruebas por
 estos sagrados Corazones,
 San José, que vivisteis en Nazaret en la paz
 de los sagrados Corazones de Jesús y de
 María,
 San José, revestido de autoridad paternal sobre
 el sagrado Corazón de Jesucristo,
 San José, ardiente en amor hacia los sagrados
 Corazones de Jesús y de María,
 San José, que aprendisteis la dulzura, la humil-
 dad y la misericordia en la escuela de estos
 sagrados Corazones,
 San José, instruído en la vida interior en la
 escuela de estos sagrados Corazones,

¹ Rogad por nosotros.

San José, que expirasteis en el amor de los
sagrados Corazones de Jesús y de María ¹,
San José, que participáis en el cielo de las
delicias de estos sagrados Corazones,
San José, que ocupáis en el cielo un lugar cerca
de Jesús y de María,

San José, poderoso protector de la Iglesia
Militante,

San José, compasivo abogado de la Iglesia
Purgante,

Adelantad con vuestras súplicas el triunfo de
la Iglesia—¡Oh San José! poderoso con el
Corazón de Jesús.

Consolad y proteged á nuestro Soberano Pon-
tífice Rey—¡Oh San José! poderoso con el
Corazón de Jesús.

Cuidad y defended á nuestra amada patria—¡Oh
San José! poderoso con el Corazón de
Jesús.

Pedid para nosotros el amor de los sagrados
Corazones—¡Oh San José! poderoso con
el Corazón de Jesús.

Rogad por todas las Congregaciones religiosas
—¡Oh San José! poderoso con el Corazón
de Jesús.

Rogad por los sacerdotes y los misioneros—¡Oh
San José! poderoso con el Corazón de
Jesús.

Rogad por todos los infieles, herejes y peca-
dores—¡Oh San José! poderoso con el
Corazón de Jesús.

¹ Rogad por nosotros.

Oración.

¡Oh Dios, que nos ofrecéis á San José como el modelo de la verdadera devoción á los sagrados Corazones de Jesús y de María, y nos lo dais como patrono en medio de las pruebas que afligen al mundo y á la Iglesia! concedednos por su intercesión la gracia de llegar á ser verdaderos hijos de estos sagrados Corazones. Os lo pedimos por el mismo Jesucristo nuestro Señor. Amén.

LOS SIETE DOMINGOS DE SAN JOSÉ.

El Sumo Pontífice Gregorio XVI en 22 de enero de 1836 concedió á todos los fieles que á lo menos con corazón contrito recen devotamente las oraciones de los Gozos y Dolores arriba puestas pág. 75 en siete domingos continuos, las siguientes indulgencias: *300 días* en cada uno de los seis primeros domingos; *plenaria* en el séptimo confesando y comulgando.

El Papa Pío IX, en 1.º de febrero de 1847, se dignó conceder una indulgencia plenaria para cada uno de los siete domingos de San José, si se observan las condiciones de confesión, comunión y visita en cualquier templo, rogando por las necesidades del Sumo Pontífice y de la santa Iglesia.

No hay época señalada para practicar la devoción de los siete domingos; pero sí se exige que sean seguidos, sin interrupción, y que en cada domingo se recen todos los siete Dolores y Gozos de San José; y quien no sabe leer rece siete veces el Padrenuestro, Avemaría y Gloria. Se recomienda á la piedad de los fieles que en cada domingo lean una de las meditaciones que van á continuación.

Las indulgencias son aplicables por las almas del purgatorio.

Primer domingo.

ACTO DE CONTRICIÓN

para todos los domingos.

¡Dios y Señor mío, en quien creo, en quien espero y á quien amo sobre todas las cosas! al pensar en lo mucho que habéis hecho por mí y

lo ingrato que he sido yo á vuestros favores, mi corazón se confunde y me obliga á exclamar: ¡Piedad, Señor, para este hijo rebelde! perdonadle sus extravíos, que le pesa de haberos ofendido, y desea antes morir que volver á pecar. Confieso que soy indigno de esta gracia; pero os la pido por los méritos de vuestro padre nutricio San José. Y Vos, gloriosísimo abogado mío, recibidme bajo vuestra protección, y dadme el fervor necesario para emplear bien este rato en obsequio vuestro y utilidad de mi alma. Amén.

MEDITACIÓN.

María y José, fieles al voto de virginidad que habían hecho, vivían como ángeles en su pobre casa de Nazaret; cuando por obra del Espíritu Santo concibió María en sus castísimas entrañas al Hijo de Dios, José concibió el proyecto de separarse de su esposa, y de hacerlo ocultamente, porque no resultase infamia para María. Aunque en general los doctores explican esta resolución fundándola en que José ignoraba el misterio de la encarnación, otros santos doctores dicen que llevado de su humildad y viendo el milagro que se había obrado, creyóse indigno de vivir en compañía de su esposa santísima, conociendo que el Mesías anunciado iba á nacer de ella. «¿Quién soy yo, se diría, quién soy yo para atreverme á morar bajo un mismo techo con la madre de mi Dios y Señor? Oza cayó herido de muerte por haberse atrevido á tocar el

Arca de la Alianza; y yo ¿cómo osaré vivir en compañía de esta Arca viva de la nueva Alianza, en que se encierra el verdadero maná del cielo, en que están no ya las Tablas de la Ley, sino el mismo Legislador?»

Turbado con estos pensamientos, meditaba el humilde José huir de su casa y de su esposa virginal, cuando hé aquí que el ángel del Señor se le aparece, y le dice: «José, hijo de David, no tengas recelo en recibir á María tu esposa, porque lo que se ha engendrado en su seno es obra del Espíritu Santo.»

San Juan Crisóstomo nos declara que el arcángel Gabriel llamó á José por su nombre para infundirle confianza, y le recordó su origen de David para que tuviera en cuenta el cumplimiento de la promesa que Dios había hecho al Rey profeta: *que el Mesías nacería de su descendencia.*

Las palabras del ángel inundaron el corazón de José de inefable júbilo; recobrado de su turbación, fué tan grande su gozo, que exclamaría como el Salmista: «Vuestros consuelos, oh Señor, me han regocijado tanto el alma cuanto era grande la muchedumbre de mis padecimientos.» Así, pues, en un instante apaciguó Dios la tormenta que agitaba el corazón de José, y le restituyó acrecentada con mucho su dulce tranquilidad. Ved aquí lo que acontece á las almas que se someten á la voluntad de Dios con entera confianza. «Por obra de vuestra misericordia, oh Señor, habéis querido que á la tempestad siga la calma, y

que después de la aflicción y de las lágrimas, venga la alegría á los corazones.» Así se expresaba en su agradecimiento aquel santo varón Tobías, tan afligido con trabajos, y tan grandemente consolado por el Señor.

¡Oh Patriarca Señor San José! por este dolor y gozo vuestro, alcanzadnos la gracia de conformarnos siempre y en todas las cosas con la justísima, altísima y amabilísima voluntad de Dios. Amén.

Se rezan los Dolores y Gozos pág. 75 y estos no se omiten en ningún domingo.

EJEMPLO.

Una distinguida señora escribía con fecha 29 de enero de 1866, á una amiga suya, participándole el favor que acababa de recibir de San José.

Una persona ya entrada en años, por la cual ella se interesaba mucho, vivía en un completo olvido de sus deberes religiosos, de suerte que hacía más de treinta y cinco años que no había recibido ningún sacramento ni practicado acto alguno de devoción. Ni las instancias reiteradas de varios amigos influyentes, ni los avisos providenciales enviados á esa oveja descarriada, fueron bastantes para ablandar su corazón empedernido. Cayó enfermo el infeliz, y púsose de cuidado: entonces fué cuando la caritativa señora, alarmada por el estado crítico de su querido anciano, buscaba medios para que no se perdiese aquella alma, que tanto había costado al divino Redentor; y acordándose del grande poder del Patriarca Señor San José (de quien era muy devota) para socorrer á los moribundos, le suplicó que viniese en su ayuda, y llena de fervor le prometió hacer la devoción de los *Siete Domingos* en memoria de sus dolores y gozos, esperando le alcanzase la conversión del enfermo que

ella tanto deseaba. ¡Cosa admirable! Ya en el primer domingo San José empezó su obra: fué un sacerdote á visitar al enfermo; éste lo recibió muy bien; le insinuó que quería confesarse; hizo en efecto una confesión entera y muy dolorosa, y pidió le administrasen los demás sacramentos al día siguiente. Á pesar de su extrema debilidad, el buen anciano recibió de rodillas en la cama á su Dios, á quien había olvidado por tan largo tiempo, y desde entonces no cesó de demostrar la alegría de que estaba llena su alma. Había perdido la fe, pero la recobró y con ella una prenda de la gloria. ¡Ojalá este nuevo favor, obtenido por medio de la devoción de los *Siete Domingos*, mueva á otras buenas almas á practicarla para conseguir la conversión de aquellas personas por las cuales se interesan!

Obsequio. Callaré y sufriré sin replicar cuando me culpen sin motivo.

Jaculatoria. Glorioso Señor San José, sed mi abogado en esta vida mortal.

Abundantísimo fruto espiritual se sacaría de esta práctica de los Siete Domingos consagrados á honrar al excelsa Patriarca Señor San José, si los obsequios y jaculatorias de cada domingo se practicasen con cuidado en todos los días de la semana.

Para más agradar al santo Patriarca, puédese rezar la letanía que va al fin.

Segundo domingo.

Acto de contrición, pág. 197.

MEDITACIÓN.

Llegados María y José á Belén para cumplir el mandato de César Augusto, buscan en vano el abrigo de un techo hospitalario de puerta en puerta: el mundo cierra sus moradas á los huéspedes pobres, y niega asilo á la santidad y á la inocencia, como lo refiere el santo Evangelio, que dice: «El Hijo de Dios vino á

los suyos, y los suyos rehusaron recibirle.» José se vió reducido á buscar un establo abandonado; y en tal lugar plugo al Hijo del Eterno nacer, lejos de los resplandores de la gloria en que reina. ¡Cuál sería el dolor del corazón de José mirando al divino Niño en lugar propio de bestias, y como ellas reclinado en pajas húmedas y heladas por los rigores del invierno! ¡Cómo se conmovería lo íntimo de sus paternas entrañas con aquel primer llanto del Salvador, ocasionado por el padecimiento! Si fueron tiernas, no fueron en verdad menos amargas las lágrimas que el Patriarca mezcló con las que derramaba el Niño Dios en expiación de nuestras culpas. José inclina la frente al suelo y adora como á su Dios, como á Criador del cielo y de la tierra, como á Salvador y Redentor del mundo á este niño tan pobre, tan humillado, tan débil, tan rechazado de los hombres; ofrécele su corazón, su alma, su vida; le bendice mil y mil veces y le da gracias por haberle escogido y adoptado como á padre.

María, tomando al niño en sus manos, lo pondría en las de José, quien lo estrecharía contra su corazón, lo bañaría con sus lágrimas, le besaría los sagrados piecitos, y lo ofrecería al Padre eterno como víctima, por la salvación del mundo. ¡Oh, qué feliz fué aquel instante para el Patriarca, hijo de David, á pesar de su pobreza y de sus penas; y cómo le deleitaron los cantos angélicos que celebraban el nacimiento del niño, á quien José podía llamar hijo suyo! Más opulento en su pobreza que sus

reales ascendientes, poseía el tesoro infinito de los cielos; y su gloria, aunque escondida al mundo, estaba eclipsando á toda la que brilló en el trono de sus progenitores. ¡Oh dicha! ¡Oh sumo bien! ¡Oh delicias escondidas en apariencias de miseria y de dolores!

Por este dolor y gozo vuestro, alcanzadnos, oh Patriarca Señor San José, la gracia de apartar nuestro corazón de las pompas y vanidades del mundo, y poner nuestra dicha en la posesión de Jesús, que es el único bien durable y verdadero. Amén.

EJEMPLO.

Una piadosa señorita muy devota del santo Patriarca, á quien obsequiaba con las prácticas de piedad más gratas al santo, como son la oración, confesión y comunión frecuentes, cayó en una grave y penosa enfermedad, y á pesar de distar más de ocho meses de su fiesta, le pedía al santo tres gracias: 1.^a morir en su fiesta; 2.^a morir con todo el conocimiento é invocando los nombres de Jesús, María y José, y 3.^a que le asistiese en su última hora, quien esto escribe. Pues todo se lo concedió el bendito santo. Contra el parecer de los médicos, alargóse su enfermedad hasta el día del santo (19 de marzo); conservó claro el conocimiento hasta el último instante, invocando con gran devoción los dulcísimos nombres de Jesús, María y José; y, cosa providencial, para que nada faltase á sus súplicas, retirándose el confesor para tomar un poco de alimento, quien esto escribe tuvo precisión de quedarse para consolar á la enferma y animarla en aquella última hora y no dejarla sola, y contra la previsión de todos expiró en el mismo día del santo, en nuestros brazos, con la paz de los justos, yendo sin duda, piadosamente pensando, á cantar con los bienaventurados

las misericordias del Señor San José en el cielo en su misma fiesta.—¿Á quién no animan estos hechos? De otros devotos de San José hemos visto lo mismo, esto es, morir plácidamente ó el día de San José, ó en días que en algún modo están consagrados á San José. Animémonos con nuestras buenas obras á merecer del santo bendito este favor de morir bajo su amparo, el más grande de todos sus favores.

Obsequio. Mortificaré principalmente mi vista y mi lengua, para merecer la dicha de ver y alabar en el cielo á Jesús, María y José.

Faculatoria. Bondadoso Señor San José, hacedme niño por la pureza, sencillez y candor.

Tercer domingo.

Acto de contrición, pág. 197.

MEDITACIÓN.

Habiendo venido el Mesías para dar cumplimiento á la ley, quiso someterse humildemente al martirio de la circuncisión; y José hubo de ser, según el sentir de varios doctores, el ministro de esta ceremonia dolorosa. Grande fué, pues, su pena al verse obligado á ejecutar en el Niño Dios el rigor de la ley impuesta sólo á los pecadores. José sabía que el divino Salvador, aunque infante, gozaba de la plenitud de la razón; que si bien deseaba el padecimiento, no por eso dejaba de sentirlo; sabía que esta sangrienta herida había de ser el principio de los suplicios crueles que le esperaban en el Calvario. Y luego los tiernos llantos del Niño, las lágrimas de la Madre, ¡cómo desgarrarían el corazón de José! Pero

lleno de valor sobrenatural y de fe más admirable que la de Abrahán, poseído de los designios de su hijo divino, ofrece al Padre eterno aquellas primeras gotas vertida, de la sangre divina, que bastarían para el rescate de innumerables mundos culpados, si el amor no moviera á Jesús á derramarla después toda por uno solo.

Terminada la ceremonia, impuso al Niño Dios el adorable nombre de *Jesús*, según mandato que de lo alto había recibido.

Y ¡con qué dulzura, con qué amor, con qué afectos de confianza, con qué reverencia pronunciaría José, por vez primera, este nombre de salud, consuelo de nuestra vida y esperanza de nuestra muerte!

Jesús, nombre dulcísimo, nombre sobre todo nombre, por el cual nos será concedido todo lo que pidamos; nombre obrador de milagros, que al oírlo se postran en adoración los cielos, salta de júbilo y esperanza la tierra, tiemblan de pavor los infiernos. *Jesús*, nombre del que brota leche suavísima y casto vino para las almas puras, pan de fortaleza para los débiles, manantial de delicias infinitas para los santos, y esperanza y amor y salud de todos. Grábese este nombre en nuestras almas, palpíte en nuestros corazones, sea la miel de nuestros labios, el adiós de nuestra despedida del mundo, y el saludo y principio de nuestra glorificación perdurable.

¡Oh Patriarca Señor San José! por este dolor y gozo vuestro alcanzadnos la gracia de

cumplir en todo con nuestros deberes, por grandes que sean los sacrificios que en ello hayamos de hacer; y otorgadnos también el favor de pronunciar siempre con mérito el santísimo y dulcísimo nombre de *Jesús*. Amén.

EJEMPLO.

Uno de los asuntos más importantes de la vida es sin duda alguna la elección de estado, pues de su acierto depende casi siempre la felicidad temporal y aun eterna de los hombres. San José, socorredor en toda necesidad, no se hace sordo á sus devotos, que de él quieren aconsejarse, como lo demuestra el caso siguiente, escogido entre millares.

Una joven suspiraba por acertar en la elección de estado, y no sabiendo qué resolver, si abrazar el estado religioso, ó dar su mano en ventajoso matrimonio, determinó con el consejo de su confesor hacer los *Siete Domingos* á San José para conocer con certeza su vocación. No se hizo sordo el santo bendito; pues tan suavemente la inclinó á seguir la vocación religiosa y deshizo todo lo que parecía ligarla al mundo; que ella misma no llegaba á comprender tan súbita claridad.

Mas no era esto lo más difícil. Los padres de la joven, mirando, como sucede casi siempre, antes á su conveniencia que á la felicidad temporal y eterna de sus hijos, no quisieron darle su consentimiento de ningún modo para hacerse religiosa. «Cásate, le decían, te daremos buen dote, y así estarás siempre á nuestro lado.» Pero como cuando es de Dios el llamamiento, si no le resistimos, al fin se vence todo, así sucedió en esta ocasión por intercesión de San José. Hizo la joven otra vez los *Siete Domingos*, y, antes de concluirlos, el padre de la joven, que era el que más se oponía, estaba, como escribía un devoto de San José, chocho de alegría, porque su hija había escogido la

mejor parte haciéndose religiosa. Quedaron todos maravillados de tan inesperada mudanza, mas no la joven devota, que agradecida al santo decía con gracia: «¿Por qué se maravillan? Nombré agente de este negocio á mi padre y señor San José, y él lo había de hacer y lo ha hecho mejor que yo supe encargárselo. ¡Gloria á San José!»

Obsequio. Haré actos de caridad espiritual ó corporal con el prójimo.

Faculatoria. Bondadoso Señor San José, maestro de oración, enseñadme á orar y conversar con Jesús.

Cuarto domingo.

Acto de contrición, pág. 197.

MEDITACIÓN.

El eterno Padre, que había predestinado á José desde la eternidad para padre nutricio de Jesús, atesoró en su corazón un amor incomparablemente más grande que el que han tenido y tendrán á sus hijos todos los padres de la tierra. Amarguísimo sería, pues, sobre toda ponderación el dolor que traspasó el alma de José cuando oyó que el santo anciano Simeón profetizaba á María que el divino Niño había de ser puesto por blanco de contradicción entre los hombres. Entonces se le representó al vivo y con todas sus circunstancias la pasión dolorosa de nuestro Redentor: vió que aquellas manecitas y pies habían de ser traspasados por crueles clavos; que aquella frente infantil se vería coronada de espinas; que aquel dulce mirar de sus hermosos ojos se anu-

blaría con lágrimas y sombras de la muerte; qué aquel corazón divino lleno de sangre generosa sería abierto con una lanza. Los futuros dolores de María traspasada con una espada de dolor en el Calvario, ya viendo espirar á su Hijo, ya recibéndole muerto en su regazo, acrecentaban los de José su ternísimo esposo, tanto más cuanto pensaba que había de padecerlos en amarga soledad y abandono.

Pero este dolor tan acerbo de San José se convirtió luego en gozo deliciosísimo cuando consideró el copioso fruto de la redención, y vió como de lejos innumerables ejércitos de mártires que llevaban palmas de triunfo, coros brillantes de cándidas vírgenes coronadas de inmortales guirnaldas, ejércitos de pecadores que lavaron sus estolas en la sangre redentora, doctores de la Iglesia, santos levitas, é innumerable muchedumbre de todas las naciones y lenguas cantando en celestiales himnos las glorias de Jesús y las alabanzas de María.

¡Oh Patriarca Señor San José! por este dolor y gozo vuestro alcanzadnos la gracia de inflamarnos de tal modo en el celo de la gloria de Dios y la salvación de las almas, que para ganarlas tengamos en nada las penas de la tierra y aun el sacrificio de nuestra vida. Amén.

EJEMPLO.

El siguiente ejemplo podrá servir de norma á los que han de tomar estado de matrimonio, mayormente en nuestros días en que sólo se atiende á los intereses

y á las cualidades exteriores, cuando del acierto depende el bienestar en la presente vida y muchísimas veces la salvación eterna.

Un joven noble, hijo de padres virtuosos, que nada omitieron para formarle un corazón sólidamente piadoso, después de haber rogado mucho á Dios para conocer bien su vocación, se persuadió de que no era llamado al sacerdocio. No obstante continuó haciendo con mucho fervor sus devociones particulares, confesando y comulgando cada semana, y siendo exacto en todas estas santas prácticas. Aunque pertenecía á una distinguida familia, relacionada con la alta sociedad, se apartó siempre de aquellas diversiones peligrosas, en las que muchos jóvenes atolondrados se dejan seducir del brillo exterior que tan fácilmente se pierde, y comprometen su porvenir eligiendo sin ningún consejo como objeto de su amor un corazón que no conocen, ligando ya el suyo con lazos difíciles luego de deshacer. Bien convencido de que los *buenos matrimonios están ya escritos en el cielo*, este excelente joven no se olvidaba cada día de rogar á San José que le hiciese encontrar una compañera de una piedad sólida y á prueba de las seducciones del siglo. Cierta día, con motivo de una buena obra que llevaba entre manos, tuvo que avistarse con una respetable señora, que con sus dos hijas vivía muy cristianamente. Al verlas experimentó cierto presentimiento de ser una de aquellas dos jóvenes la destinada por Dios para compartir con él su suerte; en su consecuencia la pidió á su madre, la cual, constándole las buenas prendas que adornaban á aquel joven, dió gustosa su consentimiento. La señorita confesó después sencillamente, que ella desde mucho tiempo hacía la misma súplica, y que al entrar aquel joven, presintió á la vez que Dios se lo enviaba como á quien había de ser su futuro esposo. Pero fué el caso que, repugnándole muchísimo al padre de la señorita aquel enlace é interponiendo toda clase de

obstáculos, para vencerlos y conocer la voluntad de Dios en asunto de tanta trascendencia, determinaron todos empezar la devoción de los *Siete Domingos* en honor de San José á últimos de mayo de 1863. El favor de este glorioso Patriarca no se hizo esperar; pues en el siguiente agosto se celebró el casamiento con gran contento de ambas partes. Lo que prueba que el cielo se complace en bendecir aquellos desposorios para cuyo acierto se ha pedido su luz y gracia, en especial si ha mediado la eficaz intercesión de aquel santo á quien Jesucristo se complació en estar sujeto sobre la tierra.

Obsequio. Velar contra las tentaciones, y al sentir alguna, decir: Viva Jesús, mi amor.

Faculatoria. Poderoso protector y padre mío Señor San José, asistidme y amparadme en la vida y en la muerte.

Quinto domingo.

Acto de contrición, pág. 197

MEDITACIÓN.

Pocos días después de la presentación de Jesús en el templo, un ángel se apareció á San José, y le ordenó que huyera á Egipto para librar al Niño divino de la persecución de Herodes. Rigoroso era entonces el invierno, larguísimo el viaje y muchos eran los peligros que en él se ofrecían; por otra parte, la pobreza de San José y la premura con que había de ponerse en camino la santa familia, le impidieron hacer provisión siquiera de lo más necesario. María santísima era doncella de poco más que quince años, Jesús estaba recién nacido;

y sin embargo tuvieron que salir al punto, y á toda prisa para poner en salvo el gran tesoro que se les había confiado. La Santa Escritura no nos refiere ninguna circunstancia de este viaje; pero su silencio mismo nos está diciendo que en él hubo de padecer la sagrada familia las penas del cansancio y fatiga, del hambre y de la sed, del calor y del frío, del destierro y del abandono.

Largos dias tardaron en llegar al sitio de su refugio, y allí ¡cuánto padeció el corazón de San José al ver á los demonios adorados por dioses, desconocida la verdadera religión y reinante una groserísima idolatría! Pero esta amargura se cambió en júbilo cuando, á la presencia del Niño Dios, cayeron los ídolos por tierra; vacilaron sus templos y los oráculos callaron, dando así testimonio claro de la divinidad de Jesucristo nuestro Señor. En esa región de destierro oyeron también María y José por vez primera la voz dulcísima del Redentor que se desataba en tiernos acentos con los nombres de madre y de padre, dichos con la dulzura de niño y con el amor del corazón de Dios.

¡Oh Patriarca Señor San José! por este dolor y gozo vuestro alcanzadnos la gracia de huir prontamente no sólo del pecado, sino de las ocasiones de cometerlo, por remotas que sean, para que, derribados en nuestra alma los ídolos de los vicios, reine en ella sólo y sin competencia el divino Jesús, nuestro Rey y nuestro Dios. Amén.

EJEMPLO.

De una persona que nos merece toda confianza por su carácter y por la amistad con que nos honra, publicamos la siguiente carta que no es de poca edificación para todos los devotos josefinos. «Sé, nos escribe, que trata Ud. de recoger ejemplos en honra de San José, y yo le puedo suministrar á cientos y á millares, y no de casa ajena, sino de la propia. Con más razón tal vez que la santa josefina Teresa de Jesús puedo decir que me cansaría y cansaría á todos si hubiese de referir muy por menudo las gracias que debo á San José. Apuntaré algunas. Molestado de una grave tentación contra la santa pureza acudí al santo y hasta hoy no me ha molestado más, pareciéndome haberse extinguido el estímulo de la carne. Pedíle conocimiento y amor y trato íntimo con Jesús, y hallo mi espíritu inundado á veces de tal conocimiento y luz interior, que sin sentirlo me hallo todo movido á alabanzas y amor de Dios. Cada año en su día le pido alguna gracia, y siempre la veo cumplida mejor que yo la he sabido pedir. En dos ó tres graves enfermedades el santo bendito me ha dado salud mejor que los médicos y cuidados de los hombres. En algunos apuros de honra y fama y necesidades temporales, San José me ha socorrido siempre, y á veces de un modo tan portentoso que hasta los mismos que tienen poca fe se han visto obligados á confesarlo. Una vez, sobre todo, que todos los caminos en lo humano estaban cerrados, el santo mostró gallardamente que ninguno de los que han acudido con confianza á su protección ha quedado burlado. Creo que esto basta, para que pueda servirle en algo para mover á la devoción del santo Patriarca, toda vez que á mí, pecador, ruin y miserable, así me ha asistido siempre. Otro día, concluye, le daré más detallada relación de algunas gracias bien singulares que me ha dispensado el glorioso San José.»—¿Quién no se anima con estos

ejemplos á acudir con confianza á la protección del santo?

Obsequio. Huir de las malas compañías y de las ocasiones de pecar.

Faculatoria. Glorioso Señor San José, guárdadme; del enemigo maligno defendedme.

Sexto domingo.

Acto de contrición, pág. 197

MEDITACIÓN.

En los cuatro ó seis años que duró el destierro de la santa familia, iba creciendo el Niño Jesús; y al cabo de este periodo el ángel del Señor se apareció de nuevo á San José, y le avisó que el cruel Herodes había muerto y que podía volver sin recelo á Nazaret. «Volvamos, se dijeron, volvamos á la casa del Señor llenos de gozo.» ¡Qué dulce es el regreso á la patria, después de largos y amarguísimos años de destierro! ¡Con qué santos afectos Jesús, María y José desandarían aquel largo camino tan penoso, acortado ahora con la esperanza de volver al suelo natal, regado ya con la sangre preciosísima de Jesús!

Este gozo se turbó con la inquietud que inspiraba á José la tiranía de Arquelao, hijo de Herodes, que reinaba en Judea, quien ciertamente hubiera dado muerte al Niño Jesús si le hubiera descubierto. José determinó por esto establecerse con su divino hijo y su castísima esposa en Galilea para librar al Niño de la persecución, y el cielo aprobó la pru-

dencia de José y premió el celo paternal con que le defendía. Así es cómo las almas piadosas de delicada conciencia andan siempre temerosas de perder á Jesús.

¡Oh Patriarca Señor San José! por este dolor y gozo vuestro alcanzadnos la gracia de caminar alegres hacia la Patria celestial, iluminados con una fe viva, alentados con una esperanza firme, abrasados con una ardorosa caridad, uniendo estas virtudes con aquel temor saludable que debe nacer en nosotros del conocimiento de nuestra flaqueza y miseria. Amén.

EJEMPLO.

El siguiente caso infundirá valor á las almas débiles que, después de haber tenido la infelicidad de caer en culpa grave, dominadas por la vergüenza de confesarla, huyen del único remedio para su eterna vida, que es una buena y contrita confesión. Acudan estos infelices al amparo de San José, y en su protección hallarán fuerza para vencer esa cobarde timidez y mal entendida vergüenza. Esta gracia recibió un pecador vergonzante de la bondad del santo Patriarca, según lo refirió el mismo favorecido al P. Barry, en tiempo que éste escribía la vida de San José.

Habiendo dicha persona tenido la desgracia de cometer un enorme sacrilegio, violando un voto con que estaba ligada al Altísimo, no supo, ó mejor, no quiso vencer la maldita vergüenza de confesarlo, para salir del precipicio en que había caído.

De este modo permaneció algún tiempo enemistada con Dios, siempre destrozada por los remordimientos de conciencia, agitada de continuo por fundados temores de perderse, consecuencia inevitable de la culpa. Bien sabía ella que para el que ha infringido

gravemente la ley de Dios no hay medio: ó confesión ó condenación; que no podía sanar sin querer eficazmente descubrir su llaga al médico espiritual; que no podía apagar el dolor y los torcedores de su alma sin arrancar la espina que le hería; pero la cobardía la alejaba de la piscina de salud, y la vergüenza cerraba tristemente sus labios. ¿Qué hacer en lance tan apurado?

Por la divina misericordia ocurrióle llamar á San José al socorro de su miserable debilidad, é invocarlo contra las repugnancias que le atormentaban y le impedían triunfar de sí misma. Con esta mira resolvió obsequiar al santo, consagrandó nueve días continuos al rezo del himno y oración propios del ayo del Salvador.

Dios bendijo sus buenos deseos, pues terminado el novenario se sintió el sacrilego completamente trocado, y revestido de tal fuerza y valor que, sobreponiéndose á sus locas y temerarias repugnancias, fué á arrojarle á los pies de un confesor, al cual, sin dudas, ambajes ni reserva, manifestó lo más íntimo de su atribulada conciencia. Con esto respiró su alma; y desde este feliz momento reverenció á San José como á su libertador y consuelo, le confió el difícil cargo de su espíritu y se impuso el deber de llevar siempre consigo la imagen del santo, á fin de que le sirviera de impenetrable escudo contra los ataques luciferinos. No hay duda que esta filial devoción fué por mucho en la paz y fervor de que gozó en lo sucesivo. San José le recompensó su devoción y fidelidad con favores señalados, y en especial, librándole de los peligros que rodeaban su alma.

Obsequio. Fidelidad en las prácticas espirituales.

Faculatoria. San José mío, haga yo lo que debo, y suceda lo que Dios quiera.

Séptimo domingo.

Acto de contrición, pág. 197

MEDITACIÓN.

¿Quién podrá concebir lo acerbo del dolor de San José cuando al regresar del templo echó de menos á Jesús? Consideren los que son padres qué amargura sentirían en su alma al perder un hijo tierno y muy querido; y si ese hijo es el único, y si es la hermosura, la bondad, la sabiduría mismas, ¿qué palabras habrá que expresen lo sumo del padecimiento? Madres ha habido que, habiendo desaparecido su hijo por sólo una hora, llegaron á perder el juicio de dolor. Orígenes asegura que San José, en los tres días que perdió al divino Jesús, padeció más que todos los mártires; pero en aflicción tan grande ni murmuró, ni perdió la paz del alma, ni la parte superior de su espíritu se vió turbada por movimientos de impaciencia ó de tristeza desordenada. Los dolores de María acrecentaban los del santo Patriarca, y solícito y diligente buscó al divino Niño noche y día, preguntando por él con las palabras del Cantar de los Cantares: «¿No habéis visto al amado de mi alma? Conjúroos, oh hijas de Jerusalén, que si hallareis á mi amado, le digáis cómo desfallezco de amor.»

Á medida de tan grande pena fué el gozo que experimentó San José cuando halló al sapientísimo Niño en el Templo disputando con los doctores. Con qué ternura le abrazaría bañado en lágrimas de amor y gratitud; con qué palabras afectuosas le declararía los pade-

cimientos de su madre santísima y los suyos propios; con qué vigilante cuidado le llevaría á la paterna casa sin apartar los ojos del tesoro infinito que acababa de recobrar.

¡Oh gloriosísimo Patriarca Señor San José! por este dolor y gozo vuestro alcanzadnos á nosotros los pecadores la gracia de buscar á Jesús con amor y dolor de perfecta contrición; y la de hallarle para no perderle jamás, mediante el don preciosísimo de la perseverancia final. Amén.

EJEMPLO.

De la venerable sor Prudencia Zañoni, una de las heroínas más eminentes en virtud, del orden de San Francisco, se dice que después de haber venerado durante su vida á San José, recibió en su muerte la gracia más singular que jamás hubiese podido desear; pues que en ella, según cuenta su Vida, se le apareció el santo y se le acercó á la cama llevando en sus brazos al Niño Jesús. Es imposible referir la abundancia de afectos que inundaron el corazón de Prudencia. Basta decir que llegó á difundirse en el corazón de aquellas religiosas compañeras que la asistían, al oirla hablar, ya con el santo anciano, ya con el dulce Niño; con aquél, dándole gracias porque se había dignado visitarla y hacerla disfrutar anticipadamente de la gloria del paraíso: con éste, porque con tanta amabilidad se había dignado invitarla á ir consigo á las celestiales nupcias. En la actividad de las manos y del rostro se conocía que San José había puesto en los brazos de su devota el celestial Niño, concediéndole aquella muerte feliz que tuvo él en los brazos de Jesús en su casa de Nazaret.

Obsequio. Conformidad con la voluntad de Dios.

Faculatoria. Glorioso padre mío San José,
¡cuándo en el cielo os contemplaré!

LETANÍAS DE SAN JOSÉ.

Señor, tened piedad de nosotros.
Cristo Jesús, apiadaos de nosotros.
Señor, tened misericordia de nosotros,
Cristo Jesús, oídnos.
Cristo Jesús, escuchadnos.
Dios Padre celestial, tened misericordia de
nosotros.
Dios Hijo, Redentor del mundo ¹,
Dios Espíritu Santo,
Santa Trinidad, que sois un solo Dios,
Santa María Virgen ²,
San José, esposo de María,
San José, tutor y padre putativo de Jesús,
San José, custodio de la virginidad de María,
San José, jefe de la santa familia,
San José, siervo prudente y fiel,
San José, lleno de los dones del Espíritu Santo,
San José, ángel de la pureza,
San José, perfecto en la humildad,
San José, ardiente en la caridad,
San José, modelo de los contemplativos,
San José, ejemplar de los atribulados,
San José, dechado del silencio,
San José, regla viva de prudencia,
San José, patrono de la vida interior,
San José, varón según el Corazón de Dios,

¹ Tened misericordia de nosotros.

² Rogad por nosotros.

San José, Abel en la inocencia ¹,
 San José, Moisés en la mansedumbre,
 San José, Isaac en la obediencia,
 San José, Abrahán en la fe,
 San José, aventajado sobre los Profetas en la
 esperanza,
 San José, Serafín en el amor,
 San José, consuelo de nuestras penas,
 San José, recurso de los necesitados,
 San José, protector de vuestros devotos,
 San José, amparo de los moribundos,
 San José, abogado nuestro delante de Jesús,
 San José, objeto de las complacencias de todo
 un Dios,
 San José, que viajasteis á Belén con vuestra
 esposa María,
 San José, que visteis á Jesús nacido y recostado
 en el pesebre,
 San José, que tuvisteis la dicha de tenerlo en
 vuestros brazos,
 San José, que os alegrasteis viéndolo adorar
 por los pastores,
 San José, que gozoso lo visteis adorado por los
 Reyes,
 San José, que con dolor visteis á Jesús derramar
 su sangre en la circuncisión,
 San José, que con María presentasteis á Jesús
 en el templo,
 San José, que oísteis la profecía de Simeón,
 San José, que huisteis á Egipto para salvar á
 Jesús recién nacido,

¹ Rogad por nosotros.

San José, que regresasteis á Nazaret con Jesús y María ¹,

San José, afligido por tres días con la pérdida de Jesús,

San José, alegre hallándole entre los doctores,

San José, que con vuestra sudor alimentasteis al mismo Dios,

San José, á quien se sujetó el Rey de los reyes,

San José, que tuvisteis la dicha de espirar en brazos de Jesús y María,

San José, protector de la Iglesia,

José santo, oídnos y escuchadnos.

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, perdónanos, Señor.

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, escúchanos, Señor.

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, ten misericordia de nosotros.

V. Esposo castísimo de la Madre de Dios y Madre Virgen.

R. Rogad por nosotros en vida, y sobre todo en nuestra muerte.

Oración.

¡Oh Dios, que por una providencia inefable os dignasteis escoger á San José por esposo de vuestra santísima Madre! haced que merezcamos tener por intercesor en los cielos al que veneramos por nuestro protector en la tierra. Que vivís y reináis por los siglos de los siglos. Amén.

¹ Regal por nosotros.

VARIEDADES.

BENDICIONES AFECTUOSAS AL DICHO- SO PATRIARCA SAN JOSÉ

*para felicitarle en las fiestas de Navidad y otras
de la infancia de Jesús.*

¡Oh glorioso Patriarca San José! sean una y mil veces benditos esos ojos purísimos que con tanto deleite se recrearon contemplando el rostro del Hijo de Dios, hecho hombre por la salvación de mi alma.

Padre nuestro, etc.

¡Oh glorioso Patriarca San José! sean una y mil veces benditos esos dichosísimos labios que con gozo y amor inexplicable imprimieron tiernos ósculos en el Hijo de Dios, hecho niño por la salvación de mi alma.

Padre nuestro, etc.

¡Oh glorioso Patriarca San José! sea una y mil veces bendita esa lengua santísima, que sin cesar alabó y llamó hijo querido al Hijo de Dios, hecho hombre por la salvación de mi alma.

Padre nuestro, etc.

¡Oh glorioso Patriarca San José! sean una y mil veces benditos esos dichosísimos brazos que llevaron, abrazaron y tiernamente estrecharon al Hijo de Dios, hecho niño por la salvación de mi alma.

Padre nuestro, etc.

¡Oh glorioso Patriarca San José! sean una y mil veces benditas esas amorosas manos que acariciaron y cuidadosamente sirvieron al Hijo de Dios, hecho hombre por la salvación de mi alma.

Padre nuestro, etc.

¡Oh glorioso Patriarca San José! sean una y mil veces benditos esos hombros afortunados en donde apoyando la frente reposó y durmió dulcemente el Hijo de Dios, hecho niño por la salvación de mi alma.

Padre nuestro, etc.

¡Oh glorioso Patriarca San José! sean una y mil veces benditos esos oídos castísimos que con tanta frecuencia oyeron el dulce nombre de padre de la boca del Hijo de Dios, hecho hombre por la salvación de mi alma.

Padre nuestro, etc.

ORACIÓN.

Patriarca felicísimo, José venturoso, abogado fidelísimo de los mortales, José santo, José justo, José inocente, José gloriosísimo, ¡quién me concediera tener siempre en los labios tu santo nombre, é invocarlo con aquel respeto, con aquel puro amor, con aquella gracia con que

lo invocaba María santísima, tu esposa! Acuérdate, José mío, de aquella prontitud con que acudías á oír á tu esposa cuando te llamaba, y dáte prisa á venir en mi socorro, y ampararme en la mayor necesidad, en las tremendas angustias de mi muerte: ahuyenta al demonio, y haz que invocando á Jesús, á María y á ti, José mío, alcance mi eterna felicidad. Amén.

PRÁCTICAS EN HONOR DE LA SANTA FAMILIA.

Gloria, alabanza y bendición á la santa é individua Trinidad, que ha derramado sobre nosotros su misericordia.

Gloria, alabanza y bendición á Jesús, María y José, por las gracias de que, por su mediación, hemos sido colmados.

Jesús, María y José, humildemente postrados á vuestros pies os suplicamos aceptéis la ofrenda que os hacemos de nuestro corazón, y nos concedáis la gracia de siempre amaros y serviros. Amén.

Jesús, María y José, os rogamos, pedimos y clamamos que os dignéis humillar á los enemigos de la santa Iglesia, convertir á todos los pecadores y aumentar el número de vuestros fieles servidores. Amén.

Jesús, María y José, velad sobre todos los hijos de la Iglesia, defendedlos durante su vida, y asistidlos en su última agonía, para que todos reunidos en el cielo, os alaben y bendigan eternamente. Amén.

Se terminará diciendo siete veces, en honor de los siete dolores y gozos de San José, lo que sigue:

Gloria á Jesús, María y José en el cielo y en la tierra, por los siglos de los siglos. Amén.

ORACIÓN Á LA SANTA FAMILIA.

Jesús, María y José, familia la más augusta y santa que jamás hubo ni puede haber, objeto de las complacencias del Padre celestial, admiración y gozo de los espíritus bienaventurados; dirigid una mirada de compasión sobre el estado lamentable en que se halla sumida la sociedad: ved que los hombres se han alejado mucho del camino que les habéis trazado con vuestros ejemplos y virtudes; que la fe se debilita y la religión languidece en casi todos los corazones; que son grandes, terribles y amenazadores los progresos que hacen cada día la impiedad y la ignorancia en materia de religión. ¡Oh amable familia! compadeceos de nosotros, y no os mostréis insensible á tanto mal. ¡Oh Jesús! no permitáis que haya sido derramada en balde vuestra sangre preciosa, ni sea profanada indignamente por los mismos por quienes la derramasteis. ¡Oh dulce María! ¡oh compasivo José! haced que se suspenda el curso de tantas maldades, contened el torrente de tantas inicuas profanaciones y sacrilegios, y no permitáis que Satanás se glorie y se cebe por más tiempo en la perdición de las almas. ¡Oh santa familia! rendid y conquistad todos los corazones; aceptad el mío, que os lo consagro y dedico para siempre. Mi único deseo es que Jesús, María y José sean mi regalo, mi

dicha, mi tesoro, mi consuelo y mi felicidad en la vida y en la muerte. Amén.

EJERCICIO PARA ANTES DE LA COMUNIÓN EN COMPAÑÍA DE SAN JOSÉ.

No hay dicha mayor en este mundo que comulgar dignamente. Prepárate con gran aparejo á lo menos desde el día anterior, ó devoto de San José, interesando al santo bendito para que te enseñe el modo de recibir dignamente en tu pecho á aquel Niño Dios, á aquel joven Jesús, que el santo tantas veces besó, acarició, regaló, llevó en sus brazos y estrechó contra su pecho.

No puedes figurarte al Salvador Jesús en figura más amorosa que cuando viene á tu pecho. Como el Profeta, se achica, se acomoda á nuestra pequeñez y condición, junta sus labios á nuestros labios, su corazón á nuestro corazón, por comunicarnos la vida de su alma á nuestra alma. Bendito el Señor y bendita su infinita bondad. Pide, pues, al santo bendito te dé á su Niño Jesús, y dñle que lo quieres recibir de sus manos, y que te enseñe á conversar con Él, á amarle, adorarle, acariciarle y regalarle.

Para esto te ayudará no poco la siguiente consideración y oraciones.

CONSIDERACIÓN PARA ANTES DE COMULGAR.

1º ¿Quién viene á mí en ese sacramento de amor?—Jesús hijo de Dios vivo, hijo de María inmaculada, hijo adoptivo de San José.... Es el mismo Jesús á quien San José adoró,

besó, acarició, regaló, estrechó contra su pecho, llevó en sus brazos y gozó con dulcísimos regalos.... Es el mismo Jesús á quien San José dió de comer, envolvió en su pobre manto, gozó de su presencia, conversación y trato por treinta años.... Es el mismo Jesús á quien San José mandó, el mismo que obedeció y estuvo sujeto a San José como un hijo á su padre.... Es Jesús, Rey inmortal de todos los siglos, que no sabe negar cosa á San José, como un hijo cariñoso y respetuoso Nada niega á im buen padre. ¿Qué no podrás esperar, pues, de tan buen Señor teniendo por intercesor á San José? Oh alma amante de San José, aviva la fe y confianza, y lo que no puedes obtener por ti se te dará por intercesión del santo bendito. No lo dudes.

¿Á quién viene?—Á mí, vil gusanillo, pecadorcillo, hombrecillo, miserable traidor é ingrato. ... Á mí, que tantas veces le ofendí y le arrojé con descomedimiento de mi casa, de mi alma, de la posesión de mi amor.... Á mí, á quien tantas veces ha perdonado, y que tantas veces le he prometido fidelidad y enmienda. Á mí, sentina de vicios, piélagó de maldades, venero de iniquidad y perfidia.... Vos, Jesús mío y Dios mío, ¿cómo, siendo infinita Alteza, venís á mí, infinita bajeza? Vos, Jesús mío y Dios mío, ¿cómo, siendo infinita Majestad, venís á mí, infinita pequeñez? Vos, Jesús mío y Dios mío, infinita bondad, santidad y pureza, ¿cómo venís á mí, incomprensible maldad, iniquidad y vileza? ¿Qué es esto, Señor? Si no fuera porque lo sabéis todo, os diría con San Pedro: «Apartaos

«de mí, Señor, que soy hombrecillo pecador.» Mas ya que Vos sabiéndolo todo os dignáis convidarme, diciéndome: «Venid á mí todos los que estáis cargados y trabajados, y yo os aliviaré», vengo á Vos, mi Dios, y os pido lugar en vuestra mesa y sentarme á vuestro lado, y comer de vuestro manjar, delicia de los ángeles. Pues me convidáis, Señor, y me decís: «Vén á mí», sufridme y recibidme y tomadme cual soy yo, y hacedme cual debo ser, para que merezca recibir dignamente este augusto sacramento, y la gracia y bendición y el fruto de él en la eternidad. Amén.

COLOQUIO AMOROSO.

Díme, alma mía, si vieras entrar por la puerta de tu casa á la hermosísima Reina de los cielos, la Virgen Maria, y á su castísimo esposo San José, con el Niño Dios en los brazos, y te lo dejasen en los tuyos y lo estrechases en tu pecho y lo guardases y acariciases, ¿qué sentirías? ¿qué dirías? ¿qué harías? Pues mira, alma mía, mayor es tu dicha al comulgar y alimentar tu alma con este Pan de los ángeles. — Díme, alma mía, si te hallases con María y José en la cueva de Belén, después de nacido el Niño Jesús, y te rogasen estuvieses con él mientras se iban á descansar, para que lo guardases y mecieses y lo regalases y acariciases y acallases, y te dijese: huélgate con él, ¿qué sentirías? ¿qué dirías? ¿qué harías mientras estuvieses á solas con el Niño Jesús? Pues mira, alma mía, más dichosa eres reci-

biendo á Jesús en la comunión dentro de tu pecho. Díme, alma mía, si, como al anciano Simeón, María y José dejasen al Niño Jesús en tus brazos para que lo ofrecieses al eterno Padre, ¿qué sentirías? ¿qué dirías? ¿qué pensarías? ¿qué harías? Pues mira, alma mía, más feliz eres al aplicar tu boca en la sagrada comunión al costado de Cristo y beber su sangre y comer su santísimo cuerpo.

¡Oh santo mío José! dadme licencia para deciros que soy en cierto modo más venturoso comulgando que vos lo fuisteis, pues á este Pan celestial sólo os fué concedido mirarlo y tocarlo mas no gustarlo y comerlo, como á mí se me concede en la sagrada comunión. ¡Ojalá le reciba y le guste con aquella pureza de ánima y claridad de espíritu con que Vos le mirasteis y tocasteis en esta vida mortal! No me negará el buen Jesús este favor si se lo pedís Vos, santo mío, su ayo y su tutor, que nos conservasteis y cuidasteis este trigo que engendra pureza en las almas, y las nutre de espíritu divino y vida eterna. Amén.

¡Oh María! ¡oh José! rogad á Jesús por mí para que le reciba dignamente en la sagrada comunión. Amén.

EN EL ACTO DE COMULGAR.

Haz cuenta, alma mía, que acompañada de la Virgen María y San José te acercas á comulgar, ó bien que el sacerdote es el glorioso San José que entrega á tu custodia, y para que le trates bien, á su hijo Jesús, delicia de los cielos,

claridad y belleza del Padre eterno. Trátale, pues, y recíbele con singular aparejo, modestia, acatamiento limpieza y reverencia; pues es hijo de muy buenos padres, criado con singular cuidado y delicadeza, venido del cielo, donde es adorado y servido por toda la corte angélica.

No seas descomedido saliéndote en seguida de la iglesia, ó no acordándote que tienes en tu pecho tal Señor y Majestad, ó distrayéndote de conversar reverentemente con él, y pedirle....y amarle....y adorarle.... Huélgate lo más que pudieres con él....siquiera media hora, ó á lo menos un cuarto de hora: cierra los ojos y los oídos á todo lo criado, olvídate de todas las criaturas para acordarte tan sólo de tu Criador que tendrás cautivo, prisionero en tu pecho por tu amor.

Acércate, pues, con los ojos bajos, con vestido modesto y decente, con la cabeza velada ó cubierta, las manos juntas ó cruzadas, y dí con profundad humildad: «Señor, yo no soy digno», etc.

Abre los labios y saca la lengua moderadamente, y con saltos de júbilo espiritual recibe y gusta del Pan de los ángeles, que amasó el Espíritu Santo en el seno virginal de María con su purísima sangre, y que San José te conservó en los treinta años que vivió en su compañía.

DESPUÉS DE HABER COMULGADO.

¡Qué felicidad! ¡Qué riqueza! Tengo en mi pecho al Dios de mi corazón y al Corazón de mi Dios sacramentado.

Alma mía, ¿qué sientes? ¿qué piensas? ¿qué dices? ¿qué haces? Mira que en tu pecho está el Hijo de Dios....multitud innumerable de ángeles le forman la corte y le adoran en tu pecho.... María y José te contemplan y se deleitan en tu dicha, y observan cómo tratas á su amadísimo hijo Jesús.... ¡Oh, huélgate con él!.... Despacha el tropel de pensamientos y recuerdos importunos, y á solas con los ángeles y con María y José adora, ama, alaba, honra y glorifica al buen Jesús.... ¡Oh María! ¡oh José! prestadme vuestros amores, vuestros encantos, vuestras gracias, delicadezas y cariños para regalar debidamente á vuestro Jesús. Trata á nuestro Jesús con cariño, con respeto profundo, y con el mayor amor que puedas, te dicen María y José, porque es hijo de muy buenos padres, criado con toda delicadeza, ternura, atención y amor. Adora....ama....ofrece.... pide....ruega....solicita....acompañada de María y San José. No lo olvides: una comunión bien hecha basta para hacernos santos....Aprovéchate de estos momentos en que más eficazmente obra la gracia de Jesueristo.

ORACIÓN Á SAN JOSÉ CON EL NIÑO JESÚS DORMIDO EN SUS BRAZOS.

¡Oh bondadoso padre mío y señor San José! Yo no me canso de contemplaros con mi querido Jesús Niño, dormidito en vuestros brazos.... ¡Qué vista tan deleitosa! Vuestra sagrada imagen con la de mi adorado Niño Jesús me admira, atrae, encanta y extasía. ¡Ah!

mientras mi Jesús reposa tranquilo en vuestro seno paternal, adoradle Vos en mi nombre.... Estrechadle, padre mío, contra vuestro ardoroso corazón con un abrazo tiernísimo.... En mi nombre besad suavemente su frente hermosa y agraciada....acariciadle....regaladle Vos....y al despertar, decidle que adolezco, peno y muero por su amor.... Pedidle para mí, por fin, su bendición, que me conserve siempre puro de alma y cuerpo, hasta darle un abrazo eterno y gozarle en vuestra compañía en el cielo. Amén.

PEQUEÑA CORONA POÉTICA DE SAN JOSÉ.

AL PATRIARCA SAN JOSÉ.

¡Quién como tú! Las arpas celestiales
Acompañan la dulce melodía
Con que aclaman acordes los mortales
Los nombres de Jesús, José y María.

¡Quién como tú! Tu inmaculada frente
Ciñe luz inmortal, nimbo de gloria,
Uniendo tu recuerdo estrechamente
Al del Niño Jesús y de su historia.

El Dios inmenso, soberano, eterno,
Sujeto del amor por suaves lazos,
Descendiendo á tu albergue Niño tierno,
Besó tu rostro y se durmió en tus brazos.

El que vierte en los campos la abundancia
Y la lluvia en otoño nos envía,
Llevó á sus labios en su tierna infancia
El pan que tu trabajo producía.

Y la Virgen sin par, de faz serena,
Pura como los rayos de la aurora,

Bella como la mística azucena,
La que gracia y virtudes atesora:

La que del Verbo eterno fué morada,
Y le nutrió con néctar de su pecho,
Fué tu casta y amante desposada
Y reposó bajo tu propio techo.

Celoso guardador de aquel tesoro,
Su puro sueño custodiar solías,
Y le arrullaban en celeste coro
Dulcísimas, pausadas melodías.

Tu trabajo empezaba con el día,
Á tu lado jugaba el niño tierno,
Tu taller era encanto de María
Y centro de delicias del Eterno.

Nadie, nadie cual tú, José glorioso.
¿Á quién el Hacedor sublimó tanto?
De la madre del Verbo casto esposo,
Y padre de Jesús, mil veces santo,

Sé nuestro protector, sé tierno amigo.
Del que guarda en su alma tu memoria,
Y haz que podamos disfrutar contigo
De la vista de Dios y de su gloria.

ALABANZAS DEL PATRIARCA SAN JOSÉ.

Santo sois y sin igual
En vuestro cargo elevado:
Sed, José, fiel abogado
De la Iglesia universal.

Pues que fuisteis destinados
Á ser de María esposo,
De Jesús padre amoroso,
Con el Bautista igualado,
Os creeré santificado
En el vientre maternal.
Sed, José, etc.

De vírgenes la más pura,
 Que de Dios Madre ha de ser,
 Por esposo ha de tener
 Á la más santa criatura.
 Así tu virtud fulgura
 Con un brillo sin igual.

Sed, José, etc.

Aunque humilde carpintero,
 Sois de David descendiente,
 Y á Vos el Omnipotente
 Os previno con esmero
 Para esposo verdadero
 De la Reina celestial.

Sed, José, etc.

El hombre primero fuisteis
 Que visteis á Dios nacido,
 Y en vuestros brazos dormido
 Tantas veces lo tuvisteis;
 Jesús por nombre le disteis
 Por encargo divinal.

Sed, José, etc.

! Desterrado ! ¡ cuánto duelo
 En Vos el Nilo derrama,
 Hasta que el ángel os llama
 Á la patria ! El rey del cielo
 Debe en tanto á tu desvelo
 El sustento corporal.

Sed, José, etc.

Sumiso, fiel y obediente
 Jesús á Vos se mostraba,
 Y el nombre de padre os daba.
 ¡ Oh dignidad excelente,
 Que no cupiera en la mente
 Del miserable mortal !

Sed, José, etc.

En los brazos expirasteis
De Jesús y de María;
De su Ascensión en el día,
Á Jesús acompañasteis,
Y en alma y cuerpo os sentasteis
Junto al trono divinal.

Sed, José, etc.

Allí protector sagrado
Os halla el fiel afligido,
Y nadie á Vos ha acudido
Sin ser de Vos escuchado:
Esto Teresa ha enseñado,
Vuestra devota especial.

Sed, José, etc.

Vió vuestro poder, y un día
El Pontífice Pío Nono
Á Vos como á su Patrono
Toda la Iglesia confía;
Humilla, pues, la osadía
Del ejército infernal.

Sed, José, etc.

GOZOS.

Pues sois santo sin igual
Y de Dios el más honrado:

*Sed, José, nuestro abogado
En esta vida mortal.*

Vuestra vida fué tan pura,
Que no verá luz del día,
Con excepción de María,
Otra más santa criatura;
Por eso vuestra ventura
En el mundo no halla igual.

Sed, José, etc.

Con júbilo recibisteis
Á María por esposa,

Virgen pura, santa, hermosa,
 Con la cual feliz vivisteis :
 Y por ella conseguisteis
 Dones y luz celestial.

Sed, José, etc.

Vos sois el hombre primero
 Que visteis á Dios nacido ;
 En vuestros brazos dormido
 Tuvisteis aquel Lucero ;
 Siendo Vos el tesorero
 De tan inmenso caudal :

Sed, José, etc.

En vuestra muerte dichosa
 Tuvisteis á vuestro lado
 Al mismo Dios humanado,
 Y á María vuestra esposa :
 Circundándoos gloriosa
 Una hueste angelical.

Sed, Jose, etc.

Ahora sois el abogado
 De todos los pecadores,
 Alcanzando mil favores
 Al que os llama atribulado ;
 Ninguno desconsolado
 Salió de este tribunal.

Sed, José, etc.

CÁNTICO Á SAN JOSÉ.

*Á Dios trino y uno
 La gloria se dé,
 Y alabados sean
 María y José.*

Á ti, José santo,

Ensalcen en coros
 De angélico canto

Los hombres aquí;
Y de himnos sonoros
La dulce armonía
Resuena, que envía
El cielo hacia ti.

¡ Oh, Padre benigno!
Cuya alma tan pura
Esposo hizo digno,
Con fe virginal,
De aquella criatura
Que virgen y madre
Al Hijo del Padre
Dió carne inmortal.

Al Dios hombre hecho,
Apenas nacido,
Le siente tu pecho
De amor palpar.
Con él perseguido
Sin culpa ni yerro,
El pan del destierro
Le diste á probar.

Con llanto prolijo
Buscando contemplo,
Cual padre á su hijo,
Á Cristo tu Amor;
Y al fin en el Templo
Hallando al Dios Niño,
En gozo y cariño
Se torna el dolor.

Labor de tu mano,
Sudor de tu frente
Al Rey soberano
Sustento le dan:
Un techo inocente
A entrambos cubría,

Contigo partía
Trabajos y pan.

¡Oh, virgen esposo!
¡Oh, padre el más tierno!
Custodio amoroso
Del célico hogar!
El blando gobierno
De hogares cristianos
Dirijan tus manos,
Patrón tutelar.

La Iglesia de Cristo
Gimiendo en cadenas,
Cual nunca se ha visto
Doliente hoy se ve,
Y en medio sus penas
Con rostro lloroso
Te pide piadoso
Tu amparo, José.

De rabia insensata
Vé al mundo que ciego,
Sus iras desata,
Persigue la luz:
Socórrenos luego
Y á amar nos inclina
La sangre divina
Que aun baña la cruz.

Y cuando nos llegue
Postrer agonía,
Y el alma se anegue
De muerte en dolor,
Contigo y María
El rostro propicio
Nos muestre en el juicio
Jesús Redentor.

EN LAS VISITAS MENSUALES.

Patrón del linaje humano,
 Á ti nuestro labio implora;
 Vén á nos en feliz hora.
 Visitador soberano,
 Destierra todo pesar
 E infúndenos alegría;
Pues vienes, José, este día
Á bendecir nuestro hogar.

Á tu presencia, temblando
 Huye el demonio al averno;
 En cambio amoroso y tierno
 Vas consuelos derramando
 Al que te sabe invocar:
 Gózate, pues, alma mía.
Pues vienes, etc.

Paz, virtud á las familias
 Prodigas siempre piadoso;
 Y, protector poderoso,
 Á tus devotos auxilias,
 Logre contigo aquí entrar
 La piedad y la alegría;
Pues vienes, etc.

Tú infundes el temor santo
 De Dios repartes los dones,
 Y llenas los corazones
 Del más inefable encanto,
 Enseñanos, pues á amar
 Á tu Jesús y María;
Pues vienes, etc.

En los combates del mundo,
 En frente á tanto enemigo,
 Eres bienhechor amigo;
 En ti mi esperanza fundo;

Vén, pues, la victoria á dar
Al alma que en ti confía;
Pues vienes, etc.

Ahuyenta de nuestra estancia
La enfermedad, los dolores:
Haz que presten castas flores
Á nuestra vida fragancia,
Y ayúdenosla á pasar
Una feliz medianía;
Pues vienes, etc.

Bendice tú las labores,
Que la madre de familia
En prolongada vigilia
Emprende, mientras loores,
Para su afán aliviar,
Canta á Jesús y María;
Pues vienes, etc.

Cuando ya la dura muerte
Aparezca inexorable
En el trance inevitable
Que decide nuestra suerte,
Vuélvenos á visitar
Y asiste á nuestra agonía;
Pues vienes, etc.

RETRATO DEL PATRIARCA SEÑOR SAN JOSÉ.

Era San José, como sienten Nuestros Autores, de muy bella estatura; su aspecto venerable, lleno de qelleza y majestad, de gallarda presencia y rara modestia. Nadie podía mirar á San José sin que el corazón se sintiese herido de sus maravillosos atractivos. Fué dotado de apacible trato, de noble y compasivo corazón, de gran cordura y genio dulcísimo.

«Todas las virtudes en sumo grado tuvo este santo Patriarca», gran fe, gran esperanza y grandísima caridad, virginal y celestial pureza, profundísima humildad, perfectísima obediencia, rara simplicidad, singular prudencia, maravillosa fortaleza y constancia, increíble paciencia y mansedumbre, vigilancia cuidadosa, solícita providencia, y un recogidísimo silencio: no leemos en todo el Evangelio palabra que haya hablado San José; porque no era hombre de palabras sino de obras.

Testigo de las maravillas de Dios, muerto al mundo y á la carne, amador de la vida oculta, santísimo en todo, es San José la gloria y ornamento de todos los justos y bienaventurados, esperanza de nuestra vida, columna que sostiene el mundo. En todo, para decirlo en una palabra, es San José semejante á Jesús y á María, que fueron dotados en sumo grado de belleza, gracia y santidad, delante de Dios y de los hombres.

¡Oh Padre adoptivo de Jesús, virginal esposo de María, patrón de la Iglesia universal, protector de los moribundos, tesorero y dispensador de las gracias del Rey de la gloria, jefe de la sagrada familia, tesorero de la gran familia cristiana, el hombre más amado y amante de Dios y de los hombres, socorredor en toda necesidad, salvador del Salvador del mundo! Id á José, nos claman Pío IX y León XIII, á pedirle remedio en los grandes males que nos cercan. Á José somos enviados; pues á ti ¡oh excelso Patriarca, señor y padre mío San José! á ti venimos....míranos tan sólo con ojos amorosos, pues nuestra salud está en tus manos, ¡sálvanos, que perecemos!

DESPEDIDA Á SAN JOSÉ.

Á Dios, José santísimo,
Mi amable protector;
Libradme del pecado
Con vuestra bendición.

¡ Cuán deleitoso tiempo
El que con Vos se pasa,
En férvidos coloquios
Y entre dulces plegarias!

Cantar vuestras virtudes
Y hablar de vuestras gracias,
Es aspirar perfumes
De célica guirnalda.

Con su aroma divino
Mi espíritu se inflama,
Se enardece mi celo
Y mi fe se agiganta.

Avivad, José amado,
Vuestro amor en mi alma,
Y hallará vuestro Hijo
En mí digna morada.

Allá el mundo me espera,
Y en copa emponzoñada
Delicias mil me brinda,
Asaz tristes y amargas.

Libradme de sus lazos
Con vuestra bendición ;
Á Dios, José santísimo,
Mi amable protector.

